

La sabiduría de los estoicos

Selecciones de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio

Frances y Henry Hazlitt

INSTITUTO
MISES

ECONOMÍA AUSTRIACA, LIBERTAD Y PAZ

Foto de portada: Bibi Saint-Pol

Publicado en 2019 por el Instituto Mises

Esta obra se distribuye bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0 International.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Mises Institute

518 West Magnolia Ave. Auburn, Ala. 36832

mises.org

La sabiduría de los estoicos

A los patrocinadores de este libro y todos los que apoyan el trabajo del Instituto Mises

Prólogo

La filosofía estoica fue fundada por Zenón, un fenicio (c. 320-c. 250 a. C.), pero nada de él ha llegado hasta nosotros, excepto unas pocas citas fragmentarias. Le siguió Cleantes, luego Crisipo, y aún más tarde por Panecio y Posidonio. Pero aunque Crisipo, por ejemplo, se dice que escribió 705 libros, prácticamente no queda nada de ninguno de estos filósofos, salvo relatos de segunda mano. Solo tres de los antiguos estoicos, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, sobreviven en libros completos.

Ninguno de los tres ha tenido nunca una gran audiencia. La historia de sus reputaciones es curiosa. En el siglo XVII, Séneca fue sin duda el más conocido. Luego, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, fue casi completamente olvidado y la popularidad se alternó entre Epicteto y Marco Aurelio. Bajo la influencia de Matthew Arnold, este último se convirtió en una especie de «deber» cultural para mediados de la época victoriana. Como ejemplo de lo que se estaba escribiendo en los primeros años de este siglo, cito uno de los libros de superación personal escritos por el novelista Arnold Bennett:

Supongo que hay varios miles de autores que han escrito con más o menos sinceridad sobre la gestión de la máquina humana. Pero los dos que, para mí, destacan fácilmente por encima del resto son Marco Aurelio Antonino y Epicteto. (...) Aurelio es seguramente considerado como el mejor de los escritores en la escuela de máquinas humanas y no leerlo a diario es considerado por muchos como un mal hábito. Como confesión, su trabajo se sostiene por sí mismo. Pero como un «Bradshaw» práctico de la existencia, yo pondría los discursos de Epicteto por delante de Marco Aurelio. (...) Rebose actualidad para los lectores del año 1908. Sin embargo, por supuesto se debe leer y releer continuamente [a Aurelio]. Cuando hayáis pasado por Epicteto (una sola página o párrafo por día, bien masticado y digerido, es suficiente), podéis pasar a M. Aurelio y luego podéis volver a Epicteto y así sucesivamente, mañana a mañana o noche a noche, hasta el final de vuestra vida.¹

¹ The Human Machine, 1908.

Vale la pena comentar dos cosas sobre este pasaje. Primero, presenta a ambos escritores simplemente como guías para vivir: en ninguna parte menciona su filosofía estoica o sus implicaciones. Y segundo, en ninguna parte menciona a Séneca. En esto era típico, no solo en las frecuentes referencias de Arnold Bennett a los dos estoicos posteriores, sino en las referencias de sus contemporáneos y los de otros escritores hasta nuestros días. Sin embargo, Séneca fue el primero de los tres grandes filósofos estoicos cuyos escritos aún persisten. Vivió medio siglo antes de Epicteto y más de un siglo antes de Marco. Su producción fue mucho mayor que la de cualquiera de sus sucesores, y los superó en dones puramente literarios. En sus escritos sobre filosofía un memorable aforismo sigue a otro. No hay casi ninguna de las oscuridades que se encuentran a menudo en Epicteto y Marco. Su largo abandono parece casi inexplicable.

El propósito de este libro es hacer disponibles generosas antologías de los tres grandes filósofos estoicos. Hasta donde saben los editores, esto no se ha hecho nunca hasta hora. Solo existen uno o dos libros que llegan a reunir extractos razonablemente adecuados de Epicteto y Marco: más a menudo, los lectores han tenido que encontrarlos en libros distintos. Y no parecen existir antologías adecuadas de los escritos de Séneca sobre el estoicismo en ningún libro actualmente impreso.

Además, estamos convencidos de que la mayoría de los lectores de hoy preferirán leer antologías de cada uno de los grandes estoicos en lugar de tener que enfrentarse a su producción en su totalidad. Debido a la forma en que se compuso o recuperó su obra, esta está llena de repeticiones. Las *Meditaciones* de Marco, por ejemplo, eran aparentemente un diario, guardado únicamente para sus propios ojos, en el que escribía cada tarde o mañana alguna reflexión, resolución o consejo para sí mismo, sin mirar atrás para ver si había escrito sustancialmente lo mismo una semana o un mes antes. Tampoco nada de lo que nos ha llegado de Epicteto fue escrito directamente por él: son los apuntes de sus discursos tomados por su discípulo Arriano. En consecuencia, cuando Epicteto realizaba arengas muy similares a diferentes audiencias en diferentes ocasiones, tenemos el registro de cada una. Séneca, finalmente, se repetía una y otra vez y era consciente de ello. Se excusaba diciendo que «lo hace, pero inculca una y otra vez los mismos consejos a los que una y otra vez cometen las mismas faltas».

Por lo tanto, a los editores actuales les pareció que la antología era necesaria y deseable, no solo para reducir en gran medida la repetición o minimizar las oscuridades, sino para concentrarse en lo que es más representativo o más memorable.

Por supuesto, no hay manera de recopilar «lo mejor» objetivamente. La antología necesariamente debe depender en gran medida del juicio y gusto de los editores y con tanta riqueza para elegir, muchas decisiones sobre qué poner

o dejar fuera tenían que ser arbitrarias. Solo podemos alegar que hemos sido tan concienzudos y «objetivos» como hemos podido.

Hemos tomado recopilaciones aproximadamente iguales de Epicteto y Marco Aurelio, pero una cantidad ligeramente mayor de Séneca, para compensar la inaccesibilidad comparativa de su obra y el olvido inmerecido en que ha caído.

Los tres grandes estoicos eran de formaciones asombrosamente diferentes. Séneca (c. 4 a. C. a 65 d.C.) era un español que fue llevado a Roma a una edad temprana. Estudió retórica y filosofía, y pronto se ganó una reputación como abogado. Fue desterrado en el año 41 d. C. por el emperador Claudio, pero Agripina le llamó ocho años más tarde para ser tutor de su hijo Domicio, después el emperador Nerón, que entonces tenía 11 años. Cuando Nerón llegó al trono a los 17 años, el poder de Séneca se incrementó aún más. A pesar de ser un estoico que declaraba despreciar las riquezas, amasó una gran fortuna. Esto fue probablemente un error. Su presencia con el tiempo se volvió molesta para Nerón, y su enorme riqueza excitó su codicia. Finalmente, en el 65 d. C., Nerón acusó a Séneca de complicidad en una conspiración contra él y le ordenó que se suicidara. Tácito describe la escena:

Sin vacilar, pidió tablillas para hacer su testamento. Cuando el centurión rechazó esto, se volvió hacia sus amigos y dijo que, dado que se le impedía recompensar sus servicios, les dejaría la única cosa, y aun así la mejor: el ejemplo de su vida. (...) Al mismo tiempo, recordó a sus llorosos amigos su deber de ser fuertes (...) preguntándoles qué había sido de los preceptos de la sabiduría, de la filosofía que durante tantos años habían estudiado frente a los males inminentes (...) luego abrazó a su esposa...

Y se cortó las muñecas.

Fue muy prolífico y escribió en total el equivalente a más de veinte libros, incluyendo, además de sus ensayos sobre ética práctica y otros trabajos sobre filosofía, nueve tragedias, muchas sátiras y epigramas, y libros sobre ciencias naturales, astronomía y meteorología.

Poco se sabe acerca de Epicteto. No hay acuerdo ni siquiera acerca de los años de su nacimiento o muerte. El primero ha sido estimado por varios escritores en algún lugar entre el 50 y el 60 d. C., y la segunda entre el 100 y el 135 d. C. Probablemente era de Hierápolis, en Frigia. Cuando era niño, era esclavo en Roma en la casa de Epafrodito, uno de los favoritos de Nerón. Al recibir su libertad, se convirtió en un profesor de filosofía, que había aprendido al asistir a las conferencias del estoico Musonio Rufo.

Enseñó en Roma, pero fue expulsado con otros filósofos por Domiciano en el año 90 d. C., y luego fue a Nicópolis en Epiro, donde parece haber pasado el resto de su vida.

Era cojo, débil y crónicamente pobre. Un cuento dice que un día su amo comenzó a torcerle la pierna. Epicteto, sonriendo, le dijo: «Si continúas, me romperás la pierna». Esto es lo que pasó y Epicteto continuó con la misma calma: «¿No te dije que me romperías la pierna?» No lo sabemos si esto sucedió realmente, pero estaría totalmente de acuerdo con lo que sabemos del carácter del filósofo. Epicteto no escribió nada. Su enseñanza fue transmitida por un alumno, Arriano, quien escribió sus discursos y compiló un breve manual, el *Enquiridión*.

Marco Aurelio (121 a 180 d. C.) estaba en el otro extremo de la escala social. Fue el hijo adoptivo del Emperador Antonino Pío. Fue educado en privado, pero abandonó el estudio de la literatura por el de la filosofía y la ley bajo los estoicos Rústico y Moeciano. Se convirtió en Emperador en el año 161 d. C., pero desde el principio su reinado fue trágicamente desafortunado y se vio obligado a pasar la mayor parte de su tiempo luchando en las guerras fronterizas, sofocando insurrecciones y combatiendo los efectos de la peste y la desmoralización. A pesar de ello, encontró tiempo para escribir sus famosas *Meditaciones*.

Ha habido mucha disputa entre los críticos sobre cuál de los tres grandes estoicos fue mejor escritor, pero la mayoría de los lectores actuales se contentarán con saborear su variedad. Séneca tiene el vocabulario más copioso, es el más rico en aforismos, escribe con la prosa más acabada y atrae por su sentido común fuerte y coherente. Epicteto (como lo transcribe Arriano) es el más ingenioso y humorístico, pero también el más intransigente y, aunque siempre mantiene a su lector despierto, también tiende a alejarlo por su aparente frialdad. Marco carece de algunos de los dones ambos predecesores, pero escribe con una nobleza y sinceridad que tiene pocos iguales en el ámbito de la literatura.

Aunque el estoicismo exponía una cosmología elaborada, fue esencialmente una guía para la conducta en la vida. El hombre debe vivir de acuerdo con la naturaleza. Sin embargo, con esto los estoicos no querían decir que debían ceder a sus apetitos corporales, sino que debían gobernarse por la razón. El bien supremo era la vida virtuosa. La virtud por sí sola es felicidad. La virtud es su propia recompensa suficiente y el vicio su propio castigo. Cada hombre debe encontrar el bien dentro de sí mismo. Todas las cosas externas que comúnmente se consideran buenas o malas, como la riqueza y la pobreza, el placer y el dolor, la salud y la enfermedad, suscitan indiferencia en el verdadero estoico. Puede estar tan feliz sufriendo el potro como reposando sobre un lecho de rosas.

Los estoicos hacían una clara distinción entre las cosas que están bajo nuestro control y las que no lo están. El deseo y la aversión, la opinión y el afecto, están bajo el control de la voluntad; la salud, la riqueza, la posición, la reputación, y cosas por el estilo normalmente no lo están.

Los estoicos insistían fuertemente en la unidad del universo y en la tarea del hombre como parte de un gran todo. Fueron los primeros en predicar el «cosmopolitismo». «No hay diferencia entre los griegos y los bárbaros: el mundo es nuestra ciudad». Aparentemente, también fueron los primeros que declararon la beneficencia positiva una virtud. «El amor al prójimo», por ejemplo, fue expresado por Marco Aurelio. Los estoicos influyeron profundamente en la moralidad posterior del cristianismo.

Los tres grandes estoicos aquí representados predicaban esencialmente las mismas doctrinas, aunque matizadas por sus experiencias y temperamentos individuales.

En comparación con los otros dos, el acaudalado Séneca expuso solo un estoicismo modificado, con una mezcla mucho mayor de sabiduría mundana. Sin embargo, fue él quien recordó a sus lectores: «Si lo que tienes te parece insuficiente, entonces, aunque poseas el mundo, serás miserable». Y también nos dice que «el resumen del deber humano» es «la paciencia, que tenemos que sufrir, y la prudencia en las cosas que hacemos».

Cuando llegamos a Epicteto, no hay compromiso con la mundanidad: «Que la muerte y el exilio estén diariamente ante tus ojos». «Es mejor morir de hambre, exento de pena y miedo, que vivir en la riqueza con perturbación».

Marco no es tan insensible como parece a veces ser Epicteto, pero el consuelo que ofrece debe comprarse a un alto precio. «No importa si eres frío o cálido, si estás cumpliendo con tu deber». Incluso se dice a sí mismo en cierto momento: «No consideres la vida como algo de valor».

Estas citas, debemos agregar imparcialmente, dan una impresión demasiado sombría de la mayor parte de los escritos de los estoicos, la mayoría de cuyos consejos sobre la conducta en la vida no son muy diferentes de los dados hasta ahora por muchos filósofos no estoicos. Pero las citas apuntan a una aparente contradicción en el sistema estoico. Si tomamos literalmente sus afirmaciones de que la felicidad, como se entiende normalmente, no es necesaria y el dolor no es un mal, ¿qué sentido tienen la moralidad o cualquier esfuerzo humano?

De hecho, para muchos lectores modernos puede ser difícil ver qué había en las doctrinas del estoicismo para atraer adeptos. Se ha dicho que los epicúreos podían buscar placer o al menos tranquilidad en la vida presente. Los racionalistas podrían reconocer que si se abstendían de un exceso de indulgencia en sus apetitos físicos, probablemente podían disfrutar de una mejor salud y una vida más prolongada y que la cooperación pacífica con los demás sería un gran beneficio tanto para ellos como para sus semejantes. A los cristianos se les prometía al menos recompensas futuras por la bondad o castigos futuros por los pecados.

Pero al estoico solo se le decía que la recompensa de la virtud era la de ser virtuoso.

Sin embargo, el estoicismo en realidad atrajo a los más nobles de los antiguos y ha mantenido ese atractivo durante más de dos mil años. Es una de las filosofías permanentes de la vida. De hecho, sigue siendo un elemento indispensable en cualquier filosofía racional. Porque todos los hombres deben finalmente enfrentarse a la muerte y, antes de ella, a la pérdida de sus seres queridos y casi todos, no importa cuán prudente o sabiamente traten de gestionar sus vidas, en algún momento deben sufrir decepciones, dificultades, accidentes, derrotas, ingratitudes, rechazos, afrentas, humillaciones, dolores e incluso períodos de agonía. Siempre habrá momentos en que los hombres tengan necesidad de paciencia, resistencia y fortaleza. Estas son las grandes virtudes que infunde la filosofía estoica. Y cuando los hombres más necesiten estas virtudes, querrán recurrir a la calmada sabiduría de Séneca, a las severas advertencias de Epicteto o a la elevada serenidad de las *Meditaciones* de Marco, para renovar su propio valor y fuerza.

Una nota sobre las fuentes de los extractos: Las recopilaciones de Séneca están tomadas de la traducción del siglo XVII por Sir Roger L'Estrange que se publicó en la serie *Burt's Home Library* a principios del siglo XX. Es difícil creer que esta traducción no haya sido modernizada por alguien en algún momento, ya que es increíblemente suave y clara. Para Epicteto, hemos elegido la traducción de Elizabeth Carter de 1758 como todavía la más satisfactoria. Además de los numerosos extractos breves, hemos tomado todo el *Enquiridión*, ya que parece haber sido diseñado específicamente como un resumen de su filosofía. Para Marco Aurelio, en su mayor parte hemos utilizado la traducción de George Long de 1862, aunque en solo unos pocos pasajes hemos regresado al antiguo texto de Meric Casaubon de 1634, donde lo consideramos más claro o más matizado.

En las selecciones de Epicteto y Marco, hemos conservado la misma numeración de «Libro» que en las ediciones completas, pero para los pensamientos individuales, la numeración seleccionada es propia y ha sido adoptada únicamente por facilitar la referencia.

SÉNECA

Séneca

De una vida feliz

No hay nada en este mundo, tal vez, de lo que más se hable y sea menos entendido, que el negocio de una vida feliz. Es el deseo y el proyecto de todo hombre y, sin embargo, ni uno entre mil sabe en qué consiste esa felicidad. Vivimos, sin embargo, en una búsqueda ciega y ávida de esta y, cuanto más apresuradamente vamos en la vía incorrecta, más lejos estamos del final de nuestro viaje.

Por lo tanto, en primer lugar, consideremos a qué deberíamos estar y, en segundo lugar, cuál es la forma más fácil de encontrarlo. Si tenemos razón, nos daremos cuenta cada día de cuánto mejoramos, pero si seguimos el llanto o el rastro de las personas que están fuera del camino, debemos esperar vernos engañados y continuar nuestros días en el vagabundeando y el error. Por lo tanto, nos preocupa mucho llevarnos con nosotros una guía capaz, porque no es en este, como en otros viajes, en donde la carretera nos lleva a nuestro lugar de reposo o si un hombre resulta quedarse fuera, dónde los habitantes pueden volver a enderezarlo; pero, por el contrario, el camino transitado es aquí el más peligroso y la gente, en lugar de ayudarnos, nos guía mal. Por lo tanto, no lo sigamos como las bestias, sino más bien gobernémonos por la razón, antes que por el ejemplo.

Nos acompaña en la vida humana como en un ejército derrotado, uno tropieza primero y luego otro cae sobre él, y así continúan, uno sobre el cuello del otro, hasta que todo el campo se convierte en un montón de fracasos. Y lo malo es que la numerosa multitud va contra la verdad y la justicia. De modo que debemos abandonar la multitud si queremos ser felices: porque la cuestión de la vida feliz no ha de decidirse por votación: no, al contrario, la pluralidad de voces sigue siendo un argumento de lo erróneo; a la gente común le resulta más fácil creer que juzgar y se contenta con lo que es habitual, sin examinar si es bueno o no.

Por gente común se entiende al hombre de título, así como al del zapato sucio: porque no los distingo a simple vista, sino mediante la mente, que es el juez apropiado del hombre. La felicidad mundana, entiendo, hace que la cabeza se maree, pero si alguna vez un hombre vuelve a sí mismo, confesará que todo lo que ha hecho, desea deshacerlo y que las cosas que temía eran mejores que aquellas por las que oraba.

La verdadera felicidad de la vida es estar libre de perturbaciones; entender nuestros deberes hacia Dios y el hombre; disfrutar del presente sin ninguna dependencia ansiosa del futuro. No para entretenernos con esperanzas o temores, sino para descansar satisfechos con lo que tenemos, que es suficiente,

porque el que es así no quiere nada. Las grandes bendiciones de la humanidad están dentro de nosotros y a nuestro alcance, pero cerramos los ojos y, como las personas en la oscuridad, nos equivocamos con lo que buscamos, sin encontrarlo.

La tranquilidad es un cierto equilibrio mental que ninguna condición de la fortuna puede exaltar o deprimir. Nada puede hacerlo menor, porque es el estado de la perfección humana: nos eleva tan alto como podemos ir y hace de cada hombre su propio apoyo. Por el contrario, el que se apoya en cualquier otra cosa puede caer. El que juzga correctamente y persevera en ello goza de una calma perpetua: adopta una perspectiva real de las cosas; observa un orden, una medida, un decoro en todas sus acciones; tiene una benevolencia en su naturaleza; ajusta su vida de acuerdo con la razón y atrae para sí el amor y la admiración: pero este que siempre quiere o niega las mismas cosas, sin duda está en lo correcto.

La libertad y la serenidad de la mente deben necesariamente tener como resultado el dominio de aquellas cosas que nos atraen o nos asustan cuando, en lugar de esos placeres llamativos (que incluso en el mejor de los casos son vanos e hirientes al tiempo), nos encontramos en posesión de una alegría transportadora y perpetua.

Debe ser una mente sana la que haga a un hombre feliz, debe haber una constancia en todas las condiciones, un cuidado por las cosas de este mundo, pero sin problemas, y tal indiferencia para con las bondades de la fortuna, que, con ellas o sin ellas, podamos vivir contentos. No debe haber lamentación, ni peleas, ni pereza, ni miedo, porque hace una discordia en la vida de un hombre. El que teme, sirve.

La alegría de un hombre sabio se mantiene firme sin interrupción. En todos los lugares, en todo momento y en todas las condiciones sus pensamientos son alegres y tranquilos. Como nunca le llega desde fuera, nunca la abandonará, sino que nace dentro de él y es inseparable de él. Es una vida solícita que se incuba con la esperanza de algo, aunque nunca es tan abierta y fácil, es decir, aunque un hombre nunca debería sufrir ningún tipo de decepción. No hablo esto como un obstáculo para el disfrute justo de los placeres legales, o para las amables adulaciones de expectativas razonables, sino que, por el contrario, tendría a los hombres siempre de buen humor, siempre que surja de sus propias almas y se genere en sus propios pechos. Otras delicias son triviales; pueden suavizar la frente, pero no llenan ni afectan al corazón.

La verdadera alegría es un movimiento sereno y sobrio y miserables son quienes confunde la risa con el regocijo. Su sede está en el interior y no hay alegría como la resolución de una mente valiente, que tiene la fortuna a sus pies. El que puede mirar a la muerte a la cara y darle la bienvenida, abrir su puerta a la

pobreza y frenar sus apetitos, éste es el hombre al que la Providencia ha provisto de la posesión de placeres inviolables.

Los placeres de lo vulgar no tienen fundamentos, son delgados y superficiales, pero los demás son sólidos y eternos. Como el cuerpo mismo es más una cosa necesaria que una gran cosa, así sus comodidades son temporales y vanas. Además de eso, sin una moderación extraordinaria, su fin es solo dolor y arrepentimiento, mientras que conciencia pacífica, pensamientos honestos, acciones virtuosas e indiferencia por los acontecimientos triviales, son bendiciones sin fin, saciedad o medida.

Este estado consumado de felicidad es solo una sumisión al mandato de la naturaleza correcta. Su fundamento es la sabiduría y la virtud; el conocimiento de lo que tenemos que hacer y la conformidad de la voluntad con ese conocimiento.

La felicidad fundada sobre la sabiduría

Dando por sentado que la felicidad humana se basa en la sabiduría y la virtud, trataremos estos dos puntos en el orden en que se encuentran: y, en primer lugar, de la sabiduría; no en la latitud de sus diversas operaciones, sino sólo como si se tratara de una buena vida y de la felicidad de la humanidad.

La sabiduría es un entendimiento correcto, una facultad de discernir entre el bien y el mal; lo que hay que elegir y lo que rechazar; un juicio basado en el valor de las cosas y no en la opinión común sobre ellas; una igualdad de fuerzas y una fortaleza de resolución. Vela por nuestras palabras y acciones, nos lleva a la cima con la contemplación de las obras de la naturaleza y nos hace invencibles ante la buena o mala fortuna. Es grande y espaciosa, y requiere una gran cantidad de espacio para trabajar, saquea el cielo y la tierra; tiene por objeto las cosas pasadas y por venir, transitorias y eternas. Examina todas las circunstancias del tiempo, qué es, cuándo comenzó y cuánto continuará y lo mismo vale para la mente: de dónde vino; qué es; cuándo comienza; cuánto tiempo dura; si pasa de una forma a otra o si sirve sólo a una y deambula cuando nos deja; si permanece en un estado de independencia y cuál es su acción; qué uso hace de su libertad; si retiene o no la memoria de las cosas pasadas y llega al conocimiento de sí misma.

Ser sabio es usar la sabiduría, así como ver es usar los ojos y hablar bien es usar la elocuencia. El que es perfectamente sabio es perfectamente feliz; no, el principio mismo de la sabiduría nos facilita la vida. Tampoco es suficiente conocer esto, a menos que lo imprimamos en nuestras mentes mediante la meditación diaria, y así convertir la voluntad en un buen hábito.

Y debemos practicar lo que predicamos: porque la filosofía no es un tema para la ostentación popular; ni descansa en las palabras, sino en las cosas. No es un entretenimiento para deleitar, o para darle gusto a nuestro tiempo libre; sino que

moldea la mente, gobierna nuestras acciones, nos dice qué debemos hacer y qué no. Se sienta al timón y nos guía a través de todos los peligros: no, no podemos estar seguros sin ella, porque cada hora nos da la oportunidad de utilizarla. Nos informa de todos los deberes de la vida, la piedad hacia nuestros padres, la fe en nuestros amigos, la caridad para los miserables, el juicio en el consejo; nos da paz no temer nada y nos enriquece no codiciar nada.

No hay una condición de vida que excluya a un hombre sabio de cumplir con su deber. Si su fortuna es buena, la atempera; si es mala, la domina; si tiene una propiedad, ejercerá su virtud en abundancia; si no, en la pobreza: si no puede hacerlo en su país, lo hará en el destierro; si no tiene mando, hará el oficio de un soldado común.

La sabiduría no enseña a nuestros dedos, sino a nuestras mentes: manipular y bailar, armas y fortificaciones, fueron obras del lujo y la discordia, pero la sabiduría nos instruye en el camino de la naturaleza y en las artes de la utilidad y la concordia, no en los instrumentos, sino en el gobierno de la vida, no solo para hacernos vivir, sino para vivir felices. Nos enseña qué cosas son buenas, cuáles malas y lo que solo parece serlo y distinguir entre la grandeza verdadera y el tumor. Despeja nuestras mentes de la escoria y la vanidad; eleva nuestros pensamientos al cielo y los lleva al infierno: discute la naturaleza del alma, los poderes y las facultades de ella; los primeros principios de las cosas; el orden de la Providencia: nos asciende de lo corpóreo a lo incorpóreo y recupera la verdad de todo: busca la naturaleza, le da leyes a la vida y nos dice que no es suficiente conocer a Dios, a menos que le obedezcamos. Considera todos los accidentes como actos de la Providencia: establece un verdadero valor sobre las cosas; nos libra de opiniones falsas y condena todos los placeres que se acompañan con el arrepentimiento. No permite que nada que sea bueno no sea así para siempre: ningún hombre será feliz, sino el que no necesita otra felicidad que la que tiene dentro de sí; ningún hombre será grande o poderoso si no es dueño de sí mismo.

Esta es la felicidad de la vida humana; una felicidad que no puede ni corromperse ni extinguirse: indaga sobre la naturaleza de los cielos, la influencia de las estrellas; hasta qué punto operan sobre nuestras mentes y cuerpos: qué pensamientos, aunque no conformen nuestros modales, aún nos levantan y nos disponen para cosas gloriosas.

Todos están de acuerdo con que la razón correcta es la perfección de la naturaleza humana, y la sabiduría solo su mandato. La grandeza que surge de ella es sólida e inamovible, las resoluciones de la sabiduría son libres, absolutas y constante, mientras que la locura nunca está satisfecha con la misma cosa, sino que va cambiando de opinión y se enferma de sí misma. No puede haber felicidad sin constancia ni prudencia.

El que objeta y vacila todavía no está completo: pero dondequiera que la virtud se interponga sobre la mente, debe haber concordia y consentimiento entre las partes: porque todas las virtudes están de acuerdo, así como todos los vicios están en desacuerdo.

Un hombre sabio, en la condición en la que se encuentre, será feliz; porque él somete todas las cosas a sí mismo, porque se somete a la razón y gobierna sus acciones con el consejo, no con la pasión. No se conmueve con las mayores violencias de la fortuna, ni con los extremos del fuego y la espada, mientras que un tonto teme a su propia sombra y se sorprende con los malos accidentes, como si todos estuvieran apuntando hacia él. No hace nada de mala gana: todo lo que considere necesario, lo elige. Se propone a sí mismo el alcance y fin ciertos de la vida humana; sigue lo que le conduce a ello y evita lo que lo obstaculiza. Está contento con su suerte, sea la que sea, sin desear lo que no tiene; aunque de las dos cosas, prefiera la abundancia a la escasez.

El gran negocio de su vida, como el de la naturaleza, se realiza sin tumulto ni ruido. No teme al peligro, ni lo provoca; pero es por cautela, no por falta de valor; para el cautiverio, las heridas y las cadenas, él solo las considera como terrores falsos y linfáticos. No pretende seguir adelante con lo que emprende, sino para hacer bien lo que hace. Las artes no son sino sus siervos, la sabiduría manda y cuando las cosas fallan, no es culpa del trabajador. Es cauteloso en los casos dudosos, moderado en la prosperidad y resuelto en la adversidad, aun sacando lo mejor de cada condición y mejorando todas las ocasiones para que le sean útiles para su destino.

Hay algunos accidentes, que confieso que pueden afectarlo, pero no derrotarlo, como los dolores corporales, la pérdida de los hijos y los amigos; la ruina y la desolación del país de un hombre. Uno debe estar hecho de piedra, o de hierro, para ser insensible a estas calamidades; y además, no habría virtud en soportarlas, si un cuerpo no las siente.

Hay tres grados de competencia en la escuela de la sabiduría. Los primeros son los que están a la vista, pero no están a la altura: han aprendido lo que deben hacer, pero no han puesto en práctica sus conocimientos; han superado el peligro de una recaída, pero aún tienen las molestias de una enfermedad, aunque están fuera de peligro. Por una enfermedad, entiendo una obstinación en el mal, o un mal hábito, que nos hace ansiar cosas que no son muy de desear, o que no son nada en absoluto. Un segundo tipo son aquellos que han sometido sus apetitos durante una temporada, pero que aún temen volver atrás. Un tercer tipo son aquellos que están libres de muchos vicios, pero no de todos. No son codiciosos, pero tal vez sean coléricos; no son lujuriosos, pero tal vez sean ambiciosos; son lo suficientemente firmes en algunos casos, pero débiles en otros; hay muchos que desprecian la muerte y, sin embargo, se encogen ante el dolor.

Hay diversidades en los hombres sabios, pero no hay desigualdades: uno es más afable, otro más preparado, un tercero es mejor orador; pero la felicidad de todos es igual. Está en esto, como en los cuerpos celestiales: hay un estado seguro en la grandeza.

En los asuntos civiles y domésticos, un hombre sabio puede necesitar consejo, como el de un médico, un abogado, un representante; pero en asuntos mayores, la bendición de los sabios descansa en la alegría que reciben en la comunicación de sus virtudes.

Si no hubiera nada más en ello, un hombre se aplicaría a sí mismo con sabiduría, porque eso le deja en una tranquilidad mental perpetua.

La felicidad fundada en la virtud

La virtud es ese bien perfecto que es el complemento de una vida feliz; lo único inmortal que pertenece a la mortalidad; es el conocimiento de los demás y de sí mismo; es una grandeza invencible de la mente, no exaltarse ni desanimarse con la buena o mala fortuna. Es sociable y gentil, libre, constante y audaz; contenida en sí misma; llena de delicias inagotables y se valora por sí misma.

Uno puede ser un buen médico, o un buen gramático, sin ser un buen hombre; de forma que todas las cosas de fuera resultan solo accesorias: pues su sitio es una mente pura y sagrada. Consiste en una congruencia de acciones que nunca podremos esperar mientras nos distraigan nuestras pasiones.

Solo un hombre puede permitirse cambiar de color y semblante y sufrir tales impresiones que son en realidad un tipo de fuerza natural sobre el cuerpo y estar bajo el dominio de la mente: pero todo esto será mientras tenga su juicio firme, actúe de manera firme y audaz, sin dudar entre las inclinaciones de su cuerpo y las de su mente.

No es una cosa indiferente, lo sé, el que un hombre se acueste cómodamente en una cama o en un tormento sobre el potro: y sin embargo, el primero puede ser el peor de los dos, si sufre este último con honor, y goza de la otra con infamia.

No es el asunto, sino la virtud, lo que hace que la acción sea buena o mala y el que es guiado al triunfo puede ser aún mayor que su conquistador. Cuando llegamos a valorar nuestra carne por encima de nuestra honestidad, estamos perdidos y, sin embargo, no insistiría en los peligros, no, no tanto como en los inconvenientes, a menos que el hombre y el bruto compitan: y en tal caso, en lugar de perder mi crédito, mi razón o mi fe, perdería todas mis extremidades.

Es una gran bendición tener padres tiernos, hijos obedientes y vivir bajo un gobierno justo y bien ordenado. Ahora, ¿no sería un problema incluso para un hombre virtuoso ver a sus hijos masacrados ante sus ojos, a su padre un

esclavizado y a su país invadido por un enemigo bárbaro? Hay una gran diferencia entre la simple pérdida de una bendición y el éxito de un gran error en lugar de ella una y otra vez. A la pérdida de la salud le sigue la enfermedad y a la pérdida de la vista le sigue ceguera: pero esto no se aplica a la pérdida de amigos e hijos, donde hay algo más al contrario para suplir esa pérdida; es decir, la virtud, que llena la mente y quita el deseo de lo que no tenemos. ¿Qué importa si el agua se detiene o no, siempre que la fuente sea segura?

¿Es un hombre siempre más sabio con una multitud de amigos o más insensato por perderlos? Así que ni es más feliz ni más miserable.

La vida corta, la pena y el dolor son accesiones que no tienen ningún efecto sobre la virtud.

Si uno pudiera ver la mente de un buen hombre, cómo se ilustra con la virtud; la belleza y la majestuosidad de la misma, que es una dignidad, no tanto como para pensarse sin amor ni veneración; ¿no se bendeciría un hombre a sí mismo ante la vista de tal objeto, como en un encuentro con algún poder sobrenatural? Un poder tan milagroso que es una especie de hechizo sobre las almas de aquellos que están verdaderamente afectados por él. Hay una gracia y una autoridad tan maravillosas en él, que incluso los peores hombres lo aprueban y tratan de simular la reputación de ser virtuosos. Ciertamente codician el fruto y el beneficio de la maldad, pero odian y se avergüenzan por la impugnación de ella. Es por una impresión de la naturaleza que todos los hombres tienen una reverencia por la virtud; lo saben, y lo respetan, aunque no lo practican: no, por el semblante de su propia maldad la califican malamente como virtud. A sus daños se les llama beneficios, y esperan que un hombre les agradezca por hacerle una travesura; cubren sus iniquidades más notorias con un pretexto de justicia.

Aquél el que roba en la carretera, prefiere encontrar su botín a obtenerlo por fuerza. Pregúntale a cualquiera de ellos que vive de la rapiña, el fraude, la opresión, si no ha disfrutado de una fortuna obtenida honestamente y sus conciencias no le van a permitir negarlo. Los hombres son viciosos solo por el provecho de la villanía; porque al mismo tiempo que la cometen, la condenan.

No, tan poderosa es la virtud, y tan gentil es la Providencia que cada hombre tiene una luz dentro de él como guía: lo que todos hacemos y reconocemos, aunque no lo persigamos. Esto es lo que hace al prisionero en la tortura más feliz que el verdugo y la enfermedad mejor que la salud, si la soportamos sin rendirnos o quejarnos: esto es lo que supera la mala suerte y modera la buena, porque marcha entre la una y la otra con igual desprecio de ambas. Convierte como el fuego todas las cosas en ella misma; nuestras acciones y nuestras amistades están teñidas con ella y todo lo que toca se vuelve amigable.

Lo que es frágil y mortal asciende y cae, crece, se desperdicia y varía en sí mismo, pero el estado de las cosas divinas es siempre el mismo y así es la virtud, se trate de lo que se trate. Nunca es peor para la dificultad de la acción, ni mejor para la facilidad de la acción. Es la misma en un hombre rico que en un hombre pobre; en un hombre enfermo como en uno sano; en uno fuerte como en uno débil. La virtud de los asediados es tan grande como la de los asediadores.

Hay algunas virtudes, confieso, a las que no puede faltar un buen hombre y, sin embargo, no ha tenido la ocasión de emplearlas. Si hubiera alguna diferencia, preferiría las virtudes de la paciencia antes que las del placer, porque es más valiente abrirse paso ante las dificultades que atemperar nuestros deleites.

Pero, aunque el sujeto de la virtud pueda estar en contra de la naturaleza hasta el punto de quemarse o herirse, aun así, la virtud de una paciencia invencible está de acuerdo con la naturaleza. Tal vez pueda parecer que prometemos más de lo que la naturaleza humana es capaz de hacer, pero hablamos con respecto a la mente y no al cuerpo.

Si un hombre no cumple con sus propias reglas, aún es algo que tenga meditaciones virtuosas y buenos propósitos, incluso sin actuar. Es la generosidad, la misma aventura de ser bueno y la simple propuesta de un curso de vida eminente, aunque esté más allá de la fuerza de la fragilidad humana. Todavía hay algo de honor en el fracaso; no, en la desnuda contemplación de ello. Recibiría el comentario de mi propia muerte con tan poco inconveniente como podría escuchar la de otro hombre; me gustaría tener la misma opinión sea rico o pobre, gane o pierda en el mundo. Lo que tengo, no lo escatimaría sórdidamente, ni lo derrocharía pródigamente y consideraría los beneficios bien ganados como la parte más justa de mi posesión: no los valoro por número ni por peso, sino por el beneficio y la estima del receptor; no me considero nunca más pobre por lo que le doy a una persona digna.

Lo que yo haga se hará por conciencia, no por ostentación. Comeré y beberé, no para gratificar mi paladar, o solo para llenar lo que está vacío, sino para satisfacer la naturaleza. Estaré alegre con mis amigos, suave y apacible con mis enemigos. Impediré una solicitud honesta si puedo preverla y la concederé sin preguntar.

Veré al mundo entero como mi país y a los dioses como testigos y jueces de mis palabras y hechos.

Viviré y moriré con este testimonio: que me encantaron los buenos estudios y la buena conciencia; que nunca invadí la libertad de otro hombre y que conservé la mía. Gobernaré mi vida y mis pensamientos como si todo el mundo fuera a ver lo uno y leer los otros, porque qué significa hacer de cualquier cosa un secreto

para mi prójimo, cuando para Dios, que es el buscador en nuestros corazones, está abierta toda nuestra privacidad.

Una parte de la virtud consiste en disciplina, la otra en ejercicio, porque primero debemos aprender y luego practicar. Cuanto antes comencemos a aplicarla a nosotros mismos y cuanto más nos apresuremos, más tiempo disfrutaremos de las comodidades de una mente corregida; es más, obtenemos su fruto en el acto mismo de formarla, pero es otro tipo de deleite, debo confesar, que surge de la contemplación de un alma que avanza hacia la posesión de la sabiduría y la virtud. Si fuera un gran consuelo pasar del sometimiento de nuestra infancia a un estado de libertad, ¿cuánto mayor será cuando abandonemos la levedad juvenil de nuestras mentes y nos situemos entre los filósofos? Hemos superado a nuestra minoría de edad, es verdad, pero no nuestras indiscreciones; y lo que es aún peor, tenemos la autoridad de los adultos mayores y las debilidades de los adolescentes (podría haber dicho de los niños, pues cualquier nimiedad asusta a uno y cualquier moda trivial al otro). Quienquiera que estudie bien este punto, descubrirá que muchas cosas cuanto menos se temen, más terribles aparecen.

Pensar algo bueno que no sea honesto sería reprocharle a la Providencia, pues los buenos hombres sufren muchos inconvenientes. Pero la virtud, como el sol, continúa con su trabajo, deja que el aire nunca esté tan nublado y termina su curso, extinguiendo igualmente todos los demás esplendores y oposiciones; tanto que la calamidad para una mente virtuosa no es más que lluvia en el mar.

Lo que es correcto no debe ser valorado por cantidad, número o tiempo: una vida de un día puede ser tan honesta como una vida de cien años, pero, sin embargo, la virtud en un hombre puede tener un campo más amplio para mostrarse que en otro. Un hombre, tal vez, puede estar en situación de administrar ciudades y reinos, de crear buenas leyes, crear amistades y hacer obras benéficas para la humanidad. La fortuna de otro hombre puede reducirse por la pobreza o desaparecer por el destierro y, sin embargo, este último puede ser tan virtuoso como el primero y puede tener una mente grande, una prudencia exacta, una justicia inviolable y un conocimiento amplio de las cosas, tanto divinas como humanas, sin las cuales el hombre no puede ser feliz.

Porque la virtud está abierta a todos, tanto para los sirvientes y los exiliados como para los príncipes: es provechosa para el mundo y para sí misma en todas las distancias y en todas las condiciones y no hay dificultad que pueda excusar a un hombre de su ejercicio.

Los estoicos sostienen que todas las virtudes son iguales; pero hay una gran variedad en el asunto sobre el que tienen que operar, según sea más grande o más pequeño, ilustre o menos noble, en mayor o menor medida. Como todos los hombres buenos son iguales, lo que equivale a decir que pueden ser buenos, pero

uno puede ser joven y otro viejo; uno puede ser rico y otro pobre; uno eminente y poderoso y otro desconocido y oscuro. Hay muchas cosas que tienen poca o ninguna gracia en sí mismas y, sin embargo, son gloriosas y notables por su virtud. Nada puede ser bueno que no dé grandeza ni seguridad a la mente, sino que, por el contrario, lo infecta con insolencia, arrogancia y tumores. Tampoco la virtud mora en la punta de la lengua, sino en el templo de un corazón purificado. El que depende de cualquier otro bien se convierte en codicioso en la vida y en lo que le pertenece, lo que expone a un hombre a apetitos que son vastos, ilimitados e intolerables.

La virtud es libre e infatigable, acompañada con concordia y gracia, mientras que el placer es mezquino, servil, transitorio, agotador y enfermizo y la escasez sobrevive a su degustación. Es el bien del vientre, y no el del hombre, y sólo la felicidad de los brutos. ¿Quién no sabe que los tontos disfrutan de sus placeres y que hay una gran variedad en los entretenimientos de la perversidad? No, la mente en sí misma tiene su variedad de placeres perversos, así como el cuerpo: como insolencia, autoconsideración, orgullo, garrulidad, pereza e ingenio abusivo de convertir todo en ridículo, mientras que la virtud sopesa todo esto y lo corrige. Es el conocimiento tanto de los demás como de sí mismo; hay que aprender de uno mismo y la misma voluntad puede enseñarse; lo que no puede ser correcto, a menos que todo el hábito de la mente sea correcto de donde proviene la voluntad. Es por el impulso de la virtud por lo que amamos la virtud, de modo que el mismo camino hacia la virtud se encuentra en virtud de la virtud, que también contempla, desde cierta perspectiva, las leyes de la vida humana.

Tampoco debemos valorarnos a nosotros mismos en un día, una hora o cualquier acción, sino en todo el hábito de la mente. Algunos hombres hacen una cosa con valentía, pero no otra; se encogerán ante la infamia y se enfrentarán a la pobreza. (...) Pero el alma nunca está en el lugar correcto hasta que se libera de las preocupaciones de los asuntos humanos. Debemos trabajar y escalar la colina para llegar a la virtud, cuyo lugar está en la cima de esta.

Aquél que domina la avaricia y es verdaderamente bueno se mantiene firme contra la ambición; considera su última hora no como un castigo, sino como la equidad de un destino común.

El que domine sus deseos carnales se mantendrá fácilmente sin mancha ante cualquier otro; de modo que la razón no encuentra este o aquel vicio por sí mismo, sino que lo derrota todo de un golpe.

¿Qué le importa a la ignominia que solo valora así misma sobre la conciencia y no la opinión? Sócrates tuvo una muerte escandalosa enfrentándose con la misma constancia que había practicado antes con los treinta tiranos; su virtud consagraba la mismísima mazmorra.

Aquél que es sabio se deleitará incluso con una mala opinión que haya sido bien recibida. Es ostentación, no virtud, cuando un hombre ve publicadas sus buenas obras ni basta con estar precisamente donde hay honor. Hay que continuar, desafiando la infamia y el peligro.

Pero la virtud no puede estar oculta, porque vendrá el tiempo que la resucitará incluso después de ser enterrada y la liberará de la malignidad de la época que la oprimió. La gloria inmortal es la sombra de ella, y la mantiene en compañía, lo queramos o no, pero a veces la sombra va por delante de la sustancia y otras la sigue. Y cuanto más tarde llegue, más grande será, cuando incluso la envidia misma habrá desaparecido. Durante mucho tiempo se tomó a Demócrito por loco y antes a que Sócrates no se le tenía ninguna estima en el mundo. ¿Cuánto tiempo pasó antes de que se pudiera entender a Catón? No, fue atacado, condenado y rechazado y la gente nunca supo su valor hasta que lo perdió.

Ahora, como el cuerpo debe mantenerse en descenso y forzado hacia arriba, hay algunas virtudes que requieren la rienda y otras el látigo. Debemos controlarnos en la liberalidad, la templanza, la gentileza de la naturaleza, por temor a caer, pero no tenemos necesidad de ánimos en paciencia, resolución y perseverancia, para poder subir la colina. Sobre esta división del asunto, prefería seguir el rumbo más suave que pasar por las experiencias de sudor y sangre: sé que es mi deber contentarme en todas las condiciones; pero si fuera mi elección, elegiría la más justa.

Cuando un hombre viene a necesitar fortuna, su vida es ansiosa, sospechosa, temerosa, dependiente en cada momento y con miedo a todos los accidentes. ¿Cómo puede ese hombre entregarse a Dios o soportar su suerte, sea cual sea, sin murmurar y someterse alegremente a la Providencia, que se contrae con cada movimiento de placer o dolor? Es solo la virtud la que nos levanta por encima de las aflicciones, esperanzas, miedos y oportunidades y nos hace no solo pacientes, sino dispuestos, ya que saber que todo lo que sufrimos está de acuerdo con el decreto del Cielo.

El vencedor del placer (un enemigo tan despreciable y débil), ¿qué será de él cuando se enfrente a los peligros, las necesidades, los tormentos, la muerte y la disolución de la misma naturaleza?

La riqueza, el honor y el favor pueden llegar a un hombre por casualidad; más aún, pueden ser arrojados sobre él sin siquiera cuidarlos y ciertamente vale la pena comprar ese bien que trae consigo a todos los demás.

Un buen hombre es feliz dentro de sí mismo e, independiente de la fortuna, amable con su amigo, templado con su enemigo, religiosamente justo, infatigablemente laborioso; y cumplidor de todos sus deberes con constancia y congruencia en sus acciones.

La filosofía de la guía de la vida

Sócrates coloca toda la filosofía en la moral y la sabiduría en la distinción entre el bien y el mal. La filosofía es el arte y la ley de la vida; nos enseña qué hacer en todos los casos y, como buenos tiradores, a dar en el blanco a cualquier distancia. La fuerza de ello es increíble, porque nos da en la debilidad de un hombre la seguridad de un espíritu y en la enfermedad es tan bueno como un remedio para nosotros, porque todo lo que ayuda a la mente es rentable también para el cuerpo. El médico puede prescribir dieta y ejercicio y adaptar su gobierno y su medicina a la enfermedad, pero es la filosofía la que debe llevarnos al desprecio de la muerte, que es el remedio de todas las enfermedades. En la pobreza nos da riquezas o tal estado mental que las hace superfluas para nosotros. Nos arma contra todas las dificultades: un hombre es presionado con la muerte, otro con la pobreza, algunos con envidia, otros se ven ofendidos por la Providencia e insatisfechos con la condición de la humanidad.

Pero la filosofía nos impulsa a aliviar al prisionero, al enfermo, al débil, al condenado; a mostrar a los ignorantes sus errores y rectificar sus afectos. Nos hace inspeccionar y regir nuestros modales. Nos despierta cuando nos encontremos débiles y soñolientos, ata lo que está suelto y nos humilla lo que somos contumaces. Libera la mente de la esclavitud del cuerpo y la eleva a la contemplación de su origen divino.

Los honores, los monumentos y todas las obras de vanidad y ambición son demolidas y destruidas por el tiempo, pero la reputación de la sabiduría es venerable para la posteridad y aquellos que fueron envidiados u olvidados en vida son adorados en su recuerdo y exentos de las mismas leyes de la naturaleza creada, que ha puesto límites a todas las demás cosas. La misma sombra de gloria lleva a un hombre de honor por encima de todos los peligros, al desprecio del fuego y la espada y sería una vergüenza que la razón correcta no inspirara resoluciones generosas en un hombre de virtud.

La filosofía tampoco es solamente rentable para el público, sino que un sabio ayuda a otro, incluso en el ejercicio de las virtudes. Uno tiene necesidad del otro, tanto para la conversación como para el consejo, pues encienden una emulación mutua en buenos oficios. Todavía no somos tan perfectos, pero aún quedan muchas cosas por descubrir, que nos darán las ventajas recíprocas en instruirnos unos a otros y cuantos más vicios se mezclan, peor es, y pasa lo contrario con los hombres buenos y sus virtudes.

Como los hombres de letras son los amigos más útiles y excelentes, también son los mejores súnditos, al ser mejores jueces de las bendiciones que disfrutan bajo un gobierno bien ordenado y de lo que deben al magistrado por su libertad y protección. Son hombres de sobriedad y aprendizaje y libres de alardes y

violencia. Reprueban el vicio sin reprochar a la persona, porque han aprendido a ser sabios sin pompa ni envidia.

Lo que vemos en las altas montañas, lo encontramos en los filósofos: parecen más altos de cerca que a distancia. Se elevan por encima de otros hombres, pero su grandeza es sustancial. Tampoco se ponen de puntillas para parecer más altos de lo que son, sino que se contentan con su estatura y se consideran suficientemente altos cuando la fortuna no puede alcanzarlos.

Es por la generosidad de la naturaleza por lo que vivimos, pero por la de la filosofía es por lo que vivimos bien, lo que es en verdad es un beneficio mayor que la vida misma.

No por eso la filosofía es también un don del cielo, con respecto a esta facultad, pero tampoco la ciencia, pues deben ser negocio de la industria.

Ningún hombre nace sabio, sino que la sabiduría y la virtud requieren un tutor, aunque podemos aprender fácilmente a ser viciosos sin un maestro.

Es la filosofía la que nos da una veneración a Dios, una caridad para nuestro prójimo, que nos enseña nuestro deber para con el cielo y nos exhorta a un acuerdo entre nosotros. Desenmascara las cosas que son terribles para nosotros, tranquiliza nuestros deseos, refuta nuestros errores, refrena nuestro lujo, reprueba nuestra avaricia y trabaja de manera extraña sobre las naturalezas tiernas.

Nunca pude escuchar a Atalo sobre los vicios de la edad y los errores de la vida, sin compasión por la humanidad y en sus discursos sobre la pobreza había algo que me hacía pensar que era más humano. «Más que lo que usamos», dice, «es más de lo que necesitamos y solo una carga para el portador». Ese dicho suyo me apercibió de lo superfluo de mi propia fortuna. Y así, en sus invectivas contra los placeres vanos, exponía de tal manera las felicidades de una mesa sobria, una mente pura y un cuerpo casto, que un hombre no podía escucharlo sin amar la continencia y la moderación. Por esos discursos suyos, me negué a mí mismo, después de un tiempo, ciertas delicadezas que había usado anteriormente: pero al poco tiempo volví a caer en ellas, aunque con tanta moderación, que la proporción era poco menos que una abstinencia total.

Los filósofos son los tutores de la humanidad; Si han descubierto remedios para la mente, nuestra misión debe ser aplicarlos. No puedo pensar en Catón, Lelio, Sócrates, Platón, sin veneración: sus mismos nombres son sagrados para mí.

La filosofía es la salud de la mente. Miremos primero por esa salud y en segundo lugar por la del cuerpo, que se puede obtener en términos más fáciles, pues un brazo fuerte, una constitución robusta o la habilidad de procurárnoslos no es asunto de un filósofo. Hace algunas cosas como un hombre sabio y otras

cosas como el hombre que es y puede tener fuerza de cuerpo, así como de mente. Pero si corre o toma el mazo, sería perjudicial atribuirlo a su sabiduría, que es común al mayor de los necios. Estudia más bien para llenar su mente que sus arcas y sabe que el oro y la plata se mezclaron con la tierra hasta que la avaricia o la ambición los separaron. Su vida es ordenada, valerosa, igual, segura, se mantiene firme en todos sus extremos y soporta la suerte de su humanidad con un temperamento divino.

Hay una gran diferencia entre el esplendor de la filosofía y el de la fortuna: uno brilla con luz original, el otro con una prestada; además esa filosofía nos hace felices e inmortales, pues el aprendizaje sobrevivirá a palacios y monumentos.

La casa del sabio es segura, aunque estrecha, no hay ruido ni muebles, ni portero en la entrada, ni nada que sea vendible o mercable, ni ningún asunto de fortuna, porque esta no tiene nada que hacer donde no tiene nada que cuidar. Este es el camino al cielo que ha trazado la Naturaleza y es a la vez seguro y agradable; no hay necesidad de un montón de sirvientes, ni de pompa ni de equipamiento, para hacer que nuestro pasaje sea bueno; no hay dinero ni cartas de crédito para gastos en el viaje, sino que las gracias de una mente honrada nos servirán en el camino y nos harán felices al final de nuestro viaje.

Para decirles mi opinión ahora sobre las ciencias liberales: no tengo gran estima por nada que termine en ganancias o dinero y, sin embargo, les permitiré ser tan beneficiosos como sean para preparar el entendimiento sin detenerlo. No son más que los rudimentos de la sabiduría y por tanto solo deben aprenderse cuando la mente no sea capaz de nada mejor y el conocimiento de ellos valga más la pena mantenerlo que adquirirlo. No pretenden que nos hagan virtuosos, sino que nos dan una aptitud o disposición para serlo.

El negocio del gramático reside en una sintaxis del habla o si trata bien la historia o si, al medir el verso, está correctamente expuesto. Pero ¿qué significa una congruencia de puntos, el cálculo de sílabas, o la modificación de números, en comparación con la domesticación de nuestras pasiones o la represión de nuestros deseos? El filósofo demuestra que el cuerpo del sol es grande, pero para las verdaderas dimensiones, debemos preguntar al matemático: la geometría y la música, si no nos enseñan a dominar nuestras esperanzas y temores, todo lo demás tiene poco sentido.

Nos tomamos muchas molestias para rastrear a Odiseo en sus andanzas; pero ¿no era el momento de dedicarnos a mirarnos a nosotros mismos para no vagar en absoluto? ¿No somos nosotros mismos arrojados por pasiones tempestuosas y asaltados por monstruos terribles por un lado y tentados por sirenas por el otro?

Enséñame mi deber con mi país, con mi padre, con mi esposa, con la humanidad. ¿Qué me importa si Penélope fue honesta o no? Enséñame a saber

cómo ser yo mismo y a vivir de acuerdo con ese conocimiento. ¿En qué soy mejor para poner tantas partes juntas en la música y crear una armonía de tantos tonos diferentes? Enséñame a afinar mis afectos y a mantenerme constante en mí mismo. La geometría me enseña el arte de medir acres: enséñame a medir mis apetitos y a saber cuándo he tenido suficiente. Enséñame a compartir con mi hermano y a regocijarme con la prosperidad de mi prójimo. Enséñame cómo puedo contenerme y conservar mi patrimonio, pero preferiría aprender cómo puedo perderlo todo y, sin embargo, estar contento.

¿No sería un loco sentándome a discutir palabras y haciendo preguntas agradables e impertinentes, mientras el enemigo ya ha hecho la brecha, la ciudad ardiera sobre mi cabeza y la mina estuviera lista para estallar por los aires? ¿Era este un tiempo para tonterías? Déjame fortificarme contra la muerte y las necesidades inevitables, déjame entender que el bien de la vida no consiste en la longitud o el espacio, sino en su uso.

Cuando me voy a dormir, quién sabe si alguna vez volveré a despertarme y cuando me despierte, si volveré a dormir. Cuando voy al extranjero, si volveré a casa y cuando vuelvo, si alguna vez volveré al extranjero. No es solo en el mar donde la vida y la muerte están a unas pocas pulgadas una de otra, sino que también están cerca en todas partes, solo que no prestamos mucha atención. ¿Qué tenemos que hacer con las preguntas frívolas y capciosas y las sutilezas impertinentes? Más bien estudiemos cómo librarnos de la tristeza, el miedo y la carga de todas nuestras concupiscencias secretas: pasemos por alto todas nuestras acciones más solemnes y apresurémonos hacia una buena vida, que es algo que nos presiona.

¿Debe un hombre que busca una comadrona quedarse embobado viendo el teatro de hoy? O bien, cuando su casa está en llamas, ¿arreglarse los rizos de la peluca antes de pedir ayuda? Nuestras casas están en llamas, nuestro país invadido, nuestros bienes enajenados, nuestros niños en peligro y podría agregar a estas calamidades terremotos, naufragios y cualquier otra cosa que sea más terrible. ¿Es este un momento para que ahora estemos jugando con despreocupación con preguntas ociosas, que en la práctica adivinanzas estériles?

Nuestro deber es la curación de la mente más que su deleite, pero solo tenemos las palabras de la sabiduría sin las obras y convertimos la filosofía en un placer que se dio como remedio.

Estamos enfermos y ulcerosos, y debemos ser alanceados y escarificados y cada hombre tiene tanto negocios dentro de sí mismo como un médico en una plaga común.

Las desgracias, en fin, no pueden evitarse, pero pueden endulzarse, si no superarse y nuestras vidas pueden ser felices por la filosofía.

La fuerza de los preceptos

Parece haber una afinidad tan cercana entre la sabiduría, la filosofía y los buenos consejos, que es más una cuestión de curiosidad que de beneficio dividirlos. La filosofía es solo una sabiduría limitada y los buenos consejos una comunicación de esa sabiduría, tanto para el bien de los demás como para nosotros mismos y para la posteridad, así como para el presente.

La sabiduría de los antiguos, en cuanto al gobierno de la vida, no era más que ciertos preceptos: qué hacer y qué no y los hombres eran mucho mejores en esa simplicidad, pues a medida que llegaban a ser más instruidos, se cuidaban menos de ser buenos. Esa virtud sencilla y abierta se convierte ahora en una ciencia oscura e intrincada. Se nos enseña a discutir en lugar de vivir. Mientras la maldad era simple, los remedios simples también eran suficientes contra ella, pero ahora que ha echado raíces y se ha extendido, debemos hacer uso de los más fuertes.

Si un hombre hace lo que debe hacer, nunca lo hará constantemente o por igual sin saber por qué lo hace y, si es por casualidad o por costumbre, el que hace el bien por casualidad también puede hacer el mal. Y más aún, un precepto puede dirigirnos a lo que debemos hacer y sin embargo no llegar a cumplirlo: un entretenimiento costoso puede ser, en un caso, extravagancia o glotonería, y, en otro, un punto de honor y discreción.

Los preceptos son ociosos, si no se nos enseña primero qué opinión debemos tener del asunto en cuestión: ya sea la pobreza, la riqueza, la desgracia, la enfermedad, el destierro, etc. Examinémoslos, pues, uno por uno, no como son calificados, sino como son en verdad.

No sirve de nada tener en alta estima la prudencia, la fortaleza, la templanza, la justicia, si no sabemos antes qué es la virtud: si es una o más o si el que la tiene las tiene todas, o en qué se diferencian.

Los preceptos son de gran peso y unos pocos útiles a mano hacen más por una vida feliz que volúmenes enteros o advertencias que no sabemos dónde encontrar. Estos preceptos saludables deben ser nuestra meditación diaria, pues son las reglas en las cuales debemos encajar nuestras vidas.

Es por precepto por lo que el entendimiento se nutre y se acrecienta, los oficios de la prudencia y la justicia se guían por ellos y nos conducen al cumplimiento de nuestros deberes.

Es una gran virtud amar, dar y seguir buenos consejos: si no nos lleva a la honestidad, al menos nos incita a ella. Así como varias partes forman una armonía y la música más agradable surge de las discordias, así debe un hombre sabio reunir muchos actos, muchos preceptos, y los ejemplos de muchas artes, para informar su propia vida.

Nuestros antepasados nos han dejado a cargo de evitar tres cosas: el odio, la envidia y el desprecio. Ahora bien, es difícil evitar la envidia y no incurrir en desprecio, pues al tener demasiado cuidado de no usurpar a los demás, nos volvemos muchas veces susceptibles de ser pisoteados por nosotros mismos.

El buen consejo es el servicio más necesario que podemos hacer a la humanidad y si lo damos a muchos seguramente beneficiará a algunos, pues ante muchas pruebas sin duda tendrán éxito en unas u otras.

Una eminente marca de sabiduría es que un hombre sea siempre él mismo. Habrá algunos que sean ahorradores en la mesa y fastuosos en la vivienda; pródigos consigo mismos y prohibidores con los demás; mezquinos en casa y pródigos en el extranjero. Esta diversidad es un defecto y el efecto de una mente insatisfecha e intranquila, mientras que todo hombre sabio vive según las reglas.

En todas nuestras empresas, examinemos primero nuestras propias fuerzas, después la empresa y, en tercer lugar, las personas con las que tenemos que relacionarnos. El primer punto es muy importante, ya que estamos dispuestos a sobrevalorarnos a nosotros mismos y a considerar que podemos hacer más de lo que de hecho podemos.

Todos somos esclavos de la fortuna: unos sólo en cadenas sueltas y de oro, otros en cadenas estrechas y más toscas; no, y los que nos atan son esclavos también ellos mismos, unos del honor, otros de la riqueza; otros de los cargos y otros del desprecio; algunos de sus superiores, otros de sí mismos. No, la vida misma es una servidumbre: aprovechémosla entonces y repararemos nuestras fortunas con nuestra filosofía.

No codiciemos nada que esté fuera de nuestro alcance, sino contentémonos con las cosas esperables y alcanzables y sin envidiar las ventajas de los demás, pues la grandeza está sobre un escarpado precipicio y es mucho más seguro y tranquilo vivir en una zona nivelada. ¿Cuántos grandes hombres se ven obligados a mantener su posición por mera necesidad, porque descubren que no hay manera de bajar de ella sino de cabeza? Estos hombres harían bien en fortalecerse contra las malas consecuencias mediante virtudes y meditación que los hagan menos ansiosos por el futuro. Lo más seguro en este caso es limitar nuestros deseos y no dejar a la fortuna nada que podamos mantener bajo nuestro propio poder. Este rumbo tampoco nos compondrá totalmente, pero nos mostrará, en el peor de los casos, el final de nuestros problemas.

No es más que un punto principal para tener cuidado de no proponernos nada más que lo que es esperanzador y honesto. Porque será igualmente molesto para nosotros, o no tener éxito, o avergonzarnos del éxito. Por lo tanto, asegúrenos de no admitir ningún mal designio en nuestros corazones, para que levantemos

manos puras al cielo y no pidamos nada que haga a otro un perdedor. Oremos por una buena mentalidad, que es un deseo de no herir a nadie.

Recordaré siempre que soy un hombre, y entonces consideraré que, si soy feliz, esto no durará siempre y, si soy infeliz, puedo ser otro si quiero. Llevaré mi vida en mi mano y la entregaré prontamente cuando se me pida.

Tendré cuidado de ser esclavo de mí mismo, porque esa es una perpetua, una vergonzosa y la más pesada de todas las servidumbres; y esto se puede hacer con deseos moderados. Me diré a mí mismo: «¿Por qué trabajo, sudo, pido, cuando es muy poco lo que quiero, y no pasará mucho tiempo antes de que necesite algo?»

El que quiera hacer una prueba de la firmeza de su mente, que deje ciertos días para la práctica de sus virtudes. Se mortificará con ayuno, ropas ásperas y duro alojamiento y luego se dirá a sí mismo: «¿Es a esto a lo que temía?» En un estado de seguridad, un hombre puede así prepararse contra los peligros, y en abundancia fortificarse contra la necesidad.

El que quiera vivir feliz, no debe confiar en la buena fortuna ni someterse al mal. Debe mantenerse en guardia contra todos los ataques, debe atenerse a sí mismo, sin depender de otras personas.

Donde la mente está teñida de filosofía, no hay lugar para el dolor, la ansiedad o las vejaciones superfluas. Está en posesión de la virtud para desentenderse de la fortuna, lo que nos lleva a un grado de seguridad de no ser perturbados.

Es más fácil dar consejos que tomarlos y algo común que un hombre colérico condene a otro. Podemos ser a veces serios al aconsejar, pero no violentos o aburridos. Es mejor usar pocas palabras, pero con gentileza y eficacia. Lo lamentable es que los sabios no necesitan consejo y los necios no lo tomarán. Un hombre bueno, es verdad, se deleita en ello y es una indicación de locura y maldad odiar la reprensión.

Para un amigo, yo siempre sería franco y sencillo, y preferiría fracasar en el éxito que faltar en el asunto de la fe y la confianza.

No me digas lo que un hombre debe hacer en la riqueza o en la pobreza, sino muéstrame el camino para ser sensato o rico. Enséñame a dominar mis vicios, porque no tiene sentido, mientras esté bajo su gobierno, decirme lo que debo hacer cuando esté libre de ellos.

En caso de alguna avaricia un poco aliviada, un lujo moderado, una temeridad contenida, un aletargado humor estimulado son preceptos que nos ayudarán luego a avanzar y nos enseñarán cómo comportarnos.

El que pretende una vida feliz debe primero poner una base de virtud, como un vínculo sobre él, para vivir y morir fiel a esa causa. No encontramos felicidad

en las venas de la tierra donde excavamos en busca de oro, ni en el fondo del mar donde pescamos perlas, sino en una mente pura e impoluta que, si no fuera santa, no sería apta para agradar a la Deidad.

El que quiera ser verdaderamente feliz, debe pensar mejor en su propia suerte y así vivir con los hombres como si considerara que Dios lo ve y así hablar con Dios como si los hombres lo oyesen.

No hay felicidad como la paz de conciencia

Una buena conciencia es el testimonio de una buena vida y la recompensa por ello. Esto es lo que fortalece la mente contra la fortuna, cuando un hombre ha conseguido el dominio de sus pasiones, ha colocado su tesoro y su seguridad dentro de sí mismo, ha aprendido a contentarse con su condición y que la muerte no es un mal en sí misma, sino sólo el fin del hombre.

El que ha dedicado su mente a la virtud y al bien de la sociedad humana, de la cual es miembro, ha consumado todo lo que es provechoso o necesario que él sepa o haga para establecer su paz.

Una mente grande, buena y recta es una especie de divinidad alojada en la carne, y puede ser la bendición tanto de un esclavo como de un príncipe: vino del cielo y debe regresar al cielo y es una especie de felicidad celestial de la que goza una mente pura y virtuosa, en cierto grado, incluso en la tierra, mientras que los templos de honor no son más que nombres vacíos, que, probablemente, deben su comienzo a la ambición o a la violencia.

Estoy extrañamente transido con los pensamientos de la eternidad; no, con la creencia en ella, pues tengo una profunda veneración por las opiniones de los grandes hombres, especialmente cuando prometen cosas que me resultan satisfactorias, pues las prometen, aunque no las demuestren. En la cuestión de la inmortalidad del alma, me queda muy lejos, un consentimiento general de una recompensa y castigo futuros, cuya meditación me lleva al desdén de esta vida, con la esperanza de una mejor.

Pero, aun así, aunque sabemos que tenemos un alma, sin embargo, somos totalmente ignorantes de qué es el alma y cómo y de dónde viene. Esto es lo único que entendemos, que todo lo bueno y lo malo que hacemos está bajo el dominio de la mente, que una conciencia limpia nos crea una paz inviolable y que la mayor bendición de la naturaleza es la que todo hombre honesto puede otorgarse a sí mismo.

El cuerpo no es más que el atasco y el prisionero de la mente, arrojado hacia arriba y hacia abajo y perseguido con castigos, violencias y enfermedades, pero

la mente misma es sagrada y eterna, y está exenta del peligro de cualquier impresión real.

No hay hombre que no apruebe la virtud, aunque pocos la persigan. Vemos dónde está, pero no nos atrevemos a aventurarnos para llegar a ella y la razón es que sobrevaloramos lo que debemos abandonar para obtenerla.

Una buena conciencia no teme a los testigos, pero una conciencia culpable sienta ansiedad incluso en la soledad. Si no hacemos otra cosa que lo que es honesto, que todo el mundo lo sepa, pero si no es así, ¿qué significa que nadie más lo sepa, siempre y cuando yo lo sepa? ¡Miserable es el que menosprecia a ese testigo!

La maldad, es verdad, puede escapar a la ley, pero no a la conciencia, porque la convicción privada es el primer y más grande castigo de los ofensores, de modo que el pecado se ataca a sí mismo y el temor a la venganza persigue aun a aquellos que escapan de su golpe. Sería malo para los hombres buenos que la iniquidad eludiera tan fácilmente la ley, el juez y la ejecución, si la naturaleza no hubiera puesto tormentos y castigos en la conciencia de los transgresores.

Esos son los únicos deleites ciertos y provechosos que surgen de la conciencia de una vida bien hecha: no importa el ruido en el exterior, siempre y cuando estemos tranquilos en nuestro interior. Pero si nuestras pasiones son sediciosas, eso basta para mantenernos despiertos sin ningún otro tumulto.

El que se conoce perfectamente a sí mismo, deja de lado su dinero, su fortuna, su dignidad y se examina al desnudo, sin tener que aprender de los demás el conocimiento de sí mismo.

Es peligroso que un hombre crea en sí mismo de repente o con demasiada facilidad. Por tanto, examinemos, miremos, observemos e inspeccionemos nuestros propios corazones, pues nosotros mismos somos nuestros mayores aduladores: deberíamos rendir cuentas cada noche: «¿Qué dolencia he dominado hoy? ¿A qué pasión me he opuesto? ¿A qué tentación he resistido? ¿Qué virtud he adquirido?» Nuestros vicios se calmarán por sí mismos, si se consideran todos los días sin reparos. ¡Oh, el bendito sueño que sigue a esa tarea diaria!, ¡Oh, la tranquilidad, la libertad y la grandeza de esa mente que se espía a sí misma y es una censura privada de sus propios modales!

Es mi costumbre todas las noches, tan pronto como se apaga la vela, repasar todas las palabras y acciones del día anterior y no dejar que nada se me olvide, porque ¿por qué debería temer la vista de mis propios errores, cuando puedo amonestarme y perdonarme? «Estaba demasiado acalorado en tal disputa: mi opinión podría haberse evitado, porque ofendía y no hacía ningún bien. Era verdad, pero no todas las verdades deben decirse en todo momento. Ojalá me hubiera callado, porque no hay que pelearse ni con los tontos ni con nuestros

superiores. He hecho mal, pero no volverá a pasar». Si cada uno se mirara a sí mismo, sería lo mejor para todos nosotros.

Es un gran consuelo que sólo estemos condenados a la misma suerte que el universo. Los cielos mismos son mortales, así como nuestros cuerpos; la naturaleza nos ha hecho pasivos, y el sufrimiento es lo que nos toca. Mientras somos carne, cada hombre tiene su cadena y su limitación, sólo que son más sueltas y ligeras para un hombre que para otro; y está más a gusto el que las toma y las lleva, que el que las arrastra.

Hemos nacido para perder y perecer, para esperar y temer, para irritarnos a nosotros mismos y a los demás y no hay antídoto contra una calamidad común sino la virtud, porque el fundamento de la verdadera alegría está en la conciencia.

Un buen hombre nunca puede ser infeliz

No hay en la escala de la naturaleza una conexión de causa y efecto más inseparable que en el caso de la felicidad y la virtud, ni nada que produzca más naturalmente lo uno o que necesariamente presuponga lo otro. Porque ¿qué es ser feliz, sino que un hombre se contente con su suerte, en una silenciosa y alegre resignación a los designios de Dios?

Todas las acciones de nuestra vida deben gobernarse con respecto al bien y al mal y sólo la razón lo que las distingue, por lo que nos vemos influidos de tal manera, como si un rayo de la Divinidad estuviera sumergido en un cuerpo mortal y esa es la perfección de la humanidad.

No es la salud, la nobleza, las riquezas, lo que puede justificar a un hombre malvado, ni es la falta de todo esto lo que puede desacreditar a un hombre bueno.

Es deber de todo hombre hacerse provechoso para la humanidad: si puede, a muchos; si no, a menos; si no es así, a su vecino; pero, en todo caso, al menos a sí mismo.

El hombre bueno puede servir al público, a su amigo y a sí mismo, en cualquier situación; si no es por la espada, que tome la toga; si la abogacía no va con él, que pruebe el púlpito; si se le silencia en el exterior, que dé consejo en su casa y que se muestre como un amigo fiel y un compañero templado. Aunque no sea un ciudadano, todavía es un hombre, así que el mundo entero es su país y la naturaleza humana nunca reclama materia sobre la que trabajar. No, el que pasa bien su tiempo, incluso en un retiro, da un gran ejemplo.

Realmente podemos agrandar o contraer, según las circunstancias del tiempo, el lugar o las capacidades, pero, sobre todo, debemos asegurarnos de mantenernos en acción, porque el que es perezoso está en realidad muerto mientras vive.

¿Hubo alguna vez un estado tan desesperado como el de Atenas bajo los treinta tiranos, donde era esencial ser honesto y la casa del senado se convirtió en un colegio de verdugos? Nunca hubo un gobierno tan miserable y tan desesperado y, sin embargo, Sócrates predicaba al mismo tiempo templanza a los tiranos y valentía a los demás y después murió como un ejemplo eminente de fe y resolución y como un sacrificio por el bien común.

Cualquier cosa que me presten y lo que tengo acabará siendo enajenado y eso no es una pérdida, sino una restitución y debo entregar voluntariamente lo que más inmerecidamente me fue concedido y acabará volviendo a mi mente mejor de como la recibí.

Demetrio, al tomar Megara, le preguntó al filósofo Estilpón lo que había perdido. «Nada», dijo él, «porque yo tenía todo lo que podía llamar mío». Sin embargo, el enemigo se había hecho dueño de su patrimonio, de sus hijos y de su patria, pero sólo los consideraba como bienes adventicios y bajo las órdenes de la Fortuna.

Un buen hombre cumple con su deber, que nunca será muy doloroso, muy peligroso, ni una gran pérdida para él. Y no todo es dinero, poder y placer en el mundo, ni hay ninguna fuerza de necesidad que lo pueda hacer malvado. Este considera lo que debe hacer, no lo que debe sufrir, y continúa su camino, aunque no hay de haber más que mordazas y tormentos en su camino.

Es una cierta indicación de una mente valiente no dejarse conmover por ningún accidente. La región superior del aire no admite nubes ni tempestades: las tormentas de truenos y meteoritos se forman debajo. Y esta es la diferencia entre una mente media y una mente superior: la primera es grosera y tumultuosa, la segunda es modesta, venerable, serena y siempre tranquila en su lugar.

En resumen, es la conciencia la que se pronuncia sobre el hombre, ya sea feliz o miserable.

Dejemos que la maldad se escape como pueda en el tribunal, pues nunca deja de hacer justicia sobre sí misma. Porque cada culpable es su propio verdugo.

La Providencia, la cura de las desgracias

No nos es posible comprender qué es el Poder que ha hecho todas las cosas. Se descubren unas pocas chispas de esa Divinidad, pero infinitamente la mayor parte de ella yace escondida. Sin embargo, todos estamos de acuerdo hasta ahora, en primer lugar, en el reconocimiento y la creencia de ese Ser todopoderoso y, en segundo lugar, en que debemos atribuirle toda la majestad y la bondad.

«Si hay una Providencia», dicen algunos: «¿cómo es posible que los hombres buenos trabajen bajo la aflicción y la adversidad, y que los malvados se diviertan a gusto y en abundancia?» Mi respuesta es, que Dios nos trata como un buen padre a sus hijos. Nos pone a prueba, nos fortalece y se adapta a nosotros. Mantiene una mano estricta sobre los que ama, y por el resto hace lo mismo que nosotros hacemos con nuestros esclavos: los deja seguir adelante con licencia y audacia. Así como el maestro da a sus eruditos más prometedores las lecciones más duras, así también Dios trata a los espíritus más generosos. Y los encuentros cruzados de la fortuna no debemos considerarlos como una crueldad, sino como una competencia: la familiaridad de los peligros nos lleva a despreciarlos y la parte más fuerte es la más ejercitada. La mano del marinero es callosa, el brazo del soldado es fuerte, y el árbol que está más expuesto al viento tiene la mejor raíz.

No hay un estado de vida tan infeliz, sino que hay en él remisiones, desviaciones, e incluso deleites. Tal es la benignidad de la naturaleza hacia nosotros, incluso en los accidentes más graves de la vida humana. No habría vida si la adversidad se asentara al principio y mantuviera la fuerza de la primera impresión. Todas esas terribles apariencias que nos hacen gemir y temblar no son más que el tributo de la vida. No debemos desear, ni pedir, ni esperar escapar de ellas, porque es una especie de deshonestidad rendir un tributo a regañadientes.

¿Estoy preocupado por la piedra o afligido con pérdidas continuas? No, ¿está mi cuerpo en peligro? Todo esto no es más que lo que pedí cuando recé por la vejez. Todas estas cosas son tan familiares en una larga vida como el polvo y la suciedad en un camino largo. La vida es una guerra. ¿Y qué hombre valiente no preferiría estar en una tienda de campaña que en el caos?

Es sólo en la fortuna adversa y en los malos tiempos cuando encontramos grandes ejemplos.

En el sufrimiento por la virtud, lo que debemos considerar no es el tormento, sino la causa y cuanto más dolor, más renombre.

Cuando nos ocurre alguna dificultad, debemos considerarla como un acto de la Providencia, que muchas veces hace que sufran los particulares al ser heridos para conservar del conjunto.

Cuántas heridas y dificultades hay que tememos como errores insoportables, que, pensándolo bien, encontramos que son misericordias y beneficios; como el destierro, la pobreza, la pérdida de relaciones, la enfermedad, la deshonra. Algunos se curan con la lanza, con el fuego, con el hambre, con la sed, con la extracción de huesos, por la amputación de extremidades y cosas por el estilo. Tampoco tememos sólo las cosas que muchas veces son beneficiosas para nosotros, sino que, por el contrario, anhelamos y perseguimos cosas que son

mortales y perniciosas. Estamos envenenados en los mismos placeres de nuestro lujo y somos traicionados con miles de enfermedades por la complacencia de nuestro paladar.

Ningún hombre conoce su propia fuerza o valor si no es puesto a prueba. Al piloto se le juzga en una tormenta, al soldado en una batalla, el rico no sabe cómo comportarse en la pobreza. El que ha vivido en la popularidad y el aplauso no sabe cómo soportaría la infamia y el reproche y el que nunca tuvo hijos cómo soportaría la pérdida de ellos. La calamidad es la ocasión de la virtud y un estímulo para una gran mente.

No hay nada que caiga mal a un hombre bueno de lo que pueda acusarse a la Providencia; pues contra las acciones perversas, los pensamientos lascivos, los proyectos ambiciosos, las lujurias ciegas y la avaricia insaciable, contra todo esto está armado por el beneficio de la razón. ¿Y esperamos ahora que Dios también se ocupe de nuestro equipaje? (Me refiero a nuestros cuerpos).

Muchas aflicciones pueden acontecerle a un hombre bueno, pero ningún mal, pues los contrarios nunca se incorporarán. Todos los ríos del mundo nunca serán capaces de cambiar el sabor o la calidad del mar.

La providencia y la religión están por encima de los accidentes, y sacan provecho de todo. La aflicción mantiene al hombre en uso y lo hace fuerte, paciente y resistente.

Ningún hombre puede ser feliz si no se mantiene firme contra todas las contingencias y se dice a sí mismo en todo extremo: «Me habría contentado si hubiera podido ser así o así, pero como está determinado de otra manera, Dios proveerá lo mejor».

Cuanto más luchamos contra nuestras necesidades, más fuerte hacemos el nudo y peor es con nosotros. Y cuanto más aletea y revolotea el pájaro en la trampa, más firmemente queda atrapado. De modo que la mejor solución es someterse y quedarse quieto, bajo esta doble consideración: que los procedimientos de Dios son incuestionables y que no hay que resistirse a sus mandatos.

Sobre la levedad de la mente

Hemos mostrado lo que es la felicidad, y en qué consiste, que está fundada en la sabiduría y la virtud, porque primero debemos saber lo que debemos hacer y luego vivir de acuerdo con ese conocimiento. También hemos hablado de las ayudas de la filosofía y del precepto para una vida feliz, de la bendición de una buena conciencia, de que un hombre bueno nunca puede ser infeliz, ni un hombre

malvado feliz ni un hombre desafortunado que se somete alegremente a la Providencia.

Ahora examinaremos cómo es posible que, cuando se nos presenta un camino tan justo hacia la felicidad, los hombres sigan su camino hacia otro lado, lo que, como es evidente, conduce a la ruina.

Hay quienes viven sin ningún tipo de designio y pasan por el mundo como pajas sobre un río. No van, sino que los llevan. Otros sólo reflexionan sobre partes de la vida y no sobre el todo, lo cual es un gran error, pues no hay una disposición de las circunstancias de esta, a menos que propongamos primero el alcance principal. ¿Cómo puede alguien apuntar sin una diana? ¿O qué viento le valdrá si aún no ha resuelto cuál es su puerto?

Vivimos como por casualidad y por la casualidad somos gobernados. Algunos hay que se atormentan una y otra vez con el recuerdo de lo pasado: «¡Señor! ¿Qué he soportado? Nunca hubo un hombre en mi condición. Todos me entregaron, mi corazón estaba a punto de romperse», etc. Otros, repito, se afligen con la convicción de males venideros y muy ridículamente ambos: porque lo uno no nos concierne ahora y lo otro todavía no. Además de eso, puede haber remedios para las desgracias que puedan ocurrir, ya que nos advierten de su proximidad con señales y síntomas.

Un marinero imprudente nunca considera qué viento sopla o qué rumbo sigue, sino que corre a la ventura, como si fuera a enfrentarse a las rocas y a los remolinos. Mientras que el que es cuidadoso y considerado se informa de antemano de dónde se encuentra el peligro y de qué tiempo es probable que haga. Consulta su brújula y se mantiene alejado de los lugares que son conocidos por sus naufragios y sus desastres. Lo mismo hace un hombre sabio en el negocio común de la vida. Se aparta de los que puedan hacerle daño, pero es prudente no dejar que se den cuenta de que lo hace a propósito, porque lo que el hombre rehúye lo condena tácitamente.

Hay muchas propiedades y diversidades de vicios, pero uno de sus efectos ineludibles es vivir descontento. Todos trabajamos bajo deseos desmesurados o somos tímidos y no nos atrevemos a aventurarnos o al aventurarnos no tenemos éxito. O bien nos exponemos a esperanzas inciertas, donde quedamos siempre ansiosos y en suspenso. Y cuando nos hemos esforzado mucho sin propósito, llegamos entonces a arrepentirnos de nuestras empresas. Tenemos miedo de seguir adelante y no podemos dominar nuestros apetitos ni obedecerlos. Vivimos y morimos inquietos e irresolutos.

Esto es lo que nos hace viajar. La ciudad nos complace hoy, el país mañana, los esplendores de la corte en un momento dado, los horrores de un atierra salvaje en otro. Pero todo esto mientras llevamos nuestra enfermedad con nosotros.

Debe ser el cambio de mentalidad, no el del clima, el que elimine la pesadumbre del corazón: nuestras voces van con nosotros, y llevamos con nosotros las causas de nuestras inquietudes. Hay un gran peso que recae sobre nosotros y el simple hecho de que sea escandaloso lo hace más incómodo. Cambiar de país, en este caso, no es viajar, sino deambular.

Debemos mantener nuestro rumbo, si queremos llegar al final de nuestro viaje. El que no puede vivir feliz en ninguna parte, vivirá feliz en alguna parte.

¿Qué es lo mejor de viajar para un hombre? ¿Es como si sus preocupaciones no pudieran encontrarlo dondequiera que vaya? ¿Hay alguien que se retire del temor a la muerte o a los tormentos o de las dificultades que acosan a un hombre dondequiera que esté?

Sólo la filosofía hace invencible a la mente y nos pone fuera del alcance de la fortuna, cuyas sus flechas siempre quedan cortas. Es la que reclama la rabia de nuestros deseos y endulza la ansiedad de nuestros miedos. El cambio frecuente de lugares o consejos muestra una inestabilidad de la mente y debemos arreglar el cuerpo antes de que podamos arreglar el alma. Apenas podemos movernos en el extranjero o mirar a nuestro alrededor sin encontrarnos con algo que reavive nuestros apetitos.

Así como el que se despoja de un amor infeliz evita algo que se ponga en la mente de su persona, así el que se libra totalmente de sus amadas concupiscencias debe evitar todos los objetos que puedan volver a ponerlas en su cabeza y recordárselas.

Viajamos, como niños corriendo de arriba a abajo en busca de vistas extrañas, por novedad, no por ganancia. No devolvemos ni mejores ni más sensatos. No, y la misma agitación nos lastima. Aprendemos a llamar a los pueblos y lugares por sus nombres, y a contar historias sobre montañas y ríos. Pero ¿no había sido mejor emplear nuestro tiempo en el estudio de la sabiduría y de la virtud? ¿En el aprendizaje de lo que ya se ha descubierto y en la búsqueda de cosas que aún no se han encontrado?

No es el lugar, espero, el que hace al orador o al médico. ¿Preguntará alguien en el camino, rezando, cuál es el camino a la prudencia, a la justicia, a la templanza, a la fortaleza?

Un gran viajero se quejaba de que nunca fue mejor por sus viajes. «Eso es muy cierto —dijo Sócrates—, porque has viajado contigo mismo». Ahora, ¿no habría sido mejor que se hubiera convertido en otro hombre que viajar a otro lugar?

Dividimos nuestras vidas entre la aversión al presente y el deseo del futuro. Pero el que vive como debe se ordena a sí mismo para no temer ni desear el mañana: si viene, será bienvenido, pero si no, no hay nada perdido. Porque lo que ha de venir no es sino lo mismo que ha pasado.

Hay algunas cosas que creemos que deseamos y que estamos tan lejos de desear que las tememos. No tratamos con franqueza ni siquiera con Dios mismo. En estos casos, debemos decirnos: «Me he inspirado en esto. No podía tranquilizarme hasta haber conseguido esta mujer, este lugar, esta propiedad, este honor y ahora veo lo que ha derivado de ello».

Un remedio soberano contra todas las desgracias es la constancia de la mente. El cambio de compañeros y rostros se parece a un hombre conducido por el viento. Nada puede estar por encima de él que esté por encima de la fortuna.

Un sabio a prueba de calamidades

No es la violencia, el reproche, el desprecio o cualquier otra cosa exterior lo que puede hacer que un hombre sabio abandone su terreno, ya que está a prueba de calamidades, tanto grandes como pequeñas. Nuestro único error es que pensamos que lo que no podemos hacer nosotros mismos, no lo puede hacer ningún otro, de modo que juzgamos a los sabios por las medidas de los débiles.

Ponedme entre príncipes o entre mendigos, lo uno no me hará orgulloso, ni lo otro se avergonzará. Puedo dormir tan profundamente en un granero como en un palacio y un montón de heno me resulta un lecho tan bueno como una cama de plumas. Si cada día se cumpliera mi deseo, no debería cambiarme; tampoco me sentiría infeliz si no tuviera una hora de tranquilidad en mi vida. No cambiar con el dolor o el placer. Pero, a pesar de todo eso, podría desear que todo fuera más sencillo y poder más bien moderar mis alegrías que mis penas. Si yo fuera un príncipe imperial, preferiría tomar antes que ser tomado y, sin embargo, mostraría la misma mentalidad bajo el carro de mi conquistador que la que ya tenía.

No es gran cosa pisotear lo que es más codiciado o temido por la gente común. Hay quienes se ríen ante la rueda y se lanzan a una muerte segura, sólo por un transporte de amor, quizás de ira, de avaricia o de venganza, pero ¡cuánto más que sobre un instinto de virtud, que es invencible y constante! Si una breve obstinación de la mente puede hacer esto, cuánto más una virtud compuesta y deliberada, cuya fuerza es igual y perpetua.

Para asegurarnos en este mundo, primero, no debemos aspirar a nada que los hombres consideren que vale la pena discutir. En segundo lugar, no debemos valorar la posesión de nada que incluso un ladrón común piense que vale la pena robar. El cuerpo de un hombre no es un botín. Que el camino nunca sea tan peligroso para los robos: los pobres y los desnudos pasan en silencio.

De la sinceridad de los modales

La sinceridad de los modales hace que la vida de un hombre sea feliz, incluso a pesar del desdén y el desprecio, que es el destino claro de todo hombre. Pero más vale que se nos desprecie por simplicidad que por mentir perpetuamente sobre la tortura de una falsificación, siempre y cuando se tenga cuidado de no confundir la simplicidad con la negligencia. Y es, además, una vida incómoda, la de un disfraz, con el que un hombre parece ser lo que no es, para mantenerse perpetuamente en guardia sobre sí mismo y viviendo con temor a ser descubierto.

De entre todas los demás, una vida de estudio es la menos aburrida. Nos hace fáciles para nosotros mismos y para los demás y nos hace ganar amigos y reputación.

La felicidad nunca puede depender de la fortuna

Nunca declares feliz a un hombre que depende de la fortuna para su felicidad, porque nada puede ser más absurdo que colocar el bien de una criatura razonable en cosas irrazonables.

Es un error común considerar como cosas necesarias algunas que son superfluas y depender de la fortuna para la felicidad de la vida, que surge sólo de la virtud. No hay confianza en sus sonrisas. El mar se hincha y se enfurece en un momento y los barcos son tragados por la noche en el mismo lugar donde lucían por la mañana. Y la fortuna tiene el mismo poder sobre los príncipes que sobre los imperios, sobre las naciones que sobre las ciudades y el mismo poder sobre las ciudades que el que tiene sobre los hombres particulares.

¿Dónde está ese estado al que pueden pisar los talones el hambre y la mendicidad, esa dignidad que al momento siguiente no pueda caer por los suelos, ese reino que está a salvo de la desolación y la ruina? El período de todas las cosas está cerca, así como el que echa fuera a los afortunados y el otro que entrega a los infelices. Y lo que puede acaecer en cualquier momento puede acaecer en este mismo día.

No lo sé lo que ha de suceder, pero sí sé lo que puede suceder, de modo que no desesperaré ante nada, sino que lo esperaré todo y todo lo que la Providencia remita es un claro beneficio.

Cada momento, si me deja algo, me engaña. Y, sin embargo, en cierto modo, no me engaña, pues, aunque sé que puede suceder cualquier cosa, también sé que no sucederá todo. Espero lo mejor, y me prepararé para lo peor.

Creo que no debemos encontrar tanta culpa en la fortuna por su incoherencia cuando nosotros mismos sufrimos un cambio en cada momento que vivimos: sólo

es que otros cambios hacen más ruido y esto nos afecta como la sombra sobre una esfera, cada pizca con tanta certidumbre, pero más insensiblemente.

No, debemos temer nuestra paz y felicidad más que la violencia, porque aquí somos tomados por sorpresa, a menos que en un estado de paz cumplamos con el deber de los hombres en la guerra y nos digamos a nosotros mismos: lo que sea que sea, será. Hoy estoy a salvo y feliz en el amor de mi país, mañana estaré desterrado. Hoy en el placer, en la paz, en la salud, mañana roto en una rueda, conducido en triunfo y en la agonía de la enfermedad. Preparémonos, pues, para un naufragio en el puerto y para una tempestad en la calma.

Por lo tanto, pongamos ante nuestros ojos toda la condición de la naturaleza humana, y consideremos también lo que puede suceder como lo que comúnmente sucede. La manera de que nos resulten fáciles las futuras calamidades en el sufrimiento es familiarizarnos con ellas en la contemplación. ¿Cuántas ciudades de Asia, Acaya, Asiria, Macedonia, se han tragado los terremotos? No, se pierden países enteros y grandes provincias quedan sumergidas. Pero el tiempo trae todas las cosas a su fin, porque todas las obras de los mortales son mortales, todas las posesiones y sus poseedores son inciertos y perecederos; y ¿resulta extraordinario perder algo en cualquier momento cuando un día debemos perderlo todo?

Lo que la fortuna nos da en esta hora, nos lo puede quitar en la siguiente y el que confía en sus favores, o bien se encontrará engañado, o, si no lo está, al menos se sentirá turbado porque puede serlo. No hay defensa en las murallas, fortificaciones y máquinas contra el poder de la fortuna. Debemos proveernos a nosotros mismos desde dentro y, cuando estemos seguros allí, seremos invencibles. Puede que nos maltraten, pero no nos atraparán.

Pero lo mejor de todo es que si un hombre no puede enmendar su fortuna, aún puede enmendar sus modales y ponerse a sí mismo tan lejos del alcance de la fortuna que, ya sea que ella dé o tome, será todo uno para nosotros, porque no somos ni más grandes para uno, ni menos para el otro.

Lo que le ocurre a uno puede ocurrirles a otros

Llamamos a una habitación oscura o luminosa cuando en sí misma no es ni una cosa ni otra, sino sólo lo que el día y la noche hacen de ella. Y lo mismo pasa con las riquezas, la fuerza del cuerpo, la belleza, el honor, el mando y así también con la enfermedad, el dolor, el destierro, la muerte, que son en sí mismas cosas intermedias e indiferentes y sólo buenas o malas según estén influidas por la virtud.

Cuando a Zenón le dijeron que todos sus bienes habían desaparecido, «¿Por qué entonces», dijo él, «la fortuna tiene la intención de hacerme filósofo?». Es

una gran cosa que un hombre eleve su mente por encima de sus amenazas o halagos, pues el que una vez ha obtenido lo mejor de ella está a salvo para siempre.

Cuando vemos a un hombre desterrado, arruinado, torturado, debemos tener en cuenta que, aunque el error recaiga sobre otro, fue nuestra responsabilidad. ¿Por qué resulta sorprendente que, de tantos miles de peligros que se ciernen sobre nosotros, uno venga a golpearnos por fin? Lo que le pasa a cualquier hombre, le puede pasar a todo hombre.

Las cosas que a menudo son despreciadas por los desconsiderados y siempre por los sabios no son en sí mismas ni buenas ni malas: como el placer y el dolor, la prosperidad y la adversidad, que sólo pueden operar sobre nuestra condición exterior, sin ningún efecto adecuado ni necesario sobre la mente.

Una vida sensual es una vida infeliz

¿Qué pasaría si un cuerpo pudiera tener todos los placeres del mundo que se puedan pedir? ¿Quién se desharía tanto a sí mismo como para aceptar que su alma le abandone y se convirtiera en un esclavo perpetuo de sus sentidos?

Es una vergüenza para un hombre poner su felicidad en esos entretenimientos y apetitos que son más fuertes en los brutos. ¿No comen las bestias con mejor estómago? ¿No tienen más satisfacción en sus lujurias? Y no sólo disfrutan más rápidamente de sus placeres, sino que los disfrutan sin escándalo ni remordimiento. Si la sensualidad fuera felicidad, las bestias serían más felices que los hombres, pero la felicidad humana está alojada en el alma, no en la carne.

Los que se entregan al lujo todavía se ven atormentados con muy poco u oprimidos con demasiado e igualmente infelices.

Mientras nuestros cuerpos estaban endurecidos por el trabajo o cansados por el ejercicio o la caza, nuestra comida era sencilla, muchos platos han creado muchas enfermedades.

Los mortales más infelices son aquellos que se entregan a sus paladares o a sus deseos carnales. El placer es corto y se vuelve entonces nauseabundo y al final es vergüenza o arrepentimiento.

Es un entretenimiento brutal, e indigno de un hombre, poner su felicidad al servicio de sus sentidos.

Libradme de la superstición de tomar por felicidades aquellas cosas que son ligeras y vanas.

De la avaricia y la ambición

No hay avaricia sin algún castigo, más allá de lo que es en sí misma. ¡Qué miserable es en su deseo! ¡Qué miserable incluso en la consecución de nuestros fines! Porque el dinero es un tormento mayor en la posesión que en su búsqueda. El temor por perderlo es un gran problema, la pérdida de él es mayor y se hace todavía mayor por la opinión.

Tampoco la avaricia nos hace infelices sólo en nosotros mismos, sino también malévolos para la humanidad. El soldado desea la guerra, el labrador quiere su grano, el abogado reza por la disensión, el médico por un año de enfermedades.

Un hombre vive por la pérdida de otro. Algunos pocos tal vez tengan la fortuna de ser detectados; pero todos son malvados por igual.

La ambición nos hincha con vanidad y de viento y nos preocupa igualmente ver a alguien por delante de nosotros o a nadie por detrás de nosotros, de tal manera que estamos bajo una doble envidia, porque todo aquel que envidia a otro también es envidiado.

Nunca envidiaré a los que la gente llama grandes y felices. Una mente sana no debe verse sacudida por un aplauso popular y vano, ni está en el poder de su orgullo perturbar el estado de nuestra felicidad.

No, en el mismo momento que nuestros siervos despreciadores, podemos hacernos a nosotros mismos.

Las bendiciones de la templanza y la moderación

No hay nada que sea nos necesario para nosotros que no sea barato o gratis. Y esta es la provisión que nuestro Padre celestial ha hecho por nosotros, cuya generosidad nunca ha querido satisfacer nuestras necesidades.

El que vive según la razón nunca será pobre y el que gobierna su vida por la opinión nunca será rico. Si a un hombre no le sirven nada más que ropas y muebles ricos, estatuas y platos, un numeroso grupo de sirvientes y las rarezas de todas las naciones, no es culpa de la fortuna, sino de él mismo, que no esté satisfecho. Porque sus deseos son insaciables y esto no es una sed, sino una enfermedad.

Es la mente la que nos hace ricos y felices, en cualquier condición en que estemos y el dinero no significa para ella más de lo que significa para los dioses.

El pan duro y el agua para un hombre de templado son tan buenos como una fiesta y las mismas hierbas del campo son tan alimento para el hombre como para las bestias. No fue por elección de carnes y perfumes como nuestros antepasados

se recomendaron, sino por acciones virtuosas y por el sudor de trabajos honestos, militares y varoniles.

La naturaleza no da virtud y llegar a ser bueno es una especie de arte.

El fin de comer y beber es la saciedad. Ahora bien, ¿qué importa que uno coma y beba más y otro menos, siempre y cuando uno no tenga hambre ni el otro tenga sed? Epicuro, que limita el placer a la naturaleza, como los estoicos a la virtud, está indudablemente en lo cierto y los que lo citan para autorizar su voluptuosidad lo confunden en exceso y sólo buscan una buena autoridad para una mala causa. Porque sus placeres de pereza, glotonería y lujuria no tienen afinidad alguna con sus preceptos o sentidos.

Es práctica de la multitud ladrar a hombres eminentes, como hacen los cachorros con los extraños, pues consideran las virtudes de otros hombres como un reproche a su propia maldad. Deberíamos hacer bien en elogiar a los que son buenos; si no, pasémoslos por alto.

Las bendiciones de la amistad

De todas las felicidades, la más encantadora es la de una amistad firme y gentil. Endulza todas nuestras preocupaciones, disipa nuestros dolores y nos aconseja en todos sus extremos. No, si no hubiera otro consuelo en ella que el ejercicio desnudo de una virtud tan generosa, incluso por esa sola razón un hombre no estaría sin ella. Además, es un antídoto soberano contra todas las calamidades, incluso contra el miedo a la muerte misma.

Esa amistad en la que los afectos de los hombres están cimentados por un igual y por un amor común al bien, ni la esperanza ni el miedo, ni ningún interés privado pueden disolverla jamás.

Mi conversación está entre mis libros, pero también en las cartas de un amigo, al pensar que tengo su compañía y cuando las contesto no sólo escribo, sino que hablo. En la práctica, un amigo es un ojo, un corazón, una lengua, una mano, a cualquier distancia.

El que es amigo de sí mismo es también amigo de la humanidad. Incluso en mis estudios, el mayor deleite que obtengo de lo que aprendo es la enseñanza de ello a los demás. Porque no hay condimento, me parece, en posesión de nada sin pareja. No, si la sabiduría misma me fuera ofrecida con la condición de guardarla para mí, indudablemente la rechazaría.

Consolaciones contra la muerte

Esta vida es sólo un prelude a la eternidad, donde debemos esperar otro original y otro estado de cosas. No tenemos ninguna perspectiva del cielo sino a distancia; esperemos, pues, nuestra última hora con valentía.

Lo que dura, digo, para nuestros cuerpos, pero no para nuestras mentes. Nuestro equipaje lo dejamos atrás y regresamos tan desnudos fuera del mundo como entramos en él. El día que tememos como nuestro último día no es sino el cumpleaños de nuestra eternidad y es el único camino para llegar a ella. Para que lo que tememos como una roca, no sea más que un puerto, en muchos casos deseable, que nunca sea rechazado. Y el que muere joven sólo ha hecho un viaje rápido.

No, supongamos que todos los asuntos de este mundo se olviden o que mi memoria se tergiverse, ¿qué es todo esto para mí? «He cumplido con mi deber».

¿Por qué no lamentamos también no haber vivido hace mil años, igual que no estaremos vivos dentro de mil años? No es más que recorrer el gran camino y hacia el lugar al que todos debemos ir al fin. No es más que someterse a la ley de la naturaleza y a la suerte que el mundo entero ha sufrido y ha pasado antes que nosotros y así también deben hacerlo los que han de venir después de nosotros. No, ¡cuántos miles, cuando llegue nuestro momento, expirarán en el mismo momento con nosotros!

Vivamos, pues, en nuestros cuerpos, como si sólo debiéramos alojarnos en ellos esta noche y dejarlos mañana.

Es el cuidado de un hombre sabio y bueno mirar por sus modales y acciones y más bien lo bien que vive que lo largo que es su tiempo. Porque no se trata de morir tarde o temprano, sino de morir bien o mal, pues la muerte nos lleva a la inmortalidad.

Es necesario precaverse contra el hambre, la sed y el frío y de alguna manera para que una cubierta nos proteja contra otros inconvenientes, pero no con algo material, ya sea turba o mármol. Un hombre puede yacer tan caliente y seco bajo un techo de paja como bajo un techo dorado. Que la mente sea grande y gloriosa y todas las demás cosas serán despreciables en comparación.

El futuro es incierto y prefiero rogarme a mí mismo no desear nada, que a la fortuna que me lo conceda.

Sobre los beneficios

Un beneficio es un buen oficio, hecho con intención y juicio, es decir, con el debido respeto a todas las circunstancias de qué, cómo, por qué, cuándo, dónde,

a quién, cuánto y cosas por el estilo. O, de lo contrario, es una acción voluntaria y benevolente, que deleita al donante con la comodidad que aporta al receptor. La misma meditación sobre ello engendra buena sangre y pensamientos generosos y nos instruye en todas las partes del honor, la humanidad, la amistad, la piedad, la gratitud, la prudencia y la justicia.

En resumen, el arte y la habilidad de conferir beneficios es, de todos los deberes humanos, el más absolutamente necesario para el bienestar tanto de una naturaleza razonable como de cada individuo; es como el cemento mismo de todas las comunidades y la bendición de las particulares.

El que hace el bien a otro hombre, también se hace el bien a sí mismo, no sólo en la consecuencia, sino en el acto mismo de hacerlo, porque la conciencia de hacer el bien es una amplia recompensa.

Sobre las intenciones y los efectos

La buena voluntad del benefactor es la fuente de todos los beneficios; no, es el beneficio en sí mismo, o al menos el sello que lo hace valioso y actual. La obligación descansa en la mente, no en la materia y todas esas ventajas que vemos, manejamos o mantenemos en posesión real por cortesía de otro son sólo diversos modos o maneras de explicar y ejecutar la buena voluntad.

No hace falta mucha sutileza para demostrar que tanto los beneficios como las lesiones reciben su valor de la intención, cuando incluso los propios brutos son capaces de entender este extremo. Pisa al perro por casualidad o hazle sufrir al vendar una herida: lo primero lo considera casualidad y lo otro, a su manera, lo reconoce como bondad. Pero ofréctete a golpearle, aunque no le hagas daño en absoluto, y se te arrojará a la cara, incluso por un error que no quisiste cometer.

Mi amigo es secuestrado por piratas, yo lo rescato y después cae en manos de otros piratas. Su obligación hacia mí es la misma que si hubiera conservado su libertad. Y así, si salvo a un hombre de cualquier desgracia y cae en otra, si le doy una suma de dinero que después le arrebatan unos ladrones, se trata del mismo caso. La fortuna puede privarnos del resultado de un beneficio, pero el beneficio en sí mismo sigue siendo inviolable.

Si el beneficio residiera en el resultado, lo que es bueno para un hombre sería bueno para otro. Mientras que muchas veces lo mismo que se da a diversas personas tiene efectos contrarios, incluso es la diferencia entre la vida y la muerte y lo que es la cura de un cuerpo resulta ser el veneno de otro. Además, el momento en que se produce altera el valor y una corteza de pan, en caso de necesidad, puede ser un regalo mayor que una corona imperial.

Y la misma razón es válida incluso en la religión misma. No es el incienso o la ofrenda lo que Dios acepta, sino la pureza y la devoción del devoto. Tampoco es suficiente la voluntad desnuda sin acción, es decir, cuando tenemos los medios para actuar, pues en ese caso significa tan poco desear el bien sin hacer el bien, como hacer el bien sin quererlo. Debe haber tanto efecto como intención para que obtenga un beneficio.

En fin, la conciencia es el único juez, tanto de los beneficios como de las lesiones.

Y así es con el bien que recibimos, ya sea sin o al lado o en contra de la intención. Es la mente, y no el evento, la que lo distingue de una lesión.

Sobre el juicio en el otorgamiento de beneficios

Debemos dar por elección y no por azar. Mi inclinación me pide obligarme con un hombre; estoy obligado en el deber y la justicia a servir a otro. Aquí hay caridad, allí hay piedad y en otras partes, tal vez, ánimo.

Hay algunos que quieren, a los que yo no les daría, porque, si lo hiciera, seguirían queriendo. A un hombre apenas le ofrecería un beneficio, pero presionaría sobre otro.

A decir verdad, no empleamos el dinero para obtener más provecho que el que otorgamos y no es a nuestros amigos, a nuestros conocidos o a nuestros compatriotas, ni a tal o cual condición de hombres, a los que debemos limitar nuestras recompensas, sino que dondequiera que haya un hombre hay un lugar y una ocasión para obtener un beneficio. Damos a unos que ya son buenos; a otros, con la esperanza de hacerlos así, pero debemos hacer todo con discreción. Porque somos tan responsables de lo que damos como de lo que recibimos. No, el extravío de un beneficio es peor que no recibirlo, pues el primero es culpa del otro, pero el segundo es culpa mía.

El error del que da a menudo excusa la ingratitud del que recibe; pues un favor mal colocado es más bien una profusión que un beneficio.

Elegiré a un hombre íntegro, sincero, considerado, agradecido, templado, de buen carácter, ni codicioso ni sórdido y cuando me haya obligado con un hombre así, aunque no valga un grano en el mundo, he ganado mi parte.

Si damos sólo para recibir, perdemos los objetos más hermosos para nuestra caridad: los ausentes, los enfermos, los cautivos y los necesitados. Cuando obligamos a aquellos que no pueden pagarnos a su vez en especie, como un extraño en su última despedida o como una persona necesitada en su lecho de muerte, hacemos a la Providencia nuestra deudora y nos regocijamos con la conciencia incluso de un beneficio infructuoso. Mientras nos veamos afectados

por las pasiones y distraídos por las esperanzas y los temores y por nuestros placeres, seremos jueces incompetentes con respecto a dónde colocar nuestras recompensas. Pero cuando la muerte se presenta y llegamos a nuestra última voluntad y testamento, dejamos nuestras fortunas a los más dignos. El que no da nada más que con la esperanza de recibir, debe morir intestado.

Pero ¿qué debo hacer para saber si un hombre estará agradecido o no? Seguiré la probabilidad y esperaré lo mejor. El que siembra no está seguro de cosechar, ni el marinero de llegar a su puerto, ni el soldado de ganar el campo. El que se casa no está seguro de que su esposa sea honesta o de que sus hijos sean obedientes. ¿Pero no sembraremos, navegaremos, llevaremos armas, ni nos casaremos?

No, si yo conociera a un hombre que fuera incurablemente ingrato, aun así, sería tan amable de ponerlo en su camino o de dejarle encender una vela en el mío o de sacar agua de mi pozo, lo cual podría ser de gran ayuda para él y sin embargo no considerarse un beneficio de mí, porque lo hago descuidadamente y no por su bien, sino por el mío propio, como un ejercicio de la humanidad, sin ninguna elección o bondad.

Sobre la cuestión de las obligaciones

Alejandro otorgó una ciudad a uno de sus favoritos que, excusándose modestamente, dijo: «Que era demasiado para él recibirla». «Bueno, pero», dijo Alejandro, «no es mucho para mí darla». Una altivez ciertamente y un discurso imprudente, pues lo que no era apto para que uno lo tomara, ni podía ser apto para que el otro lo diera.

Pasa en el mundo por la grandeza de la mente el estar perpetuamente dando y cargando a la gente con recompensas. Pero una cosa es saber cómo dar y otra cosa es no saber cómo conservar. Dame un corazón que sea fácil y abierto y no le haré agujeros. Que sea generoso con el juicio, pero no sacaré nada de él que no sepa cómo. Cuánto más grande era el que rechazaba la ciudad que el otro que la ofrecía.

Esos favores son, en cierto modo, escándalos que hacen que un hombre se avergüence de su patrón.

Es una cuestión de gran prudencia que el bienhechor se adapte al beneficio de la condición del receptor, que debe ser su superior, su inferior o su igual y lo que sería la obligación más alta imaginable para uno, sería tal vez una burla y una afrenta para el otro. Un plato de carne estropeada para un rico era una indignidad, mientras que para un pobre es caridad.

Cualquiera que sea el presente, o a quien se lo ofrezcamos, debe observarse esta regla general: que siempre pensemos en el bien y la satisfacción del receptor y nunca concedamos nada en su perjuicio.

No desharé más a un hombre con su voluntad si no busco salvarlo contra ella. Es un beneficio en algunos casos conceder y en otros negar, de modo que debemos más bien considerar la ventaja que el deseo del peticionario. Porque podemos, en una pasión, rogar sinceramente (y tomar a mal negarlo) esa misma cosa que, al pensarlo dos veces, podemos llegar a maldecir, como ocasión de una recompensa muy perniciosa.

El que presta dinero a un hombre para que lo lleve a una casa obscena, o un arma para su venganza, se hace partícipe de su delito.

La manera de obligarse

En primer lugar, todo lo que demos, hagámoslo con franqueza. Un benefactor amable hace feliz a un hombre tan pronto como puede y tanto como puede. No debería haber ningún retraso en un beneficio sino la modestia del receptor. Sin embargo, si no podemos prever la petición, concedámosla inmediatamente y no permitamos que se repita. Es una cosa tan dolorosa decir, te lo RUEGO. La misma palabra desprestigia a un hombre. Y es una doble amabilidad hacer la cosa y salvar a un hombre honesto de la confusión de un rubor. Llega demasiado tarde para pedirlo, porque nada nos cuesta tan caro como lo que compramos con nuestros ruegos. Es todo lo que damos, incluso para el cielo mismo, e incluso allí donde nuestras peticiones son más justas, preferimos presentarlas en actos secretos que con palabras en la boca. Ese es el beneficio duradero y aceptable que cumple con el receptor a medio camino.

La regla es que debemos dar como recibiríamos, alegremente, rápidamente y sin vacilación, porque no hay gracia en un beneficio que se pega a los dedos.

Bien se dijo del que llamó a un buen oficio, que se entregaba con dureza y con mala voluntad, un pedazo de pan duro. Es necesario que el que tiene hambre lo reciba, pero casi ahoga a un hombre al tragarlo. No debe haber orgullo, arrogancia de apariencia o sonoridad de palabras al dar ayudas.

Todo lo que otorguemos, que se haga con un semblante franco y alegre. Un hombre no debe dar con su mano y negar con su mirada. El que da rápido, da de buen grado.

Muchos beneficios son grandes en el espectáculo, pero poco o nada son en la práctica cuando son duros, lentos o inconscientes. Lo que se da con orgullo y ostentación, es más una ambición que una recompensa.

Debe ser un hombre sabio, amistoso y bien educado el que se absuelva perfectamente en el arte y el deber de servir, porque todas sus acciones deben ajustarse de acuerdo con las medidas de la civilidad, la bondad y la discreción.

Sobre la compensación

Diógenes caminaba desnudo y despreocupado en medio de los tesoros de Alejandro y estaba, tanto en la opinión de otros hombres como en la suya propia, incluso por encima del propio Alejandro, que en ese momento tenía todo el mundo a sus pies. Porque había más en lo que uno despreciaba tomar que en lo que el otro tenía en su poder para dar y es una mayor generosidad para un mendigo rechazar el dinero que para que un rico concedérselo.

Tampoco se puede decir que «no puedo recompensar a un benefactor así porque soy pobre y no tengo». Puedo dar buenos consejos, una conversación en la que pueda deleitarse y beneficiarse, la libertad de un discurso sin halagos, una atención amable, en la que delibere y una fe inviolable en la que confíe. Puedo llevarlo al amor y al conocimiento de la verdad, liberarlo de los errores de su credulidad y enseñarle a distinguir entre amigos y parásitos.

Sobre cómo debe actuar el receptor

Hay ciertas reglas en común entre el que da y el que recibe. Debemos hacer ambas cosas con alegría, para que el dador pueda recibir el fruto de su beneficio en el mismo acto de otorgarlo. La parte más gloriosa, en apariencia, es la del que da; pero el receptor tiene sin duda el papel más difícil de interpretar en muchos aspectos.

Hay algunos de los cuales no aceptaría un beneficio, es decir, de aquellos a los que no les concedería uno. Porque, ¿por qué no debería despreciar recibir un beneficio cuando me avergüenzo de poseerlo?

Es un dolor para una mente honesta y generosa estar bajo un deber de afecto contra su inclinación. No hablo aquí de hombres sabios, que aman hacer lo que deben hacer, que tienen sus pasiones bajo control, que se prescriben leyes para sí mismos y las guardan cuando las han hecho, sino de hombres en estado de imperfección, que pueden tener una buena voluntad quizás para ser honestos y sin embargo están sobrecargados por la contumacia de sus afectos.

Por lo tanto, debemos tener cuidado de con quién nos vemos obligados y yo sería mucho más estricto en la elección de un acreedor para las prestaciones que para el dinero. En un caso, no es más que pagar lo que tenía, y la deuda queda saldada. En el otro, no sólo debo más, sino que cuando he pagado eso, todavía estoy en deuda y esta ley es el fundamento mismo de la amistad.

Para igualar este escrúpulo de recibir dinero, con otro de guardarlo:

Había un pitagórico que contrató a un zapatero un par de zapatos y unos tres o cuatro días después, al ir a pagarle su dinero, la tienda estaba cerrada. Después de llamar a la puerta un buen rato, «Amigo», le dijo un hombre, «puedes golpear ahí todo lo que quieras, pero el hombre que buscas está muerto». Con esto, el filósofo se fue con el dinero en la mano y con suficiente cantidad como para ahorrarlo. Por fin, su conciencia lo entendió y, tras reflexionar, «Aunque el hombre esté muerto para los demás», se dijo, «está vivo para ti. Págame lo que le debes». Así que regresó al instante y lo introdujo en su tienda a través de la grieta de la puerta.

Lo que debemos, es nuestro deber encontrar dónde pagarlo y también hacerlo sin que nos lo pidan, pues, aunque el acreedor sea bueno o malo, la deuda sigue siendo la misma.

Pero hagamos lo que hagamos, asegurémonos de mantener siempre una mente agradecida. No basta con decir qué recompensa ofrecer a un pobre a un príncipe o un esclavo a su patrón, cuando es la gloria de la gratitud la que depende sólo de la buena voluntad.

Por mi parte, cuando llegue a rendir cuentas, y sepa lo que debo y a quién, aunque vuelva más pronto para algunos y más tarde para otros, cuando la ocasión o la fortuna me lo permita, seré justo para con todos. Agradeceré a Dios, al hombre, a los que me han obligado e incluso a los que han obligado a mis amigos. Estoy obligado en honor y en conciencia a estar agradecido por lo que he recibido y si aún no se ha cumplido del todo es un poco de placer que pueda esperar más aún. Para obtener un favor debe haber virtud, ocasión, medios y fortuna.

Sobre la ingratitud

Las principales causas de la ingratitud son el orgullo y la vanidad, la avaricia, la envidia, etc. Es una exclamación familiar: «Es verdad que él hizo esto o aquello por mí, pero llegó tan tarde y fue tan poco, que yo había estado tan bien como siempre sin ello. Si no me lo hubiera dado a mí, se lo habría dado a otra persona, no era algo que saliera de su propio bolsillo». No, somos tan ingratos que el que nos da todo lo que tenemos, si deja algo para sí mismo, creemos que nos hace daño.

No devolver un bien por otro es inhumano, pero devolver mal por bien es diabólico. Incluso hay demasiados de este tipo que, cuanto más deben, más odian. No hay nada más peligroso que obligarse con esas personas, pues cuando son conscientes de que no están pagando la deuda, desean que el acreedor se aparte del camino.

Pero ¿qué es todo esto para aquellos que están tan hechos como para discutir incluso la bondad del cielo, que nos da a todos y tampoco espera nada, sino que continúa dando a los más ingratos y quejándose?

Sin el ejercicio y el comercio de los oficios mutuos no podemos ni ser felices ni estar seguros, porque es sólo la sociedad la que nos asegura. Llévanos uno por uno, una presa incluso para los bestias, así como para los demás. La naturaleza nos ha traído al mundo desnudos y desarmados. No tenemos los dientes o las patas de leones u osos para hacernos temibles. Pero por las dos bendiciones de la razón y la unión nos aseguramos y defendemos contra la violencia y la fortuna. Esto es lo que hace que el hombre sea el amo de todas las demás criaturas, que de otra manera no sería rival para la más débil de ellas. Esto es lo que nos consuela en la enfermedad, en la edad, en la miseria, en los dolores y en la peor de las calamidades. Si se quita esta combinación, la humanidad se disocia y cae en pedazos.

Sobre la ira

La ira no es sólo un vicio, sino un vicio a quemarropa contra la naturaleza, pues divide en lugar de unir y, en cierta medida, frustra el fin de la Providencia en la sociedad humana. Un hombre nació para ayudar a otro. La ira nos hace destruirnos unos a otros. Uno une, la otra separa. Uno es beneficioso para nosotros, la otra es perjudicial. Uno hace sucumbir incluso a extraños, la otra destruye incluso a los amigos más íntimos. Uno se aventura todo para salvar a otro, la otra se arruina para deshacer a otro. La naturaleza es generosa, pero la ira es perniciosa, porque no es el miedo, sino el amor mutuo lo que ata a la humanidad.

El hombre más valiente del mundo puede parecer pálido cuando se pone su armadura, sus rodillas tiemblan y su corazón palpita antes de unirse a la batalla, pero estos son sólo movimientos: mientras que la ira es un excursio y propone venganza o castigo, lo que no puede pasar sin una mente.

Como vuela el miedo, así también ataca la ira. Y no es posible resolverla ni con violencia ni con cautela sin el consentimiento de la voluntad.

Suprimiendo la ira

Es cosa ociosa pretender que no podemos gobernar nuestra ira, porque algunas cosas que hacemos son mucho más difíciles que otras que deberíamos hacer. Los afectos más salvajes pueden ser domados por la disciplina y casi no hay nada que la mente quiera hacer, pero no pueda hacer.

Es muy cierto que podríamos gobernar nuestra ira si quisiéramos, pues lo mismo que nos aflige en casa no nos ofende en absoluto en el exterior. ¿Y cuál es la razón de ello, sino que somos pacientes en un lugar y atrevidos en otro?

Fue una fuerte provocación que se le dio a Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro. Los atenienses le enviaron a sus embajadores, y fueron recibidos con este cumplido: «Díganme, caballeros», dijo Filipo, «¿qué puedo hacer para complacer a los atenienses?» Demokaras, uno de los embajadores, le dijo que tomarían como un gran cumplido que estuviera dispuesto a ahorcarse. Esta insolencia indignó a los espectadores; pero Filipo les ordenó que no se metieran con él, sino que dejaran ir a ese tipo malhablado como cuando vino. «Y por ustedes, el resto de los embajadores», dijo, «decid a los atenienses que es peor hablar así que oírlos y perdonarlos».

Esta maravillosa paciencia bajo contumacias fue un gran medio de seguridad para Filipo.

La ira, una corta locura

Tenía mucha razón, quienquiera que fuera, quien primero llamó a la ira una corta locura, pues ambas tienen los mismos síntomas. Y hay una semejanza tan maravillosa entre los transportes de la cólera y los del frenesí que es difícil diferenciar a una del otro.

Tampoco es la ira un mero parecido a la locura, sino muchas veces una transición irrevocable hacia la cosa misma. ¿A cuántas personas hemos conocido, leído y oído que han perdido el juicio por una pasión y nunca han vuelto a ser ellas mismas? Por lo tanto, debe evitarse, no sólo por moderación, sino también por salud.

Ahora, si la apariencia externa de la ira es tan asquerosa y espantosa, cuán deformada debe estar esa mente infeliz que está acosada por ella. Porque no deja lugar, ni para el consejo, ni para la amistad, ni para la honradez, ni para los buenos modales, ni para el ejercicio de la razón, ni para los oficios de la vida. Si tuviera que describirlo, dibujaría un tigre ávido de sangre y agazapado, listo para dar un salto hacia su presa. O bien disfrazado como los poetas representan a las furias, con látigos, serpientes y llamas.

La ira, en todo caso, no es más que una explosión salvaje e impetuosa, un tumor vacío, la enfermedad misma de las mujeres y los niños, un mal agitado y clamoroso. Y mientras más ruido, menos coraje, ya que comúnmente encontramos que las lenguas más audaces tienen los corazones más débiles.

El efecto de la ira

«Es algo triste», gritamos, «aguantar estas heridas y no somos capaces de soportarlas». Como si un hombre que puede soportar la ira no pudiera soportar una lesión, que es mucho más soportable.

Pero «¿No se puede permitir que un hombre honesto se enoje por el asesinato de su padre, o por el rapto de su hermana o hija ante su cara?» No, en absoluto. Defenderé a mis padres y pagaré los daños que les causé, pero es mi piedad, y no mi enojo, la que me mueve a ello. Cumpliré con mi deber sin temor ni confusión, no me enfureceré, no lloraré, sino que desempeñaré el oficio de un buen hombre sin perder mi dignidad de hombre. Si mi padre es agredido, me esforzaré por rescatarlo. Si lo matan, haré lo correcto en su memoria. Y todo esto, no por un transporte de pasión, sino por honor y conciencia.

La razón juzga de acuerdo con lo correcto. La ira hará que todo parezca correcto, haga lo que haga, y cuando una vez ha cometido un error, nunca debe ser convencida, sino que prefiere ser pertinaz, incluso en el mayor de los males, antes que el más necesario de los arrepentimientos.

Si la ira fuera soportable en cualquier caso, se podría permitir contra un criminal incorregible bajo la mano de la justicia. Pero el castigo no es una cuestión de ira, sino de prevención. La ley no tiene pasión y ataca a los malhechores como nosotros a las serpientes y a las criaturas venenosas, por temor a mayores males.

No es por la dignidad de un juez por lo este viene a pronunciar la sentencia fatal, a expresar algún movimiento de ira en sus miradas, palabras o gestos, porque este condena el delito, no al hombre, y mira la maldad sin ira, como lo hace con la prosperidad de los hombres malvados sin envidia. Pero, aunque no esté enojado, quiero que se conmueva un poco en lo que respecta a la humanidad, pero sin ofender ni a su cargo ni a su sabiduría.

Nuestras pasiones varían, pero la razón es igual. Y era una gran insensatez, que se reparara lo que es estable, fiel y sano, para socorrer a lo que es incierto, falso y destemplado.

Si el ofensor es incurable, sácalo del mundo, para que, si no quiere ser bueno, deje de ser malo, pero esto también debe ser sin ira.

Un hombre bueno y sabio no debe ser enemigo de los hombres malos, sino un reprensor de ellos. Y debe mirar a todos los borrachos, a los lujuriosos, a los ingratos, a los ingratos, a los codiciosos y a los ambiciosos con los que se encuentra, no más que como un médico mira a sus pacientes.

Además, si necesitamos ser pendencieros, debe ser con nuestro superior, nuestro igual o inferior. Lidiar con nuestro superior es torpeza y locura; con nuestros iguales, es duda y peligro y con nuestros inferiores, es vulgar.

La ira es una pasión tan potente que Sócrates se atrevió a no confiarse a sí mismo. «Criado», le dice a su sirviente, «¡ahora te golpearía, si no estuviera enojado contigo!»

¡Cuán propensos y ansiosos estamos en nuestro odio y cuán atrasados en nuestro amor! ¿No sería mucho mejor ahora hacer amistades, pacificar a los enemigos, hacer buenos oficios tanto privados como públicos, que seguir meditando sobre las travesuras e idear cómo herir a un hombre en su fama, a otro en su fortuna, a un tercero en su persona? Siendo uno tan inocente y seguro, y el otro tan difícil, impío y peligroso.

Que esto sea una regla para nosotros: nunca negar un perdón que no dañe ni al que lo da ni al que lo recibe.

Y, para terminar todo en una sola palabra, la gran lección de la humanidad, tanto en este como en todos los demás casos, es hacer lo que nos gustaría hacer.

EPÍSTOLAS

Sobre escribir y hablar

Ningún hombre recibe satisfacción de un flujo de palabras sin elección, donde el ruido es más que el valor. No, dejad que un hombre nunca tenga palabras a voluntad y no hablará más rápido de lo que correrá, pues teme que su lengua se ponga delante de su ingenio.

El discurso de un filósofo debe ser, como su vida, sereno, sin presiones ni tropiezos, lo cual es más apropiado para un montero que para un hombre sobrio y de negocios.

Decís bien que hablar de la misma orden de la voz (por no hablar de las acciones, los rostros y otras circunstancias que la acompañan) es una consideración digna de un hombre sabio.

El que tiene un discurso precipitado es comúnmente violento en sus modales. Y además de eso, hay en ella mucha vanidad y vacío.

La verdad y la moralidad deben ser entregadas con palabras claras y sin afectación, pues, como los remedios, a menos que permanezcan con nosotros, nunca somos mejores para ellos.

La perversidad y el afeminamiento de la palabra denota lujo y autocomplacencia, porque el ingenio sigue a la mente: si esta última es sana, compuesta, templada y grave, el ingenio también es seco y sobrio; pero si esta está corrompida el otro es igualmente insensato.

En los gestos y en la ropa se lee un temperamento melindroso. Si un hombre es colérico y violento, también se descubre en sus movimientos. Un hombre enojado habla corto y rápido. El discurso de un hombre afeminado es suelto y se derrite. Una forma pintoresca y solícita de hablar es la señal de una mente débil, pero un gran hombre habla con facilidad y libertad y con más seguridad, aunque con menos cuidado.

El habla es el índice de la mente

Ser delicado no te convierte en un hombre. Como pasa al beber, la lengua nunca tropieza hasta que la mente está sobrecargada y así pasa con el habla: mientras la mente esté entera y sana, el habla es masculina y fuerte, pero si una falla, la otra le sigue.

Algunos se levantan y se asustan con las palabras, como un caballo ante un tambor, y se entregan a la pasión del orador. Otros se conmueven con la belleza de las cosas y cuando escuchan cualquier cosa valientemente instada contra la muerte o la fortuna, desean secretamente alguna ocasión de experimentar esa generosidad en sí mismos. Pero ni entre mil lleva consigo la resolución que había concebido. Es fácil excitar a un auditorio en el amor por la bondad, que ya tiene el fundamento y las semillas de la virtud dentro de sí mismo, de modo que no es sino despertar la consideración de la misma, en la que todos los hombres se ponen de acuerdo de antemano sobre lo principal. ¿Quién es tan sórdido que no se despierta en un discurso como éste: «El pobre hombre quiere muchas cosas, pero el hombre codicioso quiere todo»? ¿Acaso alguna carne puede dejar de deleitarse con este dicho, aunque sea una sátira contra su propio vicio?

En cuanto a la composición, escribiría como hablo, con facilidad y libertad, ya que es más amigable y más natural.

Si pongo mis pensamientos en el buen orden, el asunto del ornamento se lo dejaré a los oradores.

De los autores, asegúrate de elegir los mejores y de mantenerte cerca de ellos. Y aunque te ocupes de otros de vez en cuando, reserva algunos selectos para tu estudio y retiro. En su lectura, todos los días encontrarás algún consuelo y apoyo contra la pobreza, la muerte y otras calamidades que afectan a la vida humana. Extrae lo que le guste y luego destaca algún detalle del resto, para la meditación de ese día.

Y así ocurre con nuestros estudios: mientras yacen enteros, pasan a la memoria sin afectar al entendimiento; pero al meditar se convierten en nuestros y nos proveen de fuerza y virtud.

Hay algunos escritos que suscitan algunas resoluciones generosas y que, por así decirlo, inspiran a un hombre con un alma nueva. Ellos muestran las bendiciones de una vida feliz y me poseen al mismo tiempo con admiración y esperanza. Me dan una veneración por los oráculos de la antigüedad y una reivindicación de ellos como patrimonio común, porque son el tesoro de la humanidad y mi deber debe ser mejorar las acciones y transmitir las a la posteridad.

No pretendo todo esto mientras soy el maestro de la verdad, pero aun así soy un inquisidor muy obstinado con respecto a ello. No soy esclavo de nadie, pero como atribuyo mucho a los grandes hombres, me desafío en algo a mí mismo. Nuestros antepasados nos han dejado no sólo su inventiva, sino también la materia para una investigación más profunda.

¿No es un buen momento para jugar y bromear con las palabras? Cuántas cosas útiles y necesarias hay, que debemos primero aprender y luego imprimir en nuestras mentes. Porque no basta con recordar y comprender, a menos que hagamos lo que sabemos.

A veces, de repente, en medio de mis meditaciones, mis oídos son golpeados por el grito de mil personas juntas, por algún espectáculo u otro; el ruido no incomoda del todo mi pensamiento: no es para mí más que el chisporroteo de las olas o el viento en un bosque, pero es posible que a veces pueda desviarlo. «Buen Señor», pienso, «si los hombres ejercitaran sus cerebros como lo hacen con sus cuerpos y se esforzaran tanto por la virtud como por el placer». Porque las dificultades fortalecen la mente, así como el trabajo fortalece el cuerpo.

Sobre estos pensamientos me llevo a mi filosofía y entonces, a mi juicio, no estoy bien a menos que me ponga en algún empleo público, no por el honor o el beneficio de ello, sino sólo por ponerme en una situación en la que pueda ser útil a mi país y a mis amigos. Pero cuando vengo, por otro lado, a considerar el desasosiego, los abusos y la pérdida de tiempo que suponen los asuntos públicos, me vuelvo a casa tan pronto como puedo y tomo la resolución de pasar el resto de mis días dentro de la privacidad de mis propias paredes.

¡Cuán grande es la locura de poner nuestros corazones en las nimiedades, especialmente en olvidar los oficios más serios de nuestras vidas y el fin más importante de nuestro ser!

¡Cuán infeliz, así como corta, es su vida, que acompaña con gran trabajo lo que posee con lo mayor y que sostiene con ansiedad lo que adquieren con dificultad!

Pero somos gobernados en todo por la opinión y todo es para nosotros como lo creemos.

El conocimiento de la virtud

Sé fiel a ti mismo, y examínate para ver si tienes hoy la misma mentalidad que tenías ayer, porque eso es un signo de sabiduría perfecta.

Corresponde a los jóvenes reunir conocimientos y a los ancianos utilizarlos y estate seguro de que ningún hombre da una cuenta más justa de su tiempo que el que hace de él su estudio diario para mejorar.

No hay edad mejor adaptada a la virtud que la que viene de muchas experiencias y largos sufrimientos, para el conocimiento de ella, porque entonces nuestros deseos son débiles y nuestro juicio fuerte y la sabiduría es el efecto del tiempo.

Llegamos a la comprensión de la virtud por la congruencia que encontramos en tales acciones con la naturaleza y la recta razón, por el orden, la gracia y la constancia en ellas y por una cierta majestad y grandeza que superan a todas las demás cosas. De ahí procede una vida feliz, a la que nada sale mal, sino que, por el contrario, todo sucede de acuerdo con nuestro propio deseo.

¿Te digo ahora, en pocas palabras, la suma del deber humano? Paciencia cuando vamos a sufrir y prudencia en las cosas que hacemos.

Eso sólo puede decirse apropiadamente que es la larga vida que atrae a todas las edades en una y que es una vida corta la que olvida el pasado, descuida el presente y es solícita para el tiempo venidero.

Somos los mejores con los peligros y por lo tanto un hombre sabio debe tener sus virtudes en continua disposición para enfrentarlos. Ya se trate de pobreza, pérdida de amigos, dolores, enfermedades, etc., todavía mantiene su puesto, mientras que un necio se sorprende de todo y teme a sus propios auxilios o no opone resistencia alguna o la opone a medias. No acepta los consejos de los demás, ni se mira a sí mismo: considera que la filosofía es algo que no vale la pena y con que pueda conseguir la reputación de ser un buen hombre entre la gente común, no se preocupa más, sino que considera que ha cumplido con su deber.

No hay muchos hombres que sepan lo que piensan, salvo en el instante mismo de querer algo. Estamos para una cosa hoy, para otra mañana, para vivir y morir sin llegar a ninguna resolución, buscando todavía en otra parte lo que podemos darnos nosotros mismos, es decir, una buena mente.

Llegará el momento en que nos preguntemos si la humanidad ignorará durante tanto tiempo las cosas que están tan abiertas y son tan fáciles de dar a conocer. La verdad se ofrece a todos, pero aun así debemos contentarnos con lo que ya se ha encontrado y dejar algunas verdades para que sean recuperadas después de los siglos. La verdad exacta de las cosas sólo la conoce Dios, pero aun

así es lícito que indaguemos y conjeturemos, aunque no sea con demasiada confianza, pero no completamente sin esperanza.

La pregunta entre tú y yo es: «¿Un hombre tiene la mayor parte de sí mismo o hay algo más que le pertenece?» Y se resuelve fácilmente en todas las disputas entre los bienes de los sentidos y la fortuna y los del honor y la conciencia. Aquellas cosas que todos los hombres codician no son sino engañosas por fuera y no hay nada en ellas de satisfacción sustancial. Tampoco hay nada tan duro y terrible en lo contrario.

Un hombre sabio rechaza o elige, al ver el asunto ante él, sin temer el mal que rechaza o admirar lo que escoge. Nunca se sorprende, sino que en medio de la abundancia se prepara para la pobreza, como lo hace un príncipe prudente para la guerra en la paz más profunda. Nuestra condición es bastante buena, si sacamos lo mejor de ella; y nuestra felicidad está en nuestro propio poder.

Decimos comúnmente que cada hombre tiene su lado débil, pero permíteme que te diga que el que domina un vicio puede dominar todo lo demás. El que somete la avaricia puede conquistar la ambición.

La justicia es un principio natural. Debo vivir así con mi amigo, con mi conciudadano, con mi compañero, con mi compañero. ¿Y por qué? Porque es justo, no por cálculo ni por recompensa: porque es la virtud misma y nada más lo que nos agrada. No existe ninguna ley que obligue a guardar los secretos de un amigo o para no romper la fe con un enemigo y, sin embargo, hay una causa justa de queja si un hombre traiciona una confianza. Si un hombre malvado me pide el dinero que le debo, no tendré escrúpulos en derramarlo en el regazo de una prostituta común, si es la designada para recibirlo. Porque mi obligación es devolver el dinero, no ordenarle cómo dispondrá de él. Debo pagar cuando lo pida a un hombre bueno cuando sea conveniente y a un hombre malo cuando lo pida.

No hay una mezcla de alma y cuerpo tan desproporcionada en ninguna criatura como la que hay en el hombre. Hay intemperancia unida a divinidad, locura a gravedad, pereza a actividad e impureza a pureza, pero una buena espada nunca es mala para una mala funda. Nos mueven más los miedos imaginarios que las verdades, porque la verdad tiene una certeza y un fundamento; pero en lo otro, estamos expuestos a la licencia y conjetura de una mente distraída y nuestros enemigos no son más imperiosos que nuestros placeres.

Ponemos nuestro corazón en las cosas transitorias, como si fueran eternas o, en cualquier caso, para poseerlas para siempre. ¿Por qué no avanzamos más bien nuestros pensamientos hacia las cosas eternas y contemplamos el original

celestial de todos los seres? ¿Por qué no triunfamos por la divinidad de la razón sobre la debilidad de la carne y de la sangre?

El bien soberano del hombre es una mente que somete todas las cosas a ella y no está sujeta a nada: sus placeres son modestos, graves y reservados y es más bien la salsa o la distracción de la vida que el placer de esta. Puede haber alguna duda sobre si un hombre así va al cielo o si el cielo viene a él, porque a un hombre bueno le influye Dios mismo y tiene una especie de divinidad dentro de él. ¿Y si un buen hombre vive en el placer y la abundancia y otro en la miseria y la miseria? No es virtud menospreciar lo superfluo, sino las necesidades y ambas cosas son igualmente buenas, aunque en varias circunstancias y en diferentes situaciones.

Quién esté allí, con pensamientos sobrios, no será un hombre honesto, ni siquiera por la reputación que tiene. La virtud la encontrarás en el templo, en el campo o en las paredes, cubierta de polvo y sangre, en defensa del público. Placeres que encontrarás ocultos en los guisos, en termas, empolvados y pintados, etc. No es que los placeres deban ser totalmente negados, sino que deben ser usados con moderación y deben estar sometidos a la virtud. Los buenos modales siempre nos agradan, pero la maldad es inquieta y cambia perpetuamente, no para mejorar, sino para variar. Nos despedazamos entre esperanzas y temores, por lo que la Providencia (que es la mayor bendición del Cielo) se convierte en un azar. Las bestias salvajes, cuando ven peligro, se alejan de él y cuando escapan de él están tranquilas, pero el hombre infeliz está igualmente atormentado, tanto con las cosas del pasado como con las del porvenir, porque la memoria nos trae de vuelta la ansiedad de nuestros temores del pasado y nuestra previsión anticipa el futuro, mientras que el presente no hace infeliz a ningún hombre. Si tememos todas las cosas que son posibles, vivimos sin límites nuestra infelicidad.

EPICTETO

LIBRO PRIMERO

1

Entonces, ¿qué hay que hacer? Aprovechar al máximo lo que está en nuestro poder, y tomar el resto como suceda naturalmente.

2

Tengo que morir, ¿y tengo que morir gimiendo también? — Estar encadenado. ¿Debe también lamentarse? — Exiliado. ¿Qué es lo que me impide ir sonriendo, alegre y sereno? — «Traicionar un secreto» — No lo traicionaré; porque esto está en mi propio poder. — «Entonces te encadenaré». — ¿Qué dices, hombre? ¿Encadenarme? Encadenaste mi pierna; pero ni Júpiter mismo puede mejorar mi decisión. «Te arrojaré a la cárcel: decapitaré ese miserable cuerpo tuyo». ¿Alguna vez te dije que sólo yo tenía una cabeza que no podía ser cortada?

3

Esto es haber estudiado lo que tiene que estudiarse: haber hecho que nuestros deseos y aversiones sean incapaces de ser restringidos o realizados. Debo morir: si es instantáneamente, moriré instantáneamente; si es en poco tiempo, cenaré primero y, cuando llegue la hora, entonces moriré: ¿Cómo? Como se convierte en alguien que restaura lo que no es suyo.

4

Eres tú quien te conoces a ti mismo y qué valor te das a ti mismo y a qué ritmo te vendes a ti mismo: porque diferentes personas se venden a sí mismas a diferentes precios.

5

Sólo considera a qué precio vendes tu propia voluntad y elección, hombre: la menos, no te vendas por una bagatela. La grandeza y la excelencia tal vez pertenezcan a otros, como Sócrates.

¿Por qué, entonces, aun naciendo con una naturaleza semejante, no todos, o el mayor número, llegan a ser como él?

¿Es que todos los caballos son rápidos? ¿Todos los perros son sagaces? ¿Por qué, entonces, si la naturaleza no me resulta amigable, tengo que descuidar el cuidado de mí mismo? ¡Que el cielo no lo permita! Epicteto es inferior a Sócrates, pero si es superior a _____ esto me basta. Nunca seré Milo y sin embargo no descuido mi cuerpo, ni Creso y sin embargo no descuido mi propiedad, ni, en general, omitimos el cuidado de nada de lo que nos pertenece por la desesperación de llegar al más alto grado de perfección.

6

Si una persona pudiera estar convencida, como debería, del principio de que todos somos originalmente descendientes de Dios y de que él es el Padre de los dioses y de los hombres, concibo que nunca pensaría de manera mezquina o degenerada acerca de sí mismo. Supongamos que César te adoptara, no habría que soportar tus miradas arrogantes y ¿no estarás contento de saber que eres el hijo de Júpiter?

7

¿Cuál es el negocio de la virtud? Una vida próspera.

8

¿Dónde está la mejora, entonces? Si alguno de vosotros, renunciando a lo externo recurre a su propia facultad de decisión, para ejercitarla, terminarla y hacerla conforme a la naturaleza; elevada, libre, desenfrenada, sin trabas, fiel, decente: si ha aprendido también, que quienquiera que desee o sea o ponga a las cosas por su propio poder no puede ser fiel ni libre, sino que necesariamente debe ser cambiado y arrojado con él hacia arriba y hacia abajo y debe necesariamente estar sujeto a los demás, a aquellos que pueden procurar o impedir lo que desea o a los que se opone: si, levantándose por la mañana, observa y cumple estas reglas, se lava y come como un hombre de fidelidad y honor y así, en cada tipo de acción, se ejercita en su deber principal; como corredor, en el negocio de las carreras; como orador público, en el negocio de ejercer su voz; éste es el que verdaderamente mejora; éste es el que no ha viajado en vano. Pero si está totalmente decidido a leer libros, y ha trabajado sólo en ese punto, y ha viajado para eso, le ordeno que se vaya a casa inmediatamente, y que no descuide sus asuntos domésticos, porque ha viajado para eso nada. Lo único real es estudiar cómo librar su vida de lamentos y quejas, y de «¡Ay!» y «Estoy deshecho» y de desgracias y desilusiones y aprender qué es la muerte, qué es el exilio, qué es la cárcel, qué es el veneno: para que pueda decir en una cárcel, como Sócrates: «Mi querido Crito, si así lo desean los dioses, que así sea»; y no: «¡Viejo desdichado, me he quedado con mis canas para esto!»

9

¿Ofrecemos sacrificios a los que nos han dado el maíz y la vid y no damos gracias a Dios por los que han producido ese fruto en el entendimiento humano, por el cual proceden a descubrirnos la verdadera doctrina de la felicidad?

10

Es fácil celebrar a la providencia por cada acontecimiento que ocurre en el mundo si una persona no tiene más que estas dos circunstancias en sí misma: una facultad de considerar lo que le sucede a cada individuo y un temperamento

agradecido. Sin la primera no percibirá la utilidad de las cosas que suceden y sin el otro no estará agradecido por ellas. Si Dios hubiera creado los colores y no hubiera creado la facultad de verlos, ¿cuál habría sido su utilidad? Ninguna.

11

¿Quién ha ajustado la espada a la funda y la funda a la espada? ¿Nadie? Desde la construcción misma de una obra completa estamos acostumbrados a declarar positivamente que debe ser el funcionamiento de algún artificio y no el efecto del mero azar. ¿Acaso toda obra de este tipo demuestra un artificio y no los objetos visibles, y el sentido de ver, y la Luz, no demuestran algo? ¿Acaso la diferencia entre los sexos y su inclinación hacia los demás y el uso de sus diversos poderes, no demuestran tampoco estas cosas un artificio?

Por supuesto que sí.

12

Dios ha introducido al hombre como espectador de sí mismo y de sus obras y no sólo como espectador, sino también como intérprete de ellas. Por lo tanto, es vergonzoso que el hombre comience y termine donde lo hacen las criaturas irracionales. Más bien debe comenzar allí, pero terminar donde la naturaleza misma ha fijado nuestro fin y este es la contemplación y la comprensión y en un esquema de vida conforme a la naturaleza.

Tened cuidado, pues, de no morir sin ser espectadores de estas cosas. Si viajáis a Olimpia para contemplar la obra de Fidias, cada uno de vosotros pensará que es una desgracia morir sin tener conocimiento de tales cosas y ¿no tendrán ninguna inclinación a comprender y ser espectadores de aquellas obras para las que no hay necesidad de hacer un viaje; pero que están listas y al alcance de la mano, ni siquiera para aquellas que no les causan ningún dolor? ¿Nunca percibiréis, entonces, ni lo que sois ni para lo que habéis nacido, ni para qué sois admitidos como espectadores de esta vista?

13

Bien, y (en el presente caso) ¿no habéis recibido facultades con las que soportar cualquier acontecimiento? ¿No habéis recibido grandeza de alma? ¿No habéis recibido un espíritu viril? ¿No habéis recibido paciencia? ¿Qué significa para mí cualquier cosa que suceda mientras tenga una grandeza de alma? ¿Qué me desconcierta, qué me molesta o me parece grave? ¿Acaso no haré uso de mis facultades para el propósito para el que me fueron concedidas, sino que me lamentaré y gemiré por lo que suceda?

Oh, pero mi nariz gotea.

¿Y para qué tienes las manos, idiota, sino para limpiarla?

Pero ¿había alguna buena razón para que hubiera algo tan sucio en el mundo?
¿Y cuánto mejor es que te limpies la nariz que quejarte?

14

¿Cuál es la profesión del razonamiento? Establecer las posiciones verdaderas, rechazar las falsas y suspender el juicio en las dudosas. ¿Es suficiente, entonces, haber aprendido simplemente esto? — ¿Es suficiente, entonces, que aquel que no cometa ningún error en el uso del dinero, simplemente haya oído que vamos a recibir las buenas piezas y rechazar las malas? — Esto no es suficiente. — ¿Qué más hay que añadir? — Esa facultad que prueba y distingue qué piezas son buenas y cuáles son malas. — Por lo tanto, también en el razonamiento, lo que ya se ha dicho no es suficiente; sino que es necesario que seamos capaces de probar y distinguir entre lo verdadero y lo falso y lo dudoso. — Es necesario.

15

Si me preguntáis qué es lo bueno en el hombre, no tengo nada que deciros, salvo una cierta regulación de la decisión con respecto a la apariencia de las cosas.

16

¿Acaso un pariente del César, o cualquier otro de los grandes de Roma, permitiría a un hombre vivir seguro, por encima del desprecio y libre de todo temor? ¿Y el hecho de tener a Dios por nuestro Hacedor, y Padre, y Guardián no nos libraría de las aflicciones y de los terrores?

17

Esta es la obra, si la hubiere, que tendría que emplear a tu amo y preceptor, si tuvieras uno; que pudieras acudir a él y decirle: «Epicteto, ya no podemos soportar estar atados a este cuerpo miserable, alimentándolo, descansando y limpiándolo y acuciados por tantos bajos cuidados por su causa. ¿No son estas cosas indiferentes y nada para nosotros y la muerte ningún mal? ¿No somos parientes de Dios y no venimos de él? Suframos para volver al lugar de donde vinimos, suframos, al fin, para que nos libremos de estos grilletes, de esa cadena y se nos juzgue. Aquí son los ladrones y los tribunales de justicia y los que son llamados tiranos los que parecen tener algún poder sobre nosotros, a causa del cuerpo y sus posesiones. Suframos para mostrarles que no tienen poder».

Y en este caso debería responder: «Amigos míos, esperad a Dios, hasta que dé la señal y os libere de este servicio y luego volved a él. Por el momento, contentaos con permanecer en el puesto donde os ha situado. El tiempo de tu morada aquí es corto y fácil para los que están dispuestos como tú. Porque ¿qué tirano, qué ladrón, o qué tribunales de justicia son formidables para los que de este modo consideran el cuerpo y sus posesiones como nada? Quedaos. No os vayáis sin considerarlo».

La verdadera instrucción es ésta: aprender a querer que las cosas sucedan como suceden. ¿Y cómo suceden? Como el que las rige las ha regido. Él ha establecido que debe haber verano e invierno, abundancia y escasez, virtud y vicio y todas esas contrariedades para la armonía del todo. A cada uno de nosotros nos ha dado un cuerpo y sus partes y nuestras diversas propiedades y compañeros. Conscientes de esta disposición, debemos entrar en un curso de educación e instrucción para no cambiar la constitución de las cosas, que no se pone a nuestro alcance ni para nuestro bien, sino para que, siendo como son y como su naturaleza es con respecto a nosotros, podamos tener nuestra mente acomodada a lo que existe.

De modo que cuando hayáis cerrado tus puertas y oscurecido vuestra habitación, recordad no decir nunca que estáis solos, porque no lo estáis, sino que Dios está en vuestro interior y vuestro genio está en vuestro interior ¿y qué necesidad tenéis de luz para ver lo que estáis haciendo?

Cuando se le consultó cómo podía persuadir a su hermano para que se abstuviera de tratarle mal: La filosofía, contestó Epicteto, no promete procurar nada externo al hombre, de lo contrario admitiría algo más allá de su propio objeto. Porque el material de un carpintero es la madera, el de un escultor, el cobre y así, para el arte de vivir, el material es la propia vida de cada persona.

Ninguna gran cosa llega a la perfección de repente, cuando eso no pasa con un racimo de uvas o un higo. Si me decís que en este momento os gustaría tener un higo, os responderé que necesitáis tiempo. Dejadlo primero florecer, luego dar fruto y luego madurar. ¿No es entonces cuando el fruto de una higuera llega a la perfección de repente y en una hora y pretendéis el fruto de la mente humana en tan poco tiempo y sin problemas? Os lo digo: no esperéis tal cosa.

¿No deberíamos, ya estemos cavando, o arando, o comiendo, cantar himnos a Dios? Grande es Dios, que nos ha provisto de estos instrumentos para labrar la tierra; grande es Dios, que nos ha dado las manos, el poder de tragar, un estómago; que nos ha dado para crecer insensiblemente, para respirar en el sueño. Aun estas cosas tendríamos que celebrarlas en cada ocasión e incluso hacer de ellas el tema del himno más grande y divino, que nos haya dado la facultad de aprehenderlas y usarlas de una manera apropiada.

23

Entonces, ¿quién es invencible? Aquel a quien nada, independientemente de su elección, desconcierta.

24

Los filósofos hablan de paradojas. ¿Y no hay paradojas en otras artes? ¿Qué es más paradójico que pincharle el ojo a alguien para que vea? Si una persona le dijera esto a un ignorante de la cirugía, ¿no se reiría de él? ¿Dónde está la maravilla, entonces, si, también en filosofía, muchas verdades aparecen como paradojas para el ignorante?

25

Sócrates solía decir que no deberíamos vivir una vida sin examen.

26

Cuando vayas a cualquiera de los grandes, recuerda que hay Otro, que ve desde arriba lo que pasa y a quien debes agradecer más que a los hombres.

LIBRO SEGUNDO

1

Porque no es a la muerte o el dolor a lo que hay que temer, sino al miedo al dolor o a la muerte. Por eso alabamos al que dice:

«La muerte no es el mal, sino la vergüenza de morir».

2

Y así, esta paradoja no se convierte ni en imposible ni en una paradoja, que debemos ser a la vez cautelosos y valientes: valientes en lo que no depende de la elección, y cautelosos en lo que sí lo es.

3

Para tener éxito, considerad, si vais a acudir a un juicio, lo que queréis conservar y lo que deseáis. Así Sócrates, a quien le dijo que se preparara para su juicio: «¿No crees», dijo él, «que me he estado preparando para esto toda mi vida?» ¿Pero qué tipo de preparación? «He conservado lo que estaba en mi poder». ¿Qué quieres decir? «No he hecho nada injusto, ni en la vida pública ni en la privada».

4

Diógenes respondió correctamente a alguien que deseaba cartas de recomendación de él: «A primera vista, sabrá que eres un hombre; y, si tiene alguna habilidad para distinguir si eres bueno o malo, lo sabrá, y si no la tiene, nunca lo sabrá, aunque yo lo escriba mil veces».

5

¿Cómo, entonces, preservar la intrepidez y la tranquilidad y ser al mismo tiempo cuidadoso y no imprudente ni indolente?

Imitando a los que juegan en las mesas. Los dados son indiferentes, las piezas son indiferentes. ¿Cómo sé lo que saldrá? Es mi labor gestionar con cuidado y destreza lo que sea que caiga. Así también en la vida, este es el trabajo principal; distinguir y separar las cosas, y decir: «Lo externo no están en mi poder, la elección sí lo está. ¿Dónde buscaré el bien y el mal? Dentro; en lo que es mío». Pero en lo que pertenece a otros, no llores nada bueno, o malo, o ganancia, o daño, o cualquier cosa de ese tipo.

6

Dios es beneficioso. El bien también es beneficioso. Debería parecer, entonces, que donde está la esencia de Dios, también está la esencia del bien. Entonces, ¿cuál es la esencia de Dios? ¿La carne? —De ninguna manera. ¿Una propiedad? ¿La fama? — de ninguna manera. ¿La inteligencia? ¿El conocimiento?

¿La razón correcta? — Por supuesto que sí. Buscad aquí, pues, sin más preámbulos, la esencia del bien.

7

Sois una porción distinta de la esencia de Dios y contenéis cierta parte de él en vosotros. ¿Por qué, entonces, sois tan ignorantes de vuestro noble nacimiento? ¿Por qué no consideráis de dónde venía? ¿Por qué no recordáis, cuando estáis comiendo, quiénes sois los que coméis y a quién alimentáis? Cuando estáis en compañía de mujeres, cuando estáis conversando, cuando estáis haciendo ejercicio, cuando estáis discutiendo, ¿no sabéis que es un dios al que alimentáis, un dios al que ejercitáis? Lleváis a un dios con vosotros, desgraciados, y no sabéis nada de él. ¿Creéis que me refiero a algún dios sin vosotros, de oro o plata? Es dentro de vosotros mismos donde que lo lleváis y lo profanáis, sin ser conscientes de ello, con pensamientos y acciones impuros. Si la imagen de Dios estuviera presente, no os atreveríais a actuar como lo hacéis y cuando Dios mismo está dentro de vosotros y lo oye y lo ve todo, ¿no os da vergüenza pensar y actuar así, insensibles a vuestra propia naturaleza y odiosos a Dios?

8

Si Dios os hubiera confiado a algún huérfano a vuestro cargo, ¿habríais sido así de descuidados con él? Él se ha entregado a vuestro cuidado y ha dicho: «No tenía a nadie en quien confiar más que en ti; guárdame a esta persona, tal como es por naturaleza: modesta, fiel, sublime, no aterrorizada, desapasionada, tranquila». ¿Y no lo conservaréis?

9

Examinad quiénes sois. En primer lugar, hombres: es decir, alguien que no tiene nada mayor que la facultad de elección, sino que todas las cosas sujetas están a esta y esto mismo es desesclaviza y hace que no estéis sometidos a nada. Considerad, entonces, lo que os distingue la razón. Os distinguís de las bestias salvajes: os distinguís del ganado. Además, sois ciudadanos del mundo y una parte de él, no subordinados, sino una parte principal.

10

¿Pero debéis perder dinero para sufrir daños? ¿No hay otra cosa cuya pérdida perjudique al hombre? Si tuvierais que renunciar a vuestra habilidad en gramática o en música, ¿creeríais que la pérdida de éstas es un daño? Y si se renuncia con honor, decencia y gentileza, ¿creéis que eso no importa? Sin embargo, lo primero se pierde por alguna causa externa e independientemente de una decisión y los últimos por nuestra propia culpa. No hay vergüenza en tener o perder lo uno; pero no tener o perder lo otro es igualmente vergonzoso, reprobador e infeliz.

11

¿Qué pasa entonces, que no haré daño al que me ha hecho daño? Considerad primero lo que es el dolor y recordad lo que habéis oído de los filósofos. Porque, si tanto el bien como el mal consisten en la elección, ved si lo que dicen no equivale a esto: «Ya que él se ha herido a sí mismo al herirme a mí, ¿no me heriré a mí mismo al herirlo a él?»

12

El principio de la filosofía es este: Ser sensible al desacuerdo de los hombres entre sí; una investigación de la causa de este desacuerdo y una desaprobación y desconfianza de lo que simplemente parece; un cierto examen de lo que parece, si parece correcto; y una invención de alguna regla, como un equilibrio para la determinación de los pesos, como un cuadrado para lo recto y lo torcido.

13

Esta es la parte de la filosofía: examinar y fijar las reglas y hacer uso de ellas cuando son conocidas es la tarea de un hombre sabio y bueno.

14

Cuando los niños lloran si su cuidadora está ausente por un rato, dadles un pastel y olvidarán su dolor. ¿Deberíamos compararnos con estos niños, entonces?

No, en efecto. Porque no deseo ser pacificado por un pastel, sino por principios correctos. ¿Y cuáles son?

Igual que un hombre debe estudiar todo el día para no estar apegado a lo que no le pertenece, ni a un amigo, ni a un lugar, ni a una academia, ni siquiera a su propio cuerpo, sino para recordar la ley y tenerla constantemente ante sus ojos. ¿Y qué es la ley divina? Conservar inviolablemente lo nuestro, no reclamar lo ajeno, usar lo que se nos da y no desear lo que no se nos da, y cuando se nos quita algo, restaurarlo rápidamente y agradecer el tiempo que se os ha permitido usarlo y no llorar después por ello, como un niño por su cuidadora y su mamá.

15

Expulsa de tu mente el dolor, el miedo, el deseo, la envidia, la malevolencia, la avaricia, la afeminación, la intemperancia. Pero todo esto no puede ser expulsado de otra manera que no sea mirando sólo a Dios como patrón, uniéndoos sólo a él y consagrándose a sus mandamientos. Si deseáis algo más, con suspiros y gemidos, seguiréis algo que es más fuerte que vosotros, buscando siempre prosperar sin lograrlo y nunca seréis capaces de encontrarla. Porque lo buscáis donde no está y no lo buscáis donde está.

¿Cuál es la primera tarea de quien estudia filosofía? Alejarse del engreimiento. Porque es imposible que alguien comience a aprender a partir de un engreimiento que ya conoce. Es ridículo suponer que una persona aprenderá cualquier cosa menos lo que desea aprender o mejorará en lo que no aprende.

Cada hábito y cada facultad se conserva y aumenta por acciones correspondientes: como el hábito de caminar, caminando y el de correr, corriendo. Si quieres ser un lector, lee; si quieres ser un escritor, escribe. Pero si no lees en todo un mes, sino que hacéis otra cosa, veréis cuál será la consecuencia. Así que, después de estar sentados quietos durante diez días, levantaos e intentad dar un largo paseo y descubriréis que vuestras piernas están debilitadas. Así que, en general, lo que hagáis habitualmente, practicadlo y, si no queréis hacer de una cosa algo habitual, no la practiques: habituaos a otra cosa.

Lo mismo pasa con respecto al funcionamiento del alma. Siempre que estéis enojados, tened la seguridad de que no es sólo un mal presente, sino que habéis incrementado un hábito y habéis añadido combustible a un fuego. Cuando seáis vencidos por el deseo de compañía de mujeres, no lo consideréis como una única derrota, sino que os habéis alimentado, habéis aumentado vuestra disolución. Porque es imposible que no pase que los hábitos y las facultades se produzcan por primera vez o se fortalezcan y aumenten con las acciones correspondientes.

Si no queréis ser de mal genio, no alimentéis el hábito. No le deis nada que ayude a su aumento. Callaos desde el principio y contad los días en los que no habéis estado enojados. Yo solía estar enojado todos los días; ahora, cada dos días; luego, cada tres y cuatro días y, si llegáis hasta treinta días, ofreced un sacrificio de acción de gracias a Dios. Porque el hábito primero se debilita y luego se destruye por completo. «No estaba disgustado hoy, ni al día siguiente, ni durante tres o cuatro meses después, sino que cuidaba de mí mismo cuando pasaban cosas que me provocaban». Aseguraos de que lo estáis haciendo muy bien. «Hoy, cuando vi a una persona guapa, no me dije a mí mismo que podía poseerla. Y, ¡qué feliz es su marido! (porque el que dice esto, dice también: ¡Cuán feliz es su galante!): ni la represento como presente, como desnuda, como acostada a mi lado». Tras esto acaricio mi cabeza y digo: Bien hecho, Epicteto: has resuelto un bonito sofisma, mucho más bonito que uno muy celebrado en las escuelas. Pero si incluso la dama estuviera dispuesta y me diera indicios de ello y enviara por mí y presionara mi mano y se pusiera a mi lado y yo entonces renunciara y obtuviera la victoria, eso sería un sofisma más allá de todas las

sutilezas de la lógica. Este, y no disputar artísticamente, es el tema apropiado para la exultación.

19

En cuanto a los que abrazan la filosofía sólo con la palabra: ¿Quién, entonces, es un estoico? Así como lo llamamos una estatua fidiana a la que se forma de acuerdo con el arte de Fidias, así muéstrame a alguna persona, formada de acuerdo con los principios que profesa. Mostrádmelo a alguien que esté enfermo y feliz, en peligro y feliz, muriendo y feliz, exiliado y feliz, deshonrado y feliz. Mostrádmelo porque, por Dios, anhelo ver a un estoico. Pero (diréis) no tenéis uno perfectamente formado. Mostrádmelo, entonces, uno que se esté formando, uno que se esté acercando a ese personaje. Hacedme ese favor. No neguéis a un anciano un espectáculo que nunca ha visto. ¿Suponéis que vais a mostrar el Júpiter o la Minerva de Fidias, una obra de marfil o de oro? Que alguno de vosotros me muestre un alma humana, dispuesta a tener los mismos sentimientos que los de Dios, a no acusar ni a Dios ni a los hombres, a no desilusionar su deseo, a no incurrir en su aversión, a no enfadarse, a no tener envidia, a no ser celosa, en una palabra, a querer que un hombre se convierta en dios y, en ese pobre cuerpo mortal, a querer tener comunión con Júpiter. Mostrádmelo. Pero no podéis.

20

Las proposiciones verdaderas y evidentes deben ser utilizadas, necesariamente, incluso por aquellos que las contradicen. Y, quizás, una de las pruebas más contundentes de que existe algo así como la evidencia, es la necesidad que tienen de hacer uso de ella los que la contradicen. Si una persona, por ejemplo, niega que algo es universalmente cierto, se verá obligada a afirmar lo contrario, que nada es universalmente cierto. ¿Qué, desgraciado, ni siquiera esto mismo? Porque ¿qué es esto sino decir que todo lo universal es falso? Y si alguno viniera y dijera: «Sabed que no hay nada que conocer, sino que todo es incierto»; o bien, «Creedme, y será mejor para vosotros, que nadie tendría que creer en nada»; o un tercero: «Aprended de mí que nada se aprende: os digo esto y os enseñaré la prueba de ello, si queréis». Ahora bien, ¿qué diferencia hay entre estos y los que se llaman a sí mismos académicos? Que nos dicen: «Convenceos de que nadie se convence jamás. Creednos, nadie cree a nadie».

21

Así también, cuando Epicuro destruye la relación natural de la humanidad entre sí, hace uso de lo que está destruyendo. ¿Por qué dice eso? «No te dejes engañar, no te dejes seducir y confundir. No hay una relación natural entre seres razonables. Créeme. Los que dicen lo contrario engañan e imponen». ¿Por qué te preocupas por nosotros, entonces? Dejémonos engañar. Lo peor de todo será

que todos estemos convencidos de que existe una relación natural entre la humanidad y que ésta deba preservarse por todos los medios. No, será mucho más seguro y mejor. ¿Por qué se preocupa por nosotros, señor? ¿Por qué rompe su descanso por nosotros? ¿Por qué enciende su lámpara? ¿Por qué se levanta tan temprano? ¿Por qué escribe tantos libros? ¿Es que ninguno de nosotros debe ser engañado con respecto a los dioses, como si se ocuparan de los hombres? ¿O es que la esencia del bien no consiste en otra cosa que en el placer? Porque, si estas cosas son así, acuéstese y duerma y lleve la vida que usted mismo consideras digna: la de un simple reptil. Coma y beba y satisfaga su pasión por las mujeres y tranquilícese y ronque. ¿Qué te importa si otros piensan bien o mal sobre estas cosas?

22

Todos los objetos a los que una persona dedica su atención son objetos que probablemente ama. ¿Dedican los hombres su atención, entonces, a los males? — De ninguna manera. ¿O incluso a lo que no les concierne? — No, tampoco esto. Queda, pues, que el bien debe ser el único objeto de su atención y, si es de su atención, también de su amor. Por lo tanto, el que entiende el bien es capaz de amar de la misma manera y el que no puede distinguir el bien del mal y las cosas indiferentes de ambos, ¿cómo es posible que pueda amar? Por tanto, sólo la persona prudente es capaz de amar.

23

Si, por lo tanto, hablar correctamente se corresponde con alguien que es hábil, ¿no veis que oír con provecho pertenece también a alguien que es hábil? El que quiere oír a los filósofos necesita algún tipo de ejercicio auditivo.

24

Cuando uno de la compañía le dijo: «Convénceme de que la lógica es necesaria»: ¿Quieres que te lo demuestre? Le dijo él. — «Sí». Entonces debo usar una forma demostrativa de argumentar. — «Concedido». ¿Y cómo sabrás entonces si argumento con sofismas? Sobre esto, el hombre se queda callado: Ves, dice él, que incluso por tu propia confesión, la lógica es necesaria, puesto que, sin su ayuda, no puedes aprender tanto como si fuera necesaria o no.

LIBRO TERCERO

1

Sobre el ejercicio ascético: No debemos llevar nuestros ejercicios más allá de la naturaleza, ni meramente para atraer admiración, pues si no los que nos llamamos filósofos no nos diferenciaríamos de los malabaristas.

2

Así como los malos intérpretes no pueden cantar solos, sino en coro, así también algunas personas no pueden caminar solas. Si eres algo, camina solo, habla contigo mismo y no te escondas en el coro. Piensa un poco al fin, mira a tu alrededor, tamízate a ti mismo, que sabes lo que eres.

3

Soy mejor que tú, porque mi padre ha sido cónsul. Yo he sido tribuno, dice otro, y tú no. Si fuéramos caballos, ¿dirías que mi padre era más rápido que el tuyo? ¿Tengo abundancia de avena y heno, y finos adornos? Y ahora, si mientras decías esto, yo te respondiera: «Que así sea. Hagamos una carrera, entonces». ¿No hay nada en el hombre análogo a una carrera de caballos, por la cual se pueda saber cuál es mejor o peor? ¿No hay honor, fidelidad, justicia? Muéstrate mejor en esto, para que puedas ser mejor, como hombre. Pero si me dices que puedes cocear violentamente, te diré de nuevo que te valoras en la propiedad de un asno.

4

Aquel que conversa frecuentemente con otros, ya sea en el discurso o en los entretenimientos o en cualquier forma familiar de vivir, debe necesariamente llegar a ser como sus compañeros o llevarlos a su propio camino. Porque, si se aplica un carbón apagado a uno encendido, el primero apagará al último o el último encenderá al primero. Puesto que, entonces, el peligro es tan grande, se debe tener cuidado al entrar en estas familiaridades con lo vulgar, recordando que es imposible tocar a un deshollinador sin ser partícipe de su hollín.

5

¿No sabéis que un hombre sabio y bueno no hace nada por las apariencias, sino por haber actuado bien?

6

¿Por qué, entonces, no sabéis que el origen de todos los males humanos y de la mezquindad y la cobardía no es la muerte, sino el temor a la muerte? Fortaleceos, por lo tanto, contra esto. Dejad que se extiendan en todos sus discursos, lecturas, ejercicios. Y entonces sabréis que sólo así son libres los hombres.

LIBRO CUARTO

1

Considerad en los animales cuál es nuestra idea de libertad. Algunos mantienen domesticados a los leones y los alimentan e incluso los llevan consigo; ¿y quién dirá que un león así es libre? No, ¿no vive más servilmente cuanto más fácilmente vive? ¿Y quién, que tenga sentido común y razón, desearía ser uno de esos leones? Una vez más, ¿cuánto sufren las aves, que son tomadas y mantenidas en una jaula, al tratar de volar? No, algunas de ellas se mueren de hambre en vez de pasar por una vida así, así que, por muchos que se salven, es apenas y con dificultad y en condiciones de angustia y, en el momento en que encuentran algún agujero, huyen. Tal deseo tienen ellas de libertad natural y de estar a su propia disposición y sin restricciones.

2

¿Creéis que la libertad es algo grande, noble y valioso? — «¿Cómo no podría serlo?» ¿Es posible, entonces, que el que adquiere algo tan grande, valioso y noble sea un espíritu abyecto? — «No lo es». Siempre que veáis a uno sujeto a otro y halagándolo contrariamente a su propia opinión, decid con confianza que él tampoco es libre y no sólo si lo hace en una cena, sino también en el gobierno e incluso con un cónsul; sino llamad a los verdaderos pequeños esclavos que actúan así por el bien de las pequeñas cosas, y a los demás, como se merecen: grandes esclavos».

3

¿Qué es, entonces, lo que hace a un hombre libre e independiente? Porque ni las riquezas, ni el consulado, ni el mando de las provincias, ni los reinos, lo hacen así, sino que hay que encontrar otra cosa. ¿Qué es lo que impide que alguien se vea obstaculizado y restringido al escribir? — «La ciencia de la escritura». ¿En la música?... «La ciencia de la música». Por lo tanto, también en la vida, la ciencia de la vida. Así que igual que lo que habéis escuchado para lo general consideradlo igualmente para lo particular. ¿Es posible que esté desbocado quien desea alguna de esas cosas que están en el poder de otros? «No». ¿Puede evitar que se le ponga trabas? — «No». Por tanto, tampoco puede ser libre.

4

¿Y si mi compañero de viaje se volviera contra mí y me robara? ¿Qué debo hacer? Seré el amigo de César. Mientras yo sea su compañero, nadie me hará daño. Sin embargo, antes de que pueda volverme lo suficientemente ilustre para esto, ¡cuánto debo soportar y sufrir! ¡Cuántas veces, y por cuántos, debo ser robado! Y luego, si me convierto en amigo de César, él también es mortal y, si por cualquier accidente, se convirtiera en mi enemigo, ¿dónde es mejor que me esconda? ¿En un desierto? Bueno, ¿y no llegará la fiebre? ¿Qué se puede hacer,

entonces? ¿No es posible encontrar un compañero de viaje, seguro, fiel, valiente, incapaz de sorprenderse? La persona que razona así entiende y considera que, si se une a Dios, recorrerá seguro su camino. — «¿Qué quieres decir con que se una a él?» Que lo que es la voluntad de Dios sea también su voluntad, que lo que no es la voluntad de Dios no sea la suya. «¿Cómo, entonces, puede hacerse esto?» ¿Bueno, cómo puede ser de otra manera que no sea considerando el ejercicio del poder por Dios y su administración? ¿Qué me ha dado a mí, a mí mismo y a los míos? ¿Qué se ha reservado para sí mismo? Me ha dado todo lo que depende de la elección. Las cosas en mi poder que él ha hecho incapaces de verse estorbadas o restrictas.

5

Después de haber recibido todo, y aun a ti mismo, de otro, ¿estás enojado con el dador y te quejas si te quita algo? ¿Quién eres y para qué viniste? ¿No fue él quien te trajo aquí? ¿No fue él quien te mostró la luz? ¿No te ha dado asistentes? ¿No te ha dado sentido común? ¿No te ha dado razones? ¿Y como quién te trajo aquí? ¿No fue como un mortal? ¿No fue como uno para, con una pequeña porción de carne, vivir en la tierra y ver su administración, para contemplar el espectáculo con él y participar de la fiesta durante un corto tiempo? Después de haber contemplado el espectáculo y la solemnidad, entonces, mientras te lo permita, ¿no te irás cuando te eche, adorando y agradeciendo lo que has oído y visto?

6

Corregid vuestros principios. Mirad que nada se os pegue que no sea vuestro; nada os crezca que pueda daros dolor cuando sea arrancado. Y decid, cuando os ejercitáis diariamente como lo hacéis aquí, no que actuáis como filósofos (admitid que este es un título insolente), sino que estáis afirmando vuestra libertad. Porque esto es la verdadera libertad.

7

Entonces, ¿eres libre? (se dirá). Por el cielo que lo deseo y rezo por ello. Pero aún no puedo enfrentarme a mis amos. Todavía le presto atención a mi cuerpo y doy un gran valor a mantenerlo entero, aunque al mismo tiempo no lo está. Pero puedo mostrarte a alguien que fue libre, para que no busques más un ejemplo. Diógenes era libre. — «¿Cómo es eso?» No porque fuera de padres libres, porque no lo era, sino porque él mismo lo era, porque había desechado todas las garras de la esclavitud y no había manera de llegar a él, ni de apoderarse de él para esclavizarlo. Todo quedaba suelto sobre él, todo se sostenía solo. Si te apoderaras de sus posesiones, preferiría dejarlas ir antes que perseguirte por ellas, si era su pierna, dejaba ir su pierna; si era su cuerpo, dejaba ir su cuerpo; conocido, amigo, país, lo mismo. Porque sabía de dónde los obtenía, de quién y en qué condiciones los recibía. Pero nunca habría abandonado a sus verdaderos padres, los dioses ni

a su verdadera patria, ni habría permitido que nadie fuera más respetuoso y obediente a ellos que él, ni habría muerto más fácilmente por su patria que él.

8

Y que no penséis que os enseñó el ejemplo de un hombre libre de cargas, sin mujer ni hijos, ni país, ni amigos, ni relaciones que lo inclinen y lo aparten: tomad a Sócrates y consideradlo a él, que tenía mujer e hijos, pero no como suyos, un país, amigos, relaciones, pero sólo en la medida de lo posible, y en la forma que le correspondía y todo esto sometió a la ley y a la obediencia debida a la misma. Por lo tanto, cuando era apropiado pelear, era el primero en hacerlo y se exponía al peligro sin la menor reserva. Pero cuando fue enviado por los treinta tiranos para prender a León, al considerarlo una acción vil, no dudó sobre ello, aunque sabía que, tal vez, podría morir por ello. ¿Pero qué significaba eso para él? Porque era otra cosa que quería conservar, no su carne miserable, sino su fidelidad, su honor, libre de ataques y de sometimiento. Y después, cuando tuvo que defender su vida, ¿se comportó como si tuviera hijos? ¿O una esposa? No, sino como un hombre soltero. ¿Y cómo se comportó cuando iba a beber el veneno? Cuando pudo haber escapado y Crito lo convenció de que saliera de la cárcel por el bien de sus hijos, ¿qué dijo? ¿Consideró que era una buena oportunidad? ¿Cómo podía serlo? Considera lo que está pasando y no ve ni considera nada más. «Porque no estoy deseoso», dice él, «de preservar este cuerpo lamentable, sino aquella [parte de mí] que se mejora y conserva para la justicia y se daña y destruye por la injusticia». Sócrates no debía sobrevivir de forma vil. Él, que se negó a votar por lo que los atenienses ordenaron, que despreció a los treinta tiranos, que sostuvo tales discursos sobre la virtud y la belleza moral: un hombre así no debía sobrevivir por una acción vil, sino que sobreviviría muriendo, no huyendo. Porque incluso un buen actor sobrevive saliendo cuando debe hacerlo y no actuando más allá de su tiempo. «Entonces, ¿qué será de tus hijos?» — «Si me hubiera ido a Tesalia, tú te habrías ocupado de ellos ¿y no habrá nadie que se ocupe de ellos cuando me vaya al Hades?» Ved cómo ridiculiza y juega con la muerte. Pero, si hubiéramos sido vosotros o yo, habríamos demostrado ya, con argumentos filosóficos, que los que actúan injustamente deben ser recompensados a su manera y habríamos añadido: «Si escapo, seré útil a muchos; si muero, a ninguno». No, si hubiera sido necesario, nos hubiéramos colado por una ratonera para escapar. ¿Pero cómo podríamos haber sido de utilidad para alguien? Porque ¿dónde deben haber vivido? Si fuéramos útiles vivos, ¿no deberíamos ser aún más útiles a la humanidad al morir cuando debemos y como debemos? Y ahora el recuerdo de la muerte de Sócrates no es menos, sino más útil para el mundo que el de las cosas que hizo y dijo en vida.

Cuando hayáis perdido algo externo, tened esto siempre cuenta: lo que tenéis en vez de eso y, si eso tiene más valor, no digáis de ninguna manera: «Soy un perdedor», ya sea un caballo por un asno, un buey por una oveja, una buena acción por un pedazo de dinero, una debida compostura de mente por una broma aburrida o modestia por un discurso indecente. Al recordar continuamente esto, preservaréis vuestro carácter tal como debe ser.

10

Ahora bien, la naturaleza misma de cada uno es perseguir el bien, evitar el mal, estimarlo como un enemigo y traidor que nos priva de uno y nos involucra en el otro, aunque sea un hermano, un hijo o un padre. Porque nada está más relacionado con nosotros que el bien.

11

Nunca alabéis ni censuréis a nadie por acciones comunes, ni las atribuyáis a la destreza o a la falta de destreza y así seréis libres de inmediato tanto de la imprudencia como de la mala naturaleza. Como alguien que se baña en poco tiempo. ¿Por eso lo hace mal? No, en absoluto. Pero ¿qué? En muy poco tiempo. — «¿Está todo bien hecho, entonces?»— De ninguna manera. Pero lo que se hace desde los buenos principios está bien hecho y lo que se hace desde los malos, está mal. Pero hasta que no sepáis por qué principios actúa cada uno, ni alabar ni censurar la acción.

12

¿En qué empleo, entonces, haríais que la muerte os encontrara? Por mi parte, me gustaría que fuera una acción humana, benéfica, de espíritu público y galante. Pero si no se me puede encontrar haciendo cosas tan grandes, al menos estaría haciendo lo que no soy capaz de contenerme, lo que se me ha dado hacer: corregirme a mí mismo y mejorar esa facultad que aprovecha las apariencias de las cosas, procurar la tranquilidad, y rendir a las diversas relaciones de la vida lo que les corresponde y, si soy tan afortunado, avanzando hacia el tercer tema, una seguridad de juzgar correctamente. Si la muerte me alcanza en tal situación, me basta con que extienda mis manos a Dios y le diga: «No he descuidado las oportunidades que me has dado de comprender y seguir [las reglas] de tu administración. En cuanto a mí, no te he deshonrado. Mira cómo he usado mis percepciones, cómo mis pre-concepciones. ¿He encontrado en algún momento culpa en ti? ¿He estado descontento con tus disposiciones o las he deseado de otra manera? ¿He transgredido las relaciones de la vida? Te agradezco que me hayas hecho nacer. Estoy satisfecho con el tiempo que he disfrutado de las cosas que me has dado. Recíbelo de nuevo y asígnalo al lugar que quieras, porque todos eran tuyos, y ellos me los dieron a mí».

Cuando dejáis ir vuestra atención por un rato, no os imagináis que podéis recuperarla cuando queráis, pero recordad esto: que por medio de la culpa de hoy vuestros asuntos deben estar necesariamente en peores condiciones para el futuro.

FRAGMENTOS DE EPICTETO

1

Es mejor ofender rara vez (con merecimiento cuando lo hacemos) y actuar a menudo sabiamente, que decir que rara vez erramos y ofender frecuentemente.

2

No os avergoncéis tanto de lo que está vacío de gloria, sino sed diligentes en evitar de lo que está vacío de verdad.

3

Si quieres que se hable bien de ti, aprende a hablar bien de los demás. Y, cuando hayas aprendido a hablar bien de ellos, esfuérgate también por hacerles bien y así cosecharás el fruto de que ellos hablen bien de ti.

4

Si quieres vivir con tranquilidad y contento, esfuérgate para que todos los que vivan contigo sean buenos. Y los harás buenos instruyendo a los que quieran y despidiendo a los que no quieran.

5

Nadie que sea amante del dinero, del placer o de la gloria es igualmente amante de la humanidad, sino sólo aquel que es amante de la virtud.

6

Cuando se nos invita a un espectáculo, tomamos lo que encontramos y si alguien le pide al amo de la casa que ponga peces o tartas delante de él, se le considerará absurdo. Sin embargo, en el mundo, pedimos a los dioses lo que no nos dan, aunque nos hayan dado tantas cosas.

7

Son, en efecto, hombres apreciables, dijo él, que se valoran a sí mismos por cosas que no están en nuestro poder. Soy mejor hombre que tú, dice uno, porque tengo muchas haciendas y tú gimes de hambre. He sido cónsul, dice otro; soy gobernador, un tercero; tengo una fina cabellera, dice un cuarto. Pero un caballo no dice a otro: «Yo soy mejor que tú, porque tengo mucho heno y mucha avena y tengo una brida de oro y adornos bordados» sino «Soy más veloz que tú». Y cada criatura es mejor o peor por sus propias cualidades buenas o malas. ¿Es el hombre, entonces, la única criatura que no tiene buena calidad natural? ¿Y debemos considerar el cabello, y la ropa y los antepasados [para juzgarlo]?

8

Examínate a ti mismo, si prefieres ser rico o feliz y, si eres rico, ten la seguridad de que esto no es ni un bien, ni está totalmente en tu propio poder, pero, si eres feliz, esto es tanto un bien como está en tu propio poder, ya que el uno es un préstamo temporal de fortuna y el otro depende de la elección.

9

Así como es mejor estar tumbado en un pequeño sofá en un lugar estrecho y saludable que estar en una cama ancha y enfermo, así también es mejor contraerse dentro del espacio de una pequeña fortuna y ser feliz, que tener una gran fortuna y ser desgraciado.

10

No es la pobreza lo que causa dolor, sino los deseos codiciosos; ni las riquezas liberan del miedo, sino el razonamiento. Si, por lo tanto, adquieres un hábito de razonamiento, no desearás riquezas ni te quejarás de la pobreza.

11

Es mejor, al ceder ante la verdad, conquistar la opinión que, al ceder a la opinión, ser derrotado por la verdad.

12

Es mejor, viviendo con una persona libre, ser valiente y libre, que ser un esclavo en compañía de muchos.

13

Siempre que alguien excede la moderación, las cosas más deliciosas pueden llegar a ser las más desagradables.

14

Si quieres dar una sentencia justa, no te preocupes ni por las partes ni por los alegatos, sino por la causa misma.

15

Cometerás el menor número de faltas al juzgar si eres impecable en tu propia vida.

16

Cuando Pítaco fue tratado injustamente por una persona y tuvo el poder de castigarlo, lo dejó ir, diciendo: «El perdón es mejor que el castigo, porque uno es la prueba de la dulzura y el otro de una naturaleza salvaje».

17

No consultes mucho nada, en cada ocasión, por seguridad. Ahora es más seguro callar que hablar y omitir hablar de lo que no vaya acompañado de sentido y razón.

18

Como los faros en los puertos, encender una gran llama con unos pocos haces de leña proporciona una ayuda considerable a los barcos que deambulan por el mar: así una persona ilustrada, en un estado acosado por las tormentas, mientras se contenta con poco para sí mismo, confiere grandes beneficios a sus conciudadanos.

19

Si tuvieras que criar leones, no te preocuparías por la magnificencia de sus guaridas, sino por las cualidades de los animales mismos, así que, si te comprometes a presidir a tus conciudadanos, no te preocupes tanto por la magnificencia de los edificios como por la fortaleza de aquellos que los habitan.

20

Así como ni el ganso se alarma por la manda, ni la oveja por el rebaño, así, tampoco te asustes por la voz de una multitud insensata.

21

Así como el sol no espera a que salgan las oraciones y los conjuros, sino que resplandece de inmediato y es recibido con salutación universal, así tampoco esperes los aplausos y los gritos y las alabanzas para hacer el bien, sino sé un benefactor voluntario y serás amado como el sol.

22

Un barco no debe ser fijado por una sola ancla, ni la vida por una sola esperanza.

23

No debemos estirar nuestras piernas ni nuestras esperanzas hasta un punto que no puedan alcanzar.

24

Le preguntaron a Tales cuál era la cosa más disfrutada de todas y les respondió: «La esperanza, porque la tienen los que no tienen otra cosa».

25

Pirrón solía decir, «No hay diferencia entre vivir y morir». Una persona le preguntó: «¿Por qué, entonces, no te mueres? «Porque», contestó Pirrón, «no hay diferencia».

26

Si siempre recuerdas que Dios está a tu lado, como inspector de todo lo que haces, ya sea en el alma o en el cuerpo, nuncaerrarás, ni en tus oraciones ni en tus acciones y tendrás a Dios morando contigo.

27

Preguntaron a Epicteto cómo podría una persona afligir a su enemigo y respondió: «Haciéndose todo el bien posible a sí mismo».

28

Que ningún sabio se aleje del gobierno del estado; porque es impío dejar de ser útil a los que lo necesitan y cobarde ceder el paso a los que no valen nada. Porque es una tontería elegir ser mal gobernado en lugar de bien gobernado.

29

[Recordad] que tal es y fue y será la naturaleza del mundo y tampoco es posible que las cosas sean de otra manera de la que son ahora, ni que no sólo los hombres y otros animales en la tierra participen de este cambio y transformación, sino también las divinidades. Porque, en efecto, incluso los cuatro elementos se transforman y cambian de arriba a abajo y la tierra se convierte en agua y el agua en aire y este también se transforma en otras cosas. Y la misma manera de transformación ocurre de las cosas de arriba a las de abajo. Quien se esfuerza por dirigir su mente hacia estos puntos y se convence a sí mismo para recibir con buena voluntad lo que no puede evitarse, pasará su vida con moderación y armonía.

EL ENQUIRIDIÓN, O MANUAL DE EPICETEO

1

De las cosas, algunas están en nuestro poder y otras no. En nuestro poder están la opinión, la búsqueda, el deseo, la aversión y, en resumen, lo que son nuestras propias acciones. No están en nuestro poder el cuerpo, la propiedad, la reputación, el mando ni, en resumen, lo que no son nuestras propias acciones.

Ahora bien, las cosas que están en nuestro poder son por naturaleza libres, desenfrenadas, sin trabas; pero las que no están en nuestro poder son débiles, esclavizadas, restringidas, pertenecen a otros. Recuerda, pues, que si crees que las cosas por naturaleza son libres y lo que pertenece a los demás es tuyo, te verás estorbado, te lamentarás, te molestarán, encontrarán culpa en ti tanto los dioses como con los hombres. Pero si supones que sólo es tuyo lo que es tuyo y lo que pertenece a los demás como realmente es, nadie te obligará jamás, nadie te reprimirá, no harás nada en contra de tu voluntad, nadie te hará daño, no tendrás enemigos, porque no sufrirás daño alguno.

Apuntando, pues, a cosas tan grandes, recuerda que no debes dejarte llevar, aunque sea con una ligera tendencia, hacia los logros de los otros, sino que debes abandonar por completo algunos de ellos y posponer por el momento el resto. Pero si tuvieses a la vez éstos y el mando y las riquezas al tiempo, quizás no ganarás tanto como en lo segundo, porque también apuntas a lo primero, pero fracasarás absolutamente en lo primero, que es lo único que te procura felicidad y libertad.

Estudia, pues, para poder decir a toda apariencia áspera: «No eres más que apariencia y no absolutamente lo que parece ser». Y luego examínalo con las reglas que tienes y primero y principalmente por esta: si se refiere a las cosas que están en nuestro propio poder o a las que no lo están y, si se refiere a algo que no está en nuestro poder, estate preparado para decir que no es nada para ti.

2

Recuerda que el deseo promete el logro de aquello de lo que estás deseoso y la aversión promete evitar aquello a lo que seas averso y quien falla en el objeto de su deseo queda decepcionado y el que incurre en el objeto de su aversión es desdichado. Si, entonces, limitas tu aversión a aquellos objetos que son contrarios al uso natural de tus facultades, que tienes en tu propio poder, nunca incurrirás en nada a lo que seas contrario. Pero si eres reacto a la enfermedad o a la muerte o a la pobreza, serás desdichado. Quita la aversión, entonces, a todas las cosas que no están en nuestro poder y transfírela a cosas contrarias a la naturaleza de lo que está en nuestro poder. Pero, por el momento, suprime totalmente el deseo: porque, si deseas alguna de las cosas que no están en nuestro poder, debes quedar necesariamente decepcionado y, de las que sí lo

están y que sería loable desear, nada está todavía en tu posesión. Utiliza sólo [los actos necesarios] de persecución y evasión e incluso éstos con ligereza y con amabilidad y reserva.

3

Con respecto a cualquier objeto que deleite la mente, o contribuya a su uso, o que sea amado con afecto, recuerda decirte a ti mismo de qué naturaleza es, comenzando por las cosas más insignificantes. Si te gusta una copa de barro, que es una copa de barro a lo que tienes afecto, porque así, si se rompe, no te molestará. Si besas a tu hijo o a tu esposa, que besas a un ser sujeto a los accidentes de la humanidad y así no te molestará que alguno de ellos muera.

4

Cuando estés llevando a cabo cualquier acción, recuérdate a ti mismo de qué naturaleza es la acción. Si vas a bañarte, represéntate a ti mismo las cosas que normalmente suceden en la bañera: algunas personas tiran el agua, otras empujan y se amontonan, otras usan un lenguaje soez y otras roban. De esta manera, podrás realizar esta acción con mayor seguridad si te dices a ti mismo: «Ahora me voy a bañar y conservaré mi propia mente en un estado conforme a la naturaleza». Y de la misma manera con respecto a cualquier otra acción. Por eso, si surge algún impedimento en el baño, estarás listo para decir: «Lo que deseaba no era sólo bañarme, sino mantener mi mente en un estado conforme a la naturaleza y no la conservaré así si me quedo sin humor ante las cosas que suceden».

5

Los hombres son perturbados, no por las cosas, sino por los principios y las nociones que se forman con respecto a las cosas. La muerte, por ejemplo, no es terrible, de lo contrario se lo habría parecido a Sócrates. Pero el terror consiste en que nuestra noción de muerte es terrible. Por lo tanto, cuando se nos frena, se nos perturba o se nos aflige, no lo imputemos nunca a los demás, sino a nosotros mismos, es decir, a nuestros propios principios. Es acción de persona no instruida culpar a otros de su propia mala condición; de persona que se está instruyendo culparse a sí mismo y de persona perfectamente instruida no culpar ni a los demás ni a sí mismo.

6

No te entusiasmes con ninguna excelencia que no sea la tuya propia. Si un caballo estuviera eufórico y dijera: «Soy guapo», sería soportable. Pero cuando estás eufórico y dices: «Tengo un caballo hermoso», debes saber que estás eufórico por lo que, de hecho, es sólo el bien del caballo. ¿Qué es entonces propiamente tuyo? El uso de las apariencias de las cosas. De modo que cuando

te comportes conforme a la naturaleza en el uso de estas apariencias, estarás eufórico con razón, pues estarás eufórico por algún bien propio.

7

Como en un viaje, cuando el barco está anclado, si vas a la orilla a buscar agua, puedes entretenerte recogiendo una concha o una cebolla a tu paso, pero tus pensamientos deben estar inclinados hacia el barco y siempre atentos a que el capitán no te llama y luego debes dejar todas estas cosas para que no te arrojen al barco, atado de pies y manos como a una oveja: así también en la vida, si, en vez de una cebolla o una concha, te concede algo como una esposa o un niño, no hay objeción, pero, si el capitán llama, corre al barco, deja todas esas cosas, no consideres ninguna de ellas. Y si eres viejo, no te alejes nunca del barco, no sea que, cuando te llamen, no puedas llegar a tiempo.

8

No exijas que las cosas sucedan como deseas, sino que sucedan como suceden y así continuarás bien.

9

La enfermedad es un impedimento para el cuerpo, pero no para la facultad de elección, a menos que este mismo lo pida. La cojera es un impedimento para la pierna, pero no para la facultad de elección: dite esto a ti mismo con respecto a todo lo que sucede. Porque encontrarás que es un impedimento para otra cosa, pero no para ti mismo.

10

En cada accidente, recuerda volverte hacia ti mismo y preguntarte qué poderes tienes para hacer un uso apropiado de él. Si ves a una persona guapa, encontrarás la continencia como un poder contra esto: si se te presenta el dolor, encontrarás la fortaleza; si el lenguaje es malo, encontrarás la paciencia. Y así habituado, las apariencias de las cosas no harán que te apresures por ellas.

11

Nunca digas de nada: «Lo he perdido», sino «Lo he devuelto». ¿Tu hijo está muerto? Se ha devuelto. ¿Tu esposa está muerta? Se ha devuelto. ¿Te han quitado tus bienes? Bueno, ¿y no se ha devuelto también eso? «Pero el que me lo quitó es un hombre malo». ¿Qué te importa a ti que él, que lo dio, te lo haya pedido de nuevo? Mientras él te lo dé para que lo poseas, cuidalo, pero como algo que no es tuyo, como hacen los viajeros en una posada.

12

Si quieres mejorar, deja de lado razonamientos como estos: «Si descuido mis asuntos, no tendré con qué sostenerme; si no corrijo a mi sirviente, no será bueno

para nada». Porque es mejor morir de hambre, exento de dolor y temor que vivir en la abundancia de perturbación y es mejor que tu siervo sea malo, que tú infeliz.

Empieza, pues, por las pequeñas cosas. ¿Se ha derramado un poco de aceite? ¿Un poco de vino robado? Dite a ti mismo: Es el coste de la apatía, de la tranquilidad, y nada se puede tener por nada». Y cuando llames a tu siervo, considera que es posible que no venga a tu llamado o, si lo hace, que no haga lo que tú quieres que haga. Pero él no es tan importante como para que esté en su poder darte cualquier tipo de perturbación.

13

Si quieres mejorar, conténtate con ser considerado tonto y estúpido con respecto a lo externo. No desees que se piense que sabes algo y, aunque parezcas alguien para los demás, desconfía de ti mismo. Porque ten la seguridad de que no es fácil a la vez preservar vuestra facultad de elección en un estado conforme a la naturaleza, y [asegurar] lo externo, sino que mientras tienes cuidado con lo uno, debes por necesidad descuidar lo otro.

14

Si quieres que tus hijos, tu mujer y tus amigos vivan para siempre, eres estúpido, porque quieres que las cosas que no están en tu poder sean tuyas, y que lo que pertenece a los demás sea tuyo. De la misma manera, si quieres que tu siervo esté libre de culpa, eres un necio, porque no quieres que el vicio sea vicio, sino otra cosa. Pero si deseas que tus deseos sean cumplidos, eso está en tu propio poder. Ejercita, por lo tanto, lo que esté en tu poder. Él es el maestro de cualquier otra persona que es capaz de conferir o eliminar lo que esa persona desea tener o evitar. Quienquiera, entonces, que quiera ser libre, que no desee nada, que rechace cualquier cosa que dependa de otros o será necesariamente un esclavo.

15

Recuerda que debes comportarte [en la vida] como en el entretenimiento. ¿Te han traído algo? Extiende tu mano y toma tu parte con moderación. ¿Pasa por tu lado? No lo detengas. ¿Aún no ha llegado? No extiendas tu deseo hacia ello, sino espera a que te alcance. Actúa así, pues, con respecto a los hijos, a la esposa, a los cargos públicos, a las riquezas y en algún momento serás un digno compañero de las fiestas de los dioses. Y si haces más que tomar las cosas que se te presentan, hasta el punto de ser capaz también de despreciarlas, entonces no sólo serás un miembro de las fiestas de los dioses, sino también de su imperio. Porque al hacerlo así, Diógenes y Heráclito y otros como ellos, se volvieron y fueron llamados divinos merecidamente.

16

Cuando veas a alguien llorando de dolor, ya sea porque su hijo se ha ido o porque ha muerto o porque ha sufrido en sus negocios, presta atención para que la apariencia no te apresure a intervenir. Pero inmediatamente aclárale su propia mente y prepárate para decir: «No es el accidente lo que aflige a esta persona, porque no aflige a otro hombre, sino el juicio que él hace al respecto». En cuanto a las palabras, sin embargo, no desdeñes condescender a él, e incluso si tiene que ser así, llora con él. Tenga cuidado, sin embargo, de no llorar también hacia adentro.

17

Recuerda que eres un actor en una tragedia, del tipo que el autor haya querido hacer. Si es corta, de una corta; si es larga, de una larga. Si te toca actuar como un hombre pobre, un lisiado, un gobernador o una persona privada, asegúrate de actuar naturalmente. Porque esta es tu tarea: interpretar bien el personaje que te ha sido asignado: es otro el que lo elige.

18

Cuando oigas el mal agüero de un cuervo graznando, no dejes que su aparición te acucie, sino haz inmediatamente para ti mismo la distinción y di: «Ninguna de estas cosas es un presagio para mí, sino para mi miserable cuerpo o mi propiedad o mi reputación o mis hijos o mi esposa. Pero para mí todos los presagios son afortunados, si quiero. Porque cualquiera de estas cosas que suceda, está en mi poder aprovecharme de ello».

19

Puedes ser invencible si no entras en ningún combate en el que no tengas posibilidad de triunfar. Por tanto, cuando veas a alguien eminente en honores o en poder o en alta estima por cualquier otro motivo, ten cuidado de que no te engañe la apariencia y declararlo feliz, pues si la esencia del bien consiste en cosas que están en nuestro propio poder, no habrá lugar para la envidia o la emulación. Pero, por tu parte, no quieras ser general, ni senador, ni cónsul, sino libre y la única manera de hacerlo es despreciar cosas que no están en nuestro poder.

20

Recuerda que no afrenta el que habla en mal tono o golpea, sino el principio que representa estas cosas como afrentosas. Por lo tanto, cuando alguien te provoca, ten la seguridad de que es tu propia opinión la que te provoca. Trata, por lo tanto y sobre todo, de no engañarte con las apariencias. Pues si ganas tiempo y alivio, te controlarás más fácilmente.

Que la muerte y el exilio y todas las demás cosas que parecen terribles, pasen diariamente ante tus ojos, pero principalmente la muerte, y así nunca tendrás ningún pensamiento abyecto, ni codiciarás nada con demasiada impaciencia.

Si tienes un deseo sincero de llegar a la filosofía, prepárate desde el principio para que se rían de ti, para que la multitud se burle de ti, para oírlos decir: «Nos ha sido devuelto un filósofo de una vez por todas», y «¿De dónde viene esta mirada altanera?» Ahora, por tu parte, no tengas en verdad una mirada altanera, sino que mantente firme en lo que te resulte mejor, como alguien designado por Dios para esta misión. Pues recuerda que, si te mantienes firme, esas mismas personas que al principio se burlaron de ti, luego te admirarán. Pero si dejas que se te impongan incurrirás en un doble ridículo.

Si alguna vez vuelves tu atención a lo externo, para desear complacer a alguien, ten la seguridad de que has arruinado tu plan o tu vida. Conténtate, pues, con ser filósofo en todo y, si quieres que alguien piense así, muéstrate así y eso bastará.

No permitas que consideraciones como estas te angustien. «Viviré en la deshonra, y no seré nadie en ningún sitio». Porque si la deshonra es un mal, no puedes estar más involucrado en ningún mal por medio de otro, que estar involucrado en cualquier cosa básica. ¿Es asunto suyo, entonces, obtener el poder o ser admitido a un espectáculo? De ninguna manera. ¿Cómo es que esto puede ser una deshonra después de todo? ¿Y cómo es verdad que no serás nadie en ningún sitio, cuando deberías ser alguien en aquellas cosas que están en tu propio poder, en las que puedes ser de la mayor importancia? «Pero mis amigos quedarán sin ayuda». — ¿Qué quiere decir con «sin ayuda»? No tendrán dinero tuyo, ni los harán ciudadanos romanos. ¿Quién os ha dicho, entonces, que estas cosas están entre las que están en nuestro poder y no son asunto de los demás? ¿Y quién puede dar a otro lo que no tiene? «Bueno, pero consíguelos, entonces, para que nosotros también podamos tener una parte». Si puedo conseguirlos con la conservación de mi propio honor y fidelidad y grandeza de mente, muéstrame el camino y los conseguiré; pero si requieres que pierda mi propio bien para que puedas ganar lo que no es bueno, considera lo injusto y tonto que eres. Además, ¿qué preferirías tener, una suma de dinero o un amigo fiel y honorable? Así que mejor ayúdame a ganar este carácter que a requerirme que haga aquellas cosas por las cuales pueda perderlo. Bueno, pero mi país, dices, en lo que depende de mí, no recibirá ayuda. También en este caso, ¿qué tipo de ayuda quieres decir?

«No tendrá pórticos ni baños por tu parte». ¿Y qué significa eso? Ni un herrero hace zapatos, ni un zapatero armas. Basta con que cada uno se ocupe plenamente de su tarea. Y si le dieras otro ciudadano honor y fidelidad, ¿no serviría para algo? Sí. Por lo tanto, tampoco tú mismo eres inútil para ello. «¿Qué lugar dices entonces que debo tener en el Estado?» Lo que sea que puedas sostener con la conservación de tu fidelidad y honor. Pero si, deseando ser útil en eso, pierdes esto, ¿de qué le serviría a tu país cuando te vuelvas incrédulo y vacío de vergüenza?

25

¿Han preferido a alguien por delante de ti en un entretenimiento o una alabanza o al ser consultado? Si estas cosas son buenas, debes alegrarte de que las haya recibido y, si son malas, no te entristezcas por no haberlas recibido. Y recuerda que, sin usar los mismos medios [algo que hacen otros] para adquirir cosas que no están en nuestro poder, no puedes esperar ser considerado digno de una parte igual de ellas. Pues ¿cómo es posible que el que no frecuenta la puerta de un [gran] hombre, no lo atiende, no lo alaba, tenga una participación igualitaria con el que lo hace? Así que eres injusto e insaciable si no estás dispuesto a pagar el precio por el que se venden estas cosas y las quieres por nada. ¿Por cuánto se venden las lechugas? Medio penique, por ejemplo. Así que si otro, pagando medio penique, se lleva las lechugas y tú, sin pagarlas, te vas sin ellas, no imagines que ha ganado ventaja alguna sobre ti. Porque así como él tiene las lechugas, así también tú tienes el medio penique que no has dado. Así pues, en el presente caso, no se te ha invitado al entretenimiento de tal persona, porque no le has pagado el precio por el que se vende la cena. Se vende por la alabanza; se vende por la asistencia. Dale entonces el valor, si es para tu beneficio. Pero si, al mismo tiempo, no pagas el uno y recibes el otro, eres insaciable y un tonto. ¿No tienes nada, entonces, en lugar de la cena? Sí, en efecto, lo tienes: el no alabar a aquel a quien no te gusta alabar; el no soportar su comportamiento al ir allí.

26

La voluntad de la naturaleza puede aprenderse de aquellas cosas en las que no diferimos entre nosotros. Como cuando el hijo de nuestro prójimo ha roto una copa o algo parecido y estamos dispuestos a decir: «Son cosas que pasan». Así que ten la seguridad de que cuando se rompa tu propia copa tendría que afectarte de la misma manera que cuando se rompe la copa de otro. Traslada esto, igualmente, a cosas mayores. ¿El hijo o la esposa de otro ha muerto? No hay nadie que no diga: «Esto es un accidente humano». Pero si el hijo de alguien muere, es en este momento, «¡Ay de mí! ¡Cuán desdichado soy...!» Pero hay que recordar cómo nos afecta oír lo mismo de los demás.

Así como una marca no se establece para no alcanzar el objetivo, tampoco existe en el mundo la naturaleza del mal.

Si una persona hubiera entregado tu cuerpo a alguien a quien conoció en su camino, ciertamente estarías enojado. ¿Y no sientes vergüenza en entregar tu propia mente para ser desconcertado y confundido por cualquiera que te hable mal?

En cada asunto, considera lo que precede y lo que sigue y luego empréndelo. De otra manera comenzarás con ánimo, pero sin haber pensado en las consecuencias y, cuando algunas de ellas aparezcan, desistirás vergonzosamente. «Yo ganaría en los Juegos Olímpicos». Pero considera lo que precede y lo que sigue y luego, si te viene bien, participa en el evento. Hay que ajustarse a las reglas, someterse a una dieta, abstenerse de delicadezas, ejercitar el cuerpo, quieras o no, a una hora determinada, con calor y con frío, no hay que beber agua fría, ni siquiera vino. En una palabra, debes entregarte a tu amo, como a un médico. Luego, en el combate, puedes ser arrojado a una zanja, dislocar tu brazo, girar tu tobillo, tragar polvo en abundancia, ser azotado y, después de todo, perder la victoria. Cuando hayas calculado todo esto, si tu inclinación aún persiste, ponte a combatir. De lo contrario, ten en cuenta que te comportarás como los niños cuando a veces juegan a ser luchadores, a veces a ser gladiadores, a veces tocan la trompeta y a veces hacen una tragedia, cuando han visto y admirado estos espectáculos. Así serás en un tiempo luchador, en otro gladiador, ahora filósofo, luego orador, pero con toda tu alma nada en absoluto. Como un simio, imitas todo lo que ves y es seguro que te gustarán una cosa tras otra, pero quedarán fuera de tu favor tan pronto como se vuelvan familiares. Porque nunca has entrado en nada con consideración, ni después de haber visto todo el asunto por todos lados, ni de haber hecho ningún escrutinio sobre él, sino precipitadamente y con una fría inclinación. Así que algunos, cuando han visto a un filósofo y han oído a un hombre hablar como Éufrates (aunque, en realidad, ¿quién puede hablar como él?), tienen una mente para ser filósofos también. Considera primero, hombre, de qué se trata y qué es lo que tu propia naturaleza es capaz de soportar. Si quieres ser luchador, considera tus hombros, tu espalda, tus muslos, porque diferentes personas están hechas para diferentes cosas. ¿Crees que puedes actuar como lo haces y ser un filósofo? ¿Que puedes comer y beber y estar enojado y descontento como lo estás ahora? Debes mirar, debes trabajar, debes superar ciertos apetitos, debes dejar de conocerte, debes ser despreciado por tu siervo, debes ser ridiculizado por aquellos con los que te encuentres, debes salir peor que otros en todo, en magistraturas, en honores, en

tribunales de justicia. Cuando hayas considerado todas estas cosas, acércate, si quieres y si, al separarte de ellas, tienes la intención de comprar apatía, libertad y tranquilidad. Si no, no vengas aquí, no seas, como los niños, un filósofo, luego un publicano, luego un orador y luego uno de los oficiales del César. Estas cosas no son coherentes. Debes ser un solo hombre, bueno o malo. Debes cultivar tu propia facultad y condiciones de gobernar y aplicarte a las cosas dentro o fuera de ti; es decir, ser un filósofo o uno de los vulgares.

30

Los deberes se miden universalmente por relaciones. ¿Alguien es padre? En esto están implícitos, como es lógico, su cuidado, la sumisión a él en todas las cosas, la recepción paciente de sus reproches, sus correcciones. Pero es un mal padre. ¿Tu vínculo natural es con un buen padre? No, sino con un padre. ¿Es injusto un hermano? Bueno, mantén tu actitud hacia él. No consideres lo que haga, sino lo que debes hacer para mantener tu propia facultad de elección en un estado conforme a la naturaleza. Porque otro no te hará daño a menos que le dejes. Así que te verás lastimado cuando creas que estás lastimado. De esta manera, por lo tanto, encontrarás, a partir de la idea de un vecino, un ciudadano, un general, los deberes correspondientes si acostumbras a contemplar las diversas relaciones.

31

Ten la seguridad de que la propiedad esencial de la piedad hacia los dioses es formar opiniones correctas sobre ellos, como si existen y si gobiernan el universo con bondad y justicia. Y fíjate en esta resolución para obedecerlos y ceder a ellos y seguirlos voluntariamente en todos los eventos, como produce el entendimiento más perfecto. Porque así nunca encontrarás faltas en los dioses, ni los acusarás de descuidarte. Y no es posible que esto se produzca de otra manera que alejándote de las cosas que no están en nuestro poder y poniendo el bien o el mal en aquellas que sí lo están. Porque si supones que alguna de las cosas que no están en nuestro poder son buenas o malas, cuando te decepcionas con lo que deseas o incurres en lo que quieres evitar, necesariamente debes encontrar fallas y culpar a sus autores. Porque todo animal está naturalmente formado para huir y aborrecer las cosas que parecen hirientes y sus causas y para perseguir y admirar las que parecen beneficiosas y sus causas. Así que es impracticable que el que se supone herido se regocije en la persona que, según él, lo hiere, así como es imposible regocijarse en el daño mismo. Por lo tanto, también, un padre es injuriado por un hijo cuando no le imparte las cosas que él considera buenas y el supuesto imperio como bien hizo a Polinices y Eteocles enemigos mutuos. Por eso el labrador, el marinero, el mercader, por eso los que pierden esposas e hijos, vilipendian a los dioses. Porque donde hay interés, también hay piedad. De modo que quien se cuida de regular sus deseos y

aversiones como es debido, también se cuida de la piedad por el mismo medio. Pero también le corresponde a cada uno ofrecer libaciones y sacrificios de los primeros frutos, conforme a las costumbres de su país, con pureza y no de manera descuidada, ni negligente, ni escatimada, ni más allá de su capacidad.

32

Cuando recurres a la adivinación, recuerda que no sabes cuál será el acontecimiento y vienes a aprenderlo del adivino, pero sabes antes de venir de qué naturaleza es, al menos si eres un filósofo. Porque si está entre las cosas que no están en nuestro poder, de ninguna manera puede ser ni buena ni mala. Por lo tanto, no traigas contigo al adivino el deseo o la aversión (de lo contrario, te acercaras a él temblando), sino adquiere primero un conocimiento claro de que todo acontecimiento es indiferente y nada para ti, de cualquier tipo que sea, porque estará en tu poder hacer un uso correcto de él y nadie podrá impedirlo, así que ve con confianza a los dioses, como tus consejeros, y después, cuando te den algún consejo, recuerda qué consejeros has asumido y a quién descuidarás si desobedeces. Acude a la adivinación, como prescribió Sócrates, en los casos en que toda la consideración se relaciona con el acontecimiento y en los que no se dan oportunidades a la razón o cualquier otro arte para descubrir la cosa propuesta para ser aprendida. Por lo tanto, cuando es nuestro deber compartir el peligro de un amigo o de nuestro país no debemos consultar al oráculo si lo compartiremos o no con ellos. Porque, aunque el adivino debería advertiros de que las augurios son desfavorables, esto no significa más que son presagios de muerte o mutilación o exilio. Pero tenemos la razón dentro de nosotros y nos dirige, incluso con estos peligros, a apoyar a nuestro amigo y a nuestro país. Atiende, por lo tanto, al adivino mayor, el dios de la Pitia, que echó fuera del templo a la persona que no ayudó a su amigo mientras otro lo estaba asesinando.

33

Atribúyete inmediatamente algún carácter y forma [de comportamiento] que puedas mantener tanto solo como en compañía.

Calla la mayor parte de las veces, o habla sólo lo que sea necesario y con pocas palabras. Sin embargo, podemos a veces entrar, en la conversación cuando la ocasión lo requiera, aunque con moderación, pero no en ninguno de los temas comunes de los gladiadores o las carreras de caballos o los campeones atléticos o las fiestas, los temas vulgares de conversación y sobre todo no de los hombres, ya sea para culpar o alabar o hacer comparaciones. Así que, si puedes por medio de tu propia conversación, lleva la de tu compañía a los temas apropiados, pero, si eres llevado a temas extraños, guarda silencio.

No dejes que tu risa sea mucha, ni muy frecuente, ni profusa.

Evita jurar, si es posible, del todo; si no puede ser así, hasta donde puedas.

Evita los entretenimientos públicos y vulgares. pero, si alguna vez una ocasión te llama a ellos, mantén tu atención durante estos, para no caer imperceptiblemente en modales vulgares. Porque ten la seguridad de que si una persona se contiene, pero su compañero se infecta, el que conversa con él se infectará de la misma manera.

No proveas cosas relacionadas con el cuerpo más allá de la mera utilidad, como carne, bebida, ropa, casa, familia. Pero tacha y rechaza todo lo relacionado con el espectáculo y la delicadeza.

En la medida de lo posible, antes del matrimonio, consérvate puro de las familiaridades con las mujeres y, si te lo permites, que sea legal. Pero, por lo tanto, no seas molesto y lleno de reproches para aquellos que usan estas libertades, ni te jactes con frecuencia de que tú mismo no lo haces.

Si alguien te dice que esa persona habla mal de ti, no pongas excusas sobre lo que se dice de ti, sino contesta: «No conoce mis otras faltas, de lo contrario no habría mencionado sólo estas».

No es necesario que aparezcas a menudo en espectáculos públicos, pero si alguna vez hay una ocasión apropiada para que estés allí, no te muestres más solícito con nadie que contigo mismo, es decir, desea que las cosas sean sólo como son y que así venza el vencedor, porque así no te encontrarás con ningún obstáculo. Pero abstente completamente de aclamaciones, burlas y emociones violentas. Y, cuando te vayas, no hables mucho de lo que ha pasado y de lo que no contribuye a tu propia enmienda. Porque por tal discurso parecería que te quedaste inmoderadamente impresionado con el espectáculo.

No vayas [por tu propia voluntad] a los ensayos de ningún [autor], ni aparezcas [en ellos] fácilmente. Pero, si apareces, preserva tu gravedad y tranquilidad y al mismo tiempo evita estar taciturno.

Cuando vayas a conversar con alguien, y particularmente con los que están en una estación superior, imagínate cómo se comportaría Sócrates o Zenón en tal caso y no te verás imposibilitado de hacer un uso apropiado de lo que pueda ocurrir.

Cuando te dirijas a cualquiera de las personas en el poder, imagínate que no las encuentras en casa, que no serás admitido, que las puertas no se abrirán para ti, que no te prestará atención. Si, con todo esto, es tu deber ir, soporta lo que pase y no [te] digas: «No valía la pena». Porque esto es vulgar y propio de un hombre desconcertado por lo externo.

En las fiestas de conversación, evita una mención frecuente y excesiva a tus propias acciones y hazañas. Porque, sin embargo, aunque puede ser agradable para ti mencionar los riesgos en que has recorrido, no es igualmente agradable para los demás escuchar tus aventuras. Evita, de la misma manera, esforzarte por

excitar la risa. Porque este es un punto resbaladizo, que puede llevarte a modos vulgares y, además, puede que haga disminuirte en la estima de tu conocido. Los enfoques del discurso indecente son igualmente peligrosos. Por lo tanto, siempre que ocurra algo así, si hay una oportunidad adecuada, reprende a quien actúe de esa manera o, al menos, con silencio y vergüenza ajena y una mirada reprobadora, muéstrate disgustado por esa charla.

34

Si te sorprende la aparición de algún placer prometedor, ten cuidado de no apresurarte a ir a por él y deja que el asunto espere a tu tiempo libre y date algo de tiempo. Entonces trae a tu mente ambos puntos de tiempo: aquél en el que disfrutarás del placer, y aquel en el que te arrepentirás y te reprocharás a ti mismo después de haberlo disfrutado y pon delante de ti, en oposición a éstos, cómo te regocijarás y aplaudirás si te abstienes. Y aunque te parezca una gratificación temporal, ten cuidado de que su fuerza seductora, agradable y atractiva no te subyugue, sino pon en oposición a esto cuánto mejor es ser conscientes de haber ganado una victoria tan grande.

35

Cuando haces algo desde un juicio claro de qué se debe hacer, nunca rehúyas al ser visto al hacerlo, aunque el mundo haga una suposición equivocada al respecto, pues, si no actúas correctamente, rehúyes la acción misma, pero, si actúas, ¿por qué temes a los que te censuran erróneamente?

36

Como la proposición, o es de día o es de noche, es extremadamente apropiada para una discusión disyuntiva, pero bastante impropia en una conjuntiva, así que, en una fiesta, elegir la parte más grande es muy adecuado para el apetito corporal, pero totalmente inconsistente con el espíritu social de un entretenimiento. Así que, cuando comas con otro, recuerda no sólo el valor de las cosas que se te presentan ante ti para el cuerpo, sino también el valor de esa conducta que debe ser observada hacia la persona que da el placer.

37

Si has asumido algún carácter por encima de tus fuerzas, has hecho una mala elección y has renunciado a uno que podrías haber soportado.

38

Así como, al caminar, se cuida de no pisar un clavo o torcerse el pie, así también se cuida de no herir la facultad gobernante de la mente. Y, si tenemos que protegernos contra esto en cada acción, debemos emprender la acción con las mayores precauciones.

El cuerpo es para cada uno la medida de las posesiones propias de él, como el pie del zapato. Si, por lo tanto, te detienes ante eso, mantendrás la medida, pero si te mueves más allá de ella, necesariamente debes ser arrastrado hacia adelante, como hacia abajo por un precipicio; como en el caso de un zapato, si vas más allá de su aptitud para el pie, primero viene a ser dorado, luego púrpura, y luego tachonado de joyas. Porque lo que una vez excede una medida debida no tiene límite.

Las mujeres a partir de los catorce años son halagadas con el título de «doncellas» por los hombres. Por lo tanto, percibiendo que sólo son consideradas aptas para dar placer a los hombres, comienzan a adornarse y a poner en ello todas sus esperanzas. Vale la pena, por lo tanto, fijar nuestra atención en hacerlas sensatas para que no sean estimadas más que por la expresión de un comportamiento decente, modesto y discreto.

Es una señal de falta de genio pasar mucho tiempo en cosas relacionadas con el cuerpo, como en hacer mucho ejercicio, en comer y beber y en el desempeño de otras funciones animales. Esto debe hacerse de manera incidental y ligera y toda nuestra atención debe estar comprometida con el cuidado de la comprensión.

Cuando alguna persona actúa contra ti o habla mal de ti, recuerda que actúa o habla desde una suposición de lo que es su deber. Ahora bien, no es posible que siga lo que te parece correcto, sino lo que a él se lo parece. Por lo tanto, si juzga por una apariencia equivocada, él es la persona herida, ya que él es también la persona engañada. Porque si alguno supone que una proposición verdadera es falsa, no se ve dañada la proposición, sino el que se engaña al respecto. Partiendo, pues, de estos principios, soportarás mansamente a una persona que te ultraja, pues dirás en cada ocasión: «Así le pareció».

Todo tiene dos asas, una por la cual se puede llevar, la otra por la que no. Si tu hermano actúa injustamente, no te aferres a la acción por el asa de su injusticia, porque por ella no se puede sostener, sino, por el contrario, por la de que él es tu hermano, que fue criado contigo y así tú te aferrarás a ella, que permite sostenerlo.

Estos razonamientos son inconexos: «Soy más rico que tú, por eso soy mejor»; «Soy más elocuente que tú, por eso soy mejor». La conexión es más bien ésta: «Soy más rico que tú, por eso mi propiedad es más grande que la tuya»; «Soy más elocuente que tú, por eso mi estilo es mejor que el tuyo.» Pero tú, después de todo, no eres ni propiedad ni estilo.

¿Alguien se baña en poco tiempo? No digas que lo hace mal, sino en un tiempo muy breve. ¿Alguien bebe una gran cantidad de vino? No digas que está enfermo, sino que bebe una gran cantidad. Porque, a menos que entiendas perfectamente el principio [a partir del cual todos actúan], ¿cómo podrías saber si actúa mal? Por lo tanto, no corras el riesgo de aceptar ninguna apariencia, salvo la que comprendas completamente.

Nunca te llares a ti mismo un filósofo, ni hables mucho entre los ignorantes acerca de los teoremas, sino actúa conforme a ellos. Por lo tanto, al divertirse, no hables de cómo deben comer las personas: come como deberías. Pues recuerda que de esta manera Sócrates también evitaba siempre toda ostentación. Y cuando las personas se acercaban a él y deseaban que les recomendara a los filósofos, las tomaba y las recomendaba, tan bien soportaba que se le pasara por alto. De modo que, si alguna vez se produce alguna conversación entre ignorantes acerca de teoremas filosóficos, quédate, en general, en silencio. Porque hay un gran peligro en lanzar inmediatamente lo que no has digerido. Y, si alguien te dice que no sabes nada y no te sientes ofendido por ello, entonces puedes estar seguro de que has comenzado tu tarea. Porque las ovejas no vomitan la hierba para mostrar a los pastores cuánto han comido, sino que, digiriendo por dentro su alimento, producen por fuera lana y leche. Así, por lo tanto, tampoco muestres los teoremas a los ignorantes, sino las acciones producidas por ellos después de haber sido digeridos.

Cuando te hayas propuesto suplir las necesidades de tu cuerpo a un pequeño precio, no te pongas a ello ni, si bebes agua, digas en cada ocasión: «Bebo agua». Considera primero cuánto más ahorrativos y pacientes que nosotros son los pobres en las penurias. Pero si en algún momento te empeñas en trabajar y soportar duras pruebas, hazlo por tu propio bien y no por el mundo, no te muestres como una estatua, salvo que tengas mucha sed, toma un poco de agua fría en tu boca y échala a chorros y no se lo digas a nadie.

La condición y característica de una persona vulgar es que nunca espera beneficiarse o herirse por sí mismo, sino por lo externo. La condición y característica de un filósofo es que espera que todos se lastimen y se beneficien de él mismo. Las características de un experto son: que no censura a nadie, que no alaba a nadie, que no culpa a nadie, que no acusa a nadie, que no dice nada de sí mismo sobre ser alguien, ni de saber nada, cuando, en cualquier caso, es obstaculizado o restringido, se acusa a sí mismo y, si es alabado, se ríe secretamente de la persona que lo alaba y, si es censurado, no hace ninguna defensa. Va con la precaución de las personas enfermas [después de una enfermedad o un accidente], temiendo mover cualquier cosa que esté bien, antes de que esté perfectamente arreglada. Suprime todo deseo de sí mismo, transfiere su aversión sólo a las cosas que impiden el uso apropiado de su propia facultad de elección, el ejercicio de sus poderes activos hacia cualquier cosa es muy gentil, si parece estúpido o ignorante no le importa y, en una palabra, se ve a sí mismo como un enemigo en una emboscada.

Cuando alguien se muestre vanidoso al ser capaz de comprender e interpretar las obras de Crisipo, dite: «A menos que Crisipo hubiera escrito oscuramente, esta persona no habría tenido tema para su vanidad. Pero ¿qué es lo que deseo? Entender la naturaleza y seguirla. Pregunto, entonces, quién la interpreta, y, encontrando a Crisipo, recorro a él. No entiendo sus escritos. Busco, por lo tanto, alguien que los interprete». Hasta ahora no hay nada para valorarme. Y cuando encuentro un intérprete, lo que me queda es hacer uso de sus instrucciones. Solo esto es lo valioso. Pero si no admiro nada más que la mera interpretación, ¿en qué me convierto más que en un gramático en lugar de un filósofo? Excepto que en vez de a Homero interpreto a Crisipo. Cuando alguien, por lo tanto, desea que le explique a Crisipo, me sonrojo cuando no puedo mostrar mis acciones coherentes y consecuentes con su discurso.

Cualesquiera que sean las reglas que te hayas propuesto deliberadamente [para la conducta de tu vida], acátalas como tantas leyes y como si fueras culpable de transgredir cualquiera de ellas y no tengas en cuenta lo que alguien diga de ti, porque esto, después de todo, no te concierne. ¿Cuánto tiempo te entretendrás entonces a pensar que eres digno de las más nobles mejoras, y en ningún caso para transgredir las distinciones de la razón? Has recibido los teoremas filosóficos con los que deberías estar familiarizado y has estado familiarizado con ellos. ¿A qué otro amo esperas entonces para lanzarte contra el retraso en reformarte? Ya no eres un niño, sino un hombre adulto. Si, por lo tanto, eres negligente y perezoso y siempre añades la dilación a la dilación, el propósito al propósito y

retrasas día tras día el momento en que te ocuparás de ti mismo, insensiblemente continuarás sin habilidad y vivirás y morirás, continuando como uno de los vulgares. En este instante, entonces, piensa en ti mismo como digno de vivir como hombre maduro y competente. Que lo que te parezca mejor para ti sea una ley inviolable. Y si se te presenta algún caso de dolor o placer o de gloria o desgracia, recuerda que ahora es el combate, que ahora viene la Olimpiada, que no puede ser postergada y que, una vez que se ha renunciado y cedido, se pierde la habilidad o [por el contrario] se conserva. Así Sócrates se hizo perfecto, mejorándose a sí mismo en todo, atendiendo nada más que a la razón. Y aunque todavía no eres un Sócrates, deberías, sin embargo, vivir como alguien deseoso de convertirse en un Sócrates.

51

El primer y más necesario tema en filosofía es el del uso de teoremas [prácticos], como: No tendríamos que mentir; el segundo es el de las demostraciones, como: De dónde viene que no tendríamos que mentir, y tercero, el que da fuerza y articulación a los otros dos, como: Por qué es una demostración. ¿Para qué es la demostración? ¿Cuál es la consecuencia? ¿Hay contradicción? ¿Qué es verdad? ¿Qué es falso? El tercer tema, entonces, es necesario a causa del segundo, y el segundo a causa del primero. Pero lo más necesario, y en lo que debemos basarnos, es lo primero. Pero actuamos justo al contrario. Porque dedicamos todo nuestro tiempo al tercer tema, y empleamos toda nuestra diligencia al respecto y descuidamos por completo el primero. Por lo tanto, al mismo tiempo que mentimos, estamos dispuestos a mostrar cómo se demuestra que mentir no es correcto.

52

En todas las ocasiones debemos tener estas máximas a mano:

«Condúceme, Júpiter, y tú, oh destino, dondequiera que tus decretos hayan fijado mi situación. Yo sigo alegremente y, si no lo hago, malvado y desdichado, aún debo seguirlo».

«Quien cede adecuadamente al Destino, es considerado Sabio entre los hombres y conoce las leyes del cielo.»

Y este tercera:

«Oh Crito, si así place a los dioses, que así sea. Ánito y Meleto pueden matarme, pero no pueden dañarme».

MARCO AURELIO

LIBRO PRIMERO

1

De mi abuelo Vero aprendí la buena moral y el gobierno de mi temperamento.

2

Por la reputación y el recuerdo de mi padre, modestia y carácter varonil.

3

En mi padre observé suavidad de carácter y resolución inmutable en las cosas que había determinado después de la debida deliberación; y no vanagloria en las cosas que los hombres llaman honores; y amor al trabajo y a la perseverancia; y una disposición para escuchar a los que tenían algo que proponer para el bien común; y firmeza sin desviaciones en dar a cada uno según sus merecimientos; y un conocimiento derivado de la experiencia de las ocasiones para la acción vigorosa y para la remisión. Observé que había superado toda pasión por las alegrías; y que no se consideraba más que cualquier otro ciudadano, y que liberaba a sus amigos de toda obligación de cenar con él o de atenderlo por necesidad cuando se iba al extranjero, y los que no lo habían acompañado, a causa de cualquier circunstancia urgente, siempre lo encontraban igual. Observé también su hábito de indagación cuidadosa en todos los asuntos de deliberación, y esta persistencia, y que nunca detenía su investigación por estar satisfecho con las apariencias que se presentaban por primera vez; y que su disposición era conservar a sus amigos, y no cansarse pronto de ellos, ni ser extravagante en su afecto; y estar satisfecho en todas las ocasiones, y ser alegre; y prever las cosas muy de lejos, y proveer para el más pequeño sin alardear de ello; y reprimir inmediatamente los aplausos y halagos populares; y estar siempre atento a las cosas que eran necesarias para la administración del imperio, y ser un buen administrador de los gastos, y soportar pacientemente las acusaciones que recibía por tal conducta. No era ni supersticioso con respecto a los dioses, ni cortejaba a los hombres por medio de regalos o tratando de complacerlos, o halagando a la población, sino que mostraba sobriedad en todas las cosas y firmeza, y nunca pensamientos o acciones mezquinas, ni amor a la novedad.

Las cosas que conducen de alguna manera a la comodidad de la vida, y de las cuales la fortuna da abundante provisión, las usaba sin arrogancia y sin excusarse, de modo que, cuando las tenía, las disfrutaba sin afectación y, cuando no las tenía, no las quería. Nadie podría decir de él que fuera un sofista o un esclavo frívolo criado en casa o un pedante; sino que todos lo reconocían como un hombre maduro, perfecto, por encima de la adulación, capaz de manejar sus propios asuntos y los de otros hombres. Además, honraba a los que eran verdaderos filósofos y no reprochaba a los que se hacían pasar por filósofos, ni se

dejaba guiar fácilmente por ellos. También era sencillo en la conversación y se hacía agradable sin ningún tipo de afectación ofensiva.

Cuidó razonablemente de la salud de su cuerpo, no como alguien muy apegado a la vida, ni con exceso de preocupación por su apariencia personal ni con descuido, sino para que, a través de su propia atención, muy rara vez necesitara el arte del médico o de la medicina o aplicaciones externas.

Estaba dispuesto a dar paso sin envidia a los que poseían alguna facultad particular, como la de la elocuencia o el conocimiento de la ley o de la moral o de cualquier otra cosa y les prestaba su ayuda para que cada uno pudiera gozar de la reputación que le correspondía según sus merecimientos y siempre actuó de acuerdo con las instituciones de su país, sin mostrar ningún tipo de afectación por ello.

No había en él nada duro, ni implacable, ni violento, ni, como se suele decir, nada que le hiciera sudar; pero examinaba todas las cosas por separado, como si tuviera tiempo en abundancia, y sin confusión, de una manera ordenada, vigorosa y consistente. Y podría aplicarse a él lo que se decía de Sócrates: que era capaz tanto de abstenerse como de disfrutar de aquellas cosas de las que muchos son demasiado débiles para abstenerse y no pueden disfrutar sin exceso. Pero ser fuerte tanto para soportar lo uno como para ser sobrio en lo otro es la señal de un hombre que tiene un alma perfecta e invencible.

LIBRO SEGUNDO

1

A veces por la mañana te dices a ti mismo: Hoy me tendré que ver con un hombre ocioso y curioso, con un hombre ingrato, con un malvado, con un hombre astuto y falso o con un hombre envidioso: un hombre insociable y poco caritativo. Todas estas malas cualidades les han sucedido, por ignorancia de lo que es verdaderamente bueno y verdaderamente malo. Pero yo que entiendo la naturaleza de lo que es bueno, que sólo es deseable, y de lo que es malo, que sólo es verdaderamente odioso y vergonzoso, sé, además, que este transgresor, cualquiera que sea, es mi pariente, no por la misma sangre y semilla, sino por la participación de la misma razón y de la misma partícula divina. ¿Cómo puedo ser herido por cualquiera de ellos, si no está en su poder hacerme incurrir en algo que sea verdaderamente reprobable? ¿O encolerizarme y verme mal dispuesto hacia él, que por naturaleza está tan cerca de mí? Porque todos nacemos para ser compañeros de trabajo, como los pies, las manos, y los párpados, como las filas de los dientes superiores e inferiores; que tales por lo tanto estén en oposición, está en contra de la naturaleza; y ¿qué es irritarse y ser reactivo a ello, salvo estar en oposición?

2

Sea lo que sea que soy, es un poco de carne y hálito y la parte gobernante. Tira tus libros, no te distraigas más, no está permitido; como si estuvieras muriendo ahora, desprecia la carne; es sangre y huesos y una red, un contexto de nervios, venas y arterias. Ved también el hálito, qué clase de cosa es: aire, y no siempre es el mismo, sino que a cada momento se expele y una y otra vez se absorbe. Lo tercero, entonces, es la parte gobernante, considérese así: Ya eres un anciano; no permitas que esto sea un esclavo, no seas movido por las cuerdas como un títere de los movimientos antisociales, no estés más insatisfecho con tu presente suerte, ni te atemorices ante el futuro.

3

Acuérdate de cuánto tiempo has estado posponiendo estas cosas, y cuán a menudo has recibido una oportunidad de los dioses, y sin embargo no la has usado. Ahora debes percibir por fin de qué universo eres parte y de qué administrador del universo es una disolución tu existencia y que está fijado para ti un límite de tiempo, que, si no lo usas para limpiar las nubes de tu mente, irá y tú irás y nunca regresará.

4

A cada momento piensa firmemente como romano y como hombre para hacer lo que tienes en tus manos con perfecta y simple dignidad, y con sentimiento de afecto y libertad y justicia, y para darte a ti mismo alivio de todos los demás

pensamientos. Y te aliviarás a ti mismo si haces cada acto de tu vida como si fuera el último, dejando a un lado todo descuido y aversión apasionada a los mandamientos de la razón y toda hipocresía y amor propio y descontento con la porción que te ha sido dada. Tú ves cuán pocas cosas son que, si un hombre se apodera de ellas, es capaz de vivir una vida que fluye en silencio y es como la existencia de los dioses, porque los dioses, por su parte, no necesitarán nada de aquel que observa estas cosas.

5

¿Te distraen las cosas externas que caen sobre ti? Date tiempo para aprender algo nuevo y bueno y deja de girar a tu alrededor. Pero también debes evitar que te lleven por el otro lado. Para aquellos que también son insignificantes, que se han cansado en la vida por su actividad y sin embargo no tienen objeto para dirigir cada movimiento y, en una palabra, todos sus pensamientos.

6

Al no observar lo que está en la mente de otro, rara vez se ha visto que un hombre sea infeliz; pero aquellos que no observan los movimientos de sus propias mentes deben ser infelices por necesidad.

7

Esto debes tener siempre en mente: cuál es la naturaleza del todo y cuál es tu naturaleza y cómo se relaciona esto con eso y qué tipo de parte de ella es de qué tipo de un todo y que no hay nadie que te impida hacer y decir siempre las cosas que están de acuerdo con la naturaleza de la cual eres parte.

8

Teofrasto, en su comparación de los malos actos (una comparación como la que se haría de acuerdo con las nociones comunes de la humanidad) dice, como un verdadero filósofo, que las ofensas que se cometen a través del deseo son más culpables que las que se cometen a través de la ira. Porque el que está excitado por la ira parece apartarse de la razón con cierto dolor y contracción inconsciente; pero el que ofende por medio del deseo, siendo dominado por el placer, parece actuar de una manera más intempestiva y femenina en sus ofensas. Con razón, y de una manera digna de filosofía, dijo que la ofensa que se comete con placer es más culpable que la que se comete con dolor y, en general, una es más parecida a una persona que ha sido ofendida primero y que a través del dolor se ve obligada a estar enojada, pero la otra es movida por su propio impulso de hacer el mal, siendo llevada a hacer algo por el deseo.

9

Puesto que es posible que puedas abandonar la vida en este mismo momento, regula cada acto y pensamiento en consecuencia. Pero abandonar a los hombres,

si hay dioses, no es algo a lo que temer, pues los dioses no te involucrarán en el mal; y si en realidad no existen o si no tienen ninguna preocupación por los asuntos humanos, ¿qué me importa vivir en un universo desprovisto de dioses o desprovisto de providencia? Pero en verdad existen, y se preocupan por las cosas humanas y han puesto todos los medios a su alcance para que el hombre no caiga en verdaderos males. Y en cuanto al resto, si hubiera algo malo, también habrían provisto para esto, para que estuviera totalmente en el poder del hombre no caer en ello. Ahora, lo que no empeora a un hombre, ¿cómo puede empeorar la vida de un hombre?

10

Aunque vayas a vivir tres mil años, y tantas veces como diez mil años, recuerda que ningún hombre pierde otra vida que la que ahora vive, ni otra que la que ahora pierde. Estas dos cosas, pues, debes tener en mente: la primera, que todas las cosas desde la eternidad son de formas similares y giran en círculo, y que no importa si un hombre verá las mismas cosas durante cien años o doscientos, o un tiempo infinito. Y la segunda, que el que más vive y el que muere más pronto pierden lo mismo. Porque el presente es lo único de lo cual un hombre puede ser privado, si es lo único que tiene y un hombre no puede perder una cosa si no la tiene.

11

La vida es una guerra y la estancia de un extraño y después de la fama es el olvido.

LIBRO TERCERO

1

Tendríamos que considerar no sólo que nuestra vida se está consumiendo cada día y que sólo queda una pequeña parte de ella, sino que también tendríamos que tener en cuenta que si un hombre vive más tiempo es bastante incierto que su entendimiento seguirá siendo suficiente para la comprensión de las cosas y conservará el poder de la contemplación que se esfuerza por adquirir el conocimiento de lo divino y de lo humano. Debemos apresurarnos entonces, no sólo porque estamos cada día más cerca de la muerte, sino también porque la concepción de las cosas y la comprensión de las mismas cesan primero.

2

No desperdicies el resto de tu vida en pensamientos sobre otros, cuando no refieras tus pensamientos a algún objeto de utilidad común. Porque pierdes la oportunidad de hacer otra cosa cuando tienes pensamientos como estos.

3

No trabajes a regañadientes, ni sin tener en cuenta el interés común, ni sin la debida consideración, ni con distracción y no seas un hombre de muchas palabras, ni ocupado con demasiadas cosas. Sé alegre también y no busques ayuda externa ni la tranquilidad que otros dan. Un hombre debe estar erguido, no mantenerse erguido por otros.

4

Si encuentras en la vida humana algo mejor que la justicia, la verdad, la templanza, la fortaleza y, en una palabra, algo mejor que la autocomplacencia de tu propia mente en las cosas que te permite hacer de acuerdo con la razón recta y en la condición que te ha sido asignada sin tu propia elección; si, te digo, encuentras algo mejor que esto, vuélvete a ella con toda tu alma y disfruta de lo que has encontrado que es lo mejor. Pero si nada parece ser mejor que la deidad que está plantada en ti, que ha sometido a sí misma todos tus apetitos, y, como dijo Sócrates, se ha alejado de las tentaciones de los sentidos y se ha sometido a los dioses y cuida de la humanidad; si encuentras todo lo demás más pequeño y de menor valor que esto, no des lugar a nada más, pues si una vez te apartas e inclinas a ello, ya no podrás, sin distracción, dar preferencia a lo bueno que es tu justa posesión y la tuya propia.

5

Nunca valores nada tan provechoso para ti mismo que te obligue a romper tu promesa, a perder tu amor propio, a odiar a cualquier hombre, a sospechar, a maldecir, a actuar como un hipócrita, a desear cualquier cosa que necesite muros y cortinas.

6

En la mente del que es castigado y purificado no encontrarás materia corrupta, ni impureza, ni ninguna herida desollada. Su vida tampoco es incompleta cuando el destino le alcanza, como se puede decir de un actor que abandona el escenario antes de terminar y acabar la obra. Además, no hay en él nada servil, ni afectado, ni demasiado ligado a otras cosas, ni demasiado alejado de otras cosas, nada digno de culpa, nada que busque un escondite.

7

Reverencia a la facultad que produce opinión. De esta facultad depende enteramente si existirá en tu parte gobernante alguna opinión inconsistente con la naturaleza y la constitución del animal racional. Y esta facultad promete libertad del juicio precipitado y amistad hacia los hombres y obediencia a los dioses.

8

Tirando, pues, todas las cosas, guarda de a éstas sólo las que son pocas y además ten en cuenta que cada hombre vive sólo este tiempo presente, que es un punto indivisible, y que todo el resto de su vida es o pasado o es incierto. Corto, pues, es el tiempo que todo hombre vive y pequeño el rincón de la tierra donde vive y corta también la fama póstuma más larga y esto sólo lo continúa una sucesión de pobres seres humanos, que morirán muy pronto y que no se conocen ni siquiera a sí mismos y mucho menos a aquel que murió hace mucho tiempo.

9

Nada es tan productivo de elevación de la mente como poder examinar metódica y verdaderamente cada objeto que se te presenta en la vida y mirar siempre las cosas para ver al mismo tiempo qué tipo de universo es éste y qué tipo de uso hace todo en él y qué valor tiene todo en relación con el todo y qué valor tiene en relación con el hombre, que es un ciudadano de la ciudad más elevada, de la cual todas las demás ciudades son como familias; qué es cada cosa y de qué está compuesta y cuánto tiempo es la naturaleza de esta cosa que ahora me impresiona y qué virtud necesito con respecto a ella, como la mansedumbre, la hombría, la verdad, la fidelidad, la sencillez, la satisfacción y el resto.

10

Si trabajas en lo que está ante ti, siguiendo la correcta razón seria, vigorosa y tranquilamente, sin permitir que nada más te distraiga, pero manteniendo pura tu parte divina, como si estuvieras obligado a devolverla inmediatamente, si te aferras a esto, sin esperar nada, sin temer nada, sino satisfecho con tu actividad presente de acuerdo con la naturaleza, y con la verdad heroica en cada palabra y

sonido que pronuncies, vivirás feliz. Y no hay ningún hombre que sea capaz de evitarlo.

11

Así como los médicos tienen siempre sus instrumentos y cuchillos listos para los casos que de repente requieran su habilidad, así también tú tienes principios listos para la comprensión de las cosas divinas y humanas y para hacer todo, incluso lo más pequeño, con un recuerdo del vínculo que une a lo divino y a lo humano entre sí. Porque ni harás nada bueno que pertenezca al hombre sin tener al mismo tiempo una referencia a las cosas divinas; ni lo contrario.

12

No saben cuántas cosas significan las palabras robar, sembrar, comprar, callar, ver lo que hay que hacer, porque esto no lo hacen los ojos, sino otro tipo de visión.

13

Cuerpo, alma, inteligencia; al cuerpo pertenecen las sensaciones, al alma los apetitos, a la inteligencia los principios. Recibir las impresiones de las formas por medio de las apariencias corresponde incluso a los animales: ser arrastrado por los hilos del deseo corresponde tanto a las bestias salvajes como a los hombres que se han convertido en mujeres y a Falaris y a Nerón y tener la inteligencia que guía a las cosas que parecen convenientes corresponde también a aquellos que no creen en los dioses y que traicionan a su país y hacen sus obras impuras cuando han cerrado las puertas. Si entonces todo lo demás es común a todo lo que he mencionado, queda lo que es propio del hombre bueno: estar complacido y contento con lo que sucede y con el hilo que le es hilado y no profanar la divinidad que está plantada en su pecho, ni perturbarla por una multitud de imágenes, sino conservarla tranquila, siguiéndola obedientemente como un dios, sin decir nada contrario a la verdad, ni hacer nada contrario a la justicia. Y si todos los hombres se niegan a creer que lleva una vida sencilla, modesta y satisfecha, no se enoja con ninguno de ellos, ni se desvía del camino que conduce al fin de la vida, al que un hombre debe llegar puro, tranquilo, listo para partir y sin ninguna obligación, perfectamente reconciliado con su suerte.

LIBRO CUARTO

1

Está en tu poder siempre que elijas retirarte a ti mismo. Porque en ninguna parte, ni con más tranquilidad ni con más libertad frente a problemas, el hombre se retira que a su propia alma, particularmente cuando tiene dentro de sí tales pensamientos que al mirarlos se encuentra inmediatamente en perfecta tranquilidad y yo afirmo que la tranquilidad no es otra cosa que el buen orden de la mente.

2

Toda la tierra es un punto, y cuán pequeño es este rincón de tu morada, y cuán pocos hay en ella, y qué clase de gente es la que te alabará. Esto es lo que queda: Acuérdate de retirarte a este pequeño territorio tuyo y, sobre todo, no te distraigas ni te esfuerces, sino sé libre y ve las cosas como un hombre, como un ser humano, como un ciudadano, como un mortal.

3

Todas estas cosas que ves cambian inmediatamente y no volverán a ser y ten en cuenta constantemente cuántos de estos cambios has presenciado ya. El universo es transformación: la vida es opinión.

4

La muerte, igual que la generación, es un misterio de la naturaleza, una composición de los mismos elementos y una descomposición en los mismos y en conjunto no es algo de lo que el hombre deba avergonzarse, porque no es contrario a la naturaleza de un animal razonable, y no es contrario a la razón de nuestra constitución.

5

Elimina tu opinión y así eliminas la queja «Me han hecho daño». Elimina la queja «Me han hecho daño» y el daño se elimina.

6

Todo lo que sucede, sucede justamente y, si observas cuidadosamente, verás que es así. No digo sólo con respecto a la continuidad de la serie de cosas, sino con respecto a lo que es justo y como si fuera hecho por alguien que asigna a cada cosa su valor.

7

No tengas una opinión de las cosas como la que tiene el que te hace mal, o la que él desea que tengas, sino míralas como son en verdad.

8

¿Tienes razón? La tengo. ¿Por qué, pues, no la usas? Porque si ésta hace su trabajo, ¿qué más deseas?

9

Dentro de diez días parecerás un dios a aquellos para quienes ahora eres una bestia y un mono si vuelves a tus principios y a la adoración de la razón.

10

No actúes como si fueras a vivir diez mil años. La muerte pende sobre ti. Mientras vivas, mientras esté a tu alcance, sé bueno.

11

Cuánta angustia evita quien no se preocupa por ver lo que su prójimo dice o hace o piensa, sino sólo de lo que él mismo hace, para que sea justo y puro o, como dice Agatón, no mira a la moral depravada de los demás, sino que corre en línea recta por la línea sin desviarse de ella.

12

Todo lo que es de alguna manera bello es bello en sí mismo y termina en sí mismo, no teniendo la alabanza como parte de sí mismo. Al ser alabado, nada se hace peor ni mejor. Afirmo esto también de las cosas que los vulgares llaman bellas, como por ejemplo las cosas materiales y las obras de arte. Lo que realmente es bello no necesita nada, no más que la ley, no más que la verdad, no más que la benevolencia o la modestia. ¿Cuál de estas cosas es hermosa porque es alabada o se estropea por ser culpada? ¿Es una esmeralda peor de lo que era si no es alabada? u ¿oro, marfil, púrpura, una lira, un cuchillito, una flor, un arbusto?

13

Si las almas siguen existiendo, ¿cómo las contiene el aire desde la eternidad? Pero ¿cómo contiene la tierra los cuerpos de aquellos que han sido enterrados desde tiempos tan remotos? Porque así como aquí la mutación de estos cuerpos después de una cierta permanencia, cualquiera que sea, y su disolución dan cabida a otros cuerpos muertos, así las almas que después de subsistir durante algún tiempo son transmutadas y difundidas y asumen una naturaleza ardiente al ser recibidas en la inteligencia seminal del universo y de esta manera dan cabida a las almas frescas que vienen a habitar allí. Y esta es la respuesta que un hombre podría dar sobre la hipótesis de que el alma continúa existiendo.

14

No te desvíes, sino que en cada movimiento ten respeto a la justicia y en la ocasión de cada impresión mantén la facultad de comprensión o entendimiento.

15

Todo armoniza conmigo, lo cual es armonioso para ti, oh Universo. Nada para mí es demasiado pronto ni demasiado tarde, que es el momento oportuno para ti. Todo para mí es el fruto que me traen tus estaciones, oh naturaleza; de ti son todas las cosas, en ti son todas las cosas, a ti todas las cosas vuelven. El poeta dice: «Querida ciudad de los cisnes» y tú no dirás: «Querida ciudad de Zeus».

16

Ocúpate de pocas cosas, dice el filósofo, si quieres estar tranquilo. Al ser innecesaria la mayor parte de lo que decimos y hacemos, si un hombre la elimina, tendrá más tiempo libre y menos desasosiego. En consecuencia, un hombre debería preguntarse a cada ocasión: ¿es ésta una de esas cosas innecesarias? Ahora, un hombre debe eliminar no sólo los actos innecesarios, sino también los pensamientos innecesarios, porque así los actos superfluos no seguirán después.

17

Prueba cómo te conviene la vida del hombre bueno, la vida de aquel que está satisfecho con su parte del todo y satisfecho con sus propios actos justos y su disposición benévola.

18

No te molestes a ti mismo. Hazte todo simplicidad. ¿Alguien hace algo malo? Es a sí mismo a quien hace el mal. ¿Te ha pasado algo? Bien, fuera del universo desde el principio todo lo que sucede ha sido repartido y dirigido hacia ti. En una palabra, tu vida es corta. Debes aprovechar el presente con la ayuda de la razón y de la justicia. Mantente sobrio en tu relajación.

19

Si es un extraño al universo quien no sabe lo que hay en él, no es menos un extraño que no sabe lo que está haciendo en él. Es un fugitivo, que huye de la razón social; es ciego, que cierra los ojos del entendimiento; es pobre, que tiene necesidad de otro y no tiene en sí mismo todas las cosas que son útiles para la vida. Es un absceso en el universo que se retira y se aleja de la razón de nuestra naturaleza común al estar descontento con las cosas que suceden, porque la misma naturaleza produce esto y te ha producido a ti también: es una pieza alejada del estado, que rasga su propia alma de la de los animales razonables, que es una.

20

Ama la profesión, por pobre que sea, que hayas aprendido y conténtate con ella y pasa el resto de la vida como alguien que ha confiado a los dioses todo lo que tiene con toda su alma, no haciéndose a sí mismo ni tirano ni esclavo de ningún hombre.

21

Es necesario recordar que la atención que se le da a todo tiene su propio valor y proporción. Así que no estarás insatisfecho si te aplicas en asuntos menores no más allá de lo que es conveniente.

22

Todo es sólo por un día, tanto lo que recuerda como lo que se recuerda.

23

Observa constantemente que todas las cosas ocurren por el cambio y acostúmbrate a considerar que la naturaleza del Universo no ama nada tanto como para cambiar las cosas que van a hacer nuevas cosas como ellas. Porque todo lo que existe es de alguna manera la semilla de lo que será.

24

Examine los principios que rigen a los hombres, incluso los de los sabios, qué tipo de cosas evitan y qué tipo persiguen.

25

No es malo que las cosas cambien y no es bueno que las cosas subsistan como consecuencia del cambio.

26

El tiempo es como un río formado por los acontecimientos que suceden, y una corriente violenta; porque, tan pronto como una cosa se ve, es arrastrada y otra viene en su lugar y ésta también será arrastrada.

27

Si algún dios te dijera que morirás mañana, o ciertamente un día después de mañana, no te importaría mucho si fuera al tercer día o al día siguiente, a menos que tuvieras el más alto grado de mal humor, pues cuán pequeña es la diferencia, así que no pienses que es algo grande morir después de tantos años como puedas nombrar en vez de mañana.

Piensa continuamente cuántos médicos mueren después de haberse mostrado ceñudos con los enfermos y cuántos astrólogos después de predecir con grandes pretensiones las muertes de otros y cuántos filósofos después de interminables discursos sobre la muerte o la inmortalidad, cuántos héroes después de haber matado a miles y cuántos tiranos que han usado su poder sobre la vida de los hombres con terrible insolencia, como si fuesen inmortales y cuántas ciudades están enteramente muertas, por así decirlo, Hércules y Pompeya y Herculano, y otros innumerables. Añade a la cuenta a todos los que has conocido, uno tras otro. Un hombre después de enterrar a otro ha muerto y otro lo ha enterrado y esto en poco tiempo. Para concluir, observa siempre lo efímeras e inútiles que son las cosas humanas y lo que ayer era un poco de moco, mañana será una momia o cenizas. Pasa entonces por este pequeño espacio de tiempo conforme a la naturaleza y termina tu viaje con contento, así como una aceituna se cae cuando está madura, bendiciendo a la naturaleza que la produjo y agradeciendo al árbol en el que creció.

Sé como el promontorio contra el cual las olas rompen continuamente, pero se mantiene firme y domina la furia del agua que lo rodea. ¿Soy infeliz porque me ha pasado esto? – No es así, pero soy feliz, aunque esto me ha sucedido, porque sigo libre de dolor, ni aplastado por el presente ni temiendo por el futuro. Porque eso le hubiera podido suceder a todo hombre, pero no todos los hombres habrían continuado libres de dolor en tal ocasión. ¿Por qué, entonces, es más bien una desgracia que una suerte? ¿Te impedirá entonces esto que ha ocurrido ser justo, magnánimo, templado, prudente, seguro contra las opiniones desconsideradas y la falsedad; te impedirá tener modestia, libertad y todo lo demás, por cuya presencia la naturaleza del hombre obtiene todo lo que es suyo? También recuerda aplicar este principio en cada ocasión que te lleve a la irritación; no es que esto sea una desgracia, sino que soportarlo noblemente es una suerte.

En conjunto, el intervalo entre el nacimiento y la muerte es pequeño y considera con cuánta angustia y en compañía de qué tipo de gente y en qué cuerpo débil se pasa laboriosamente este intervalo. No consideres entonces que la vida es algo de valor. Pues mira a la inmensidad del tiempo detrás de ti y al tiempo que está delante de ti, otro espacio ilimitado. En este infinito, entonces, ¿cuál es la diferencia entre el que vive tres días y el que vive tres generaciones?

Corre siempre por el camino corto, y el camino corto es el natural: por consiguiente, di y haz todo de acuerdo con la razón más sólida. Pues ese propósito libera a un hombre de la angustia y de la guerra y de todo artificio y ostentación.

LIBRO QUINTO

1

Por la mañana, cuando te levantes a regañadientes, que este pensamiento esté presente: me estoy elevando a la obra de un ser humano. ¿Por qué entonces estoy insatisfecho si voy a hacer las cosas para las que existo y para las que me trajeron al mundo? ¿O me han hecho para esto, para acostarme en ropa de cama y mantenerme caliente? Pero esto es más agradable. ¿Existes entonces para tu placer y en absoluto para la acción o el esfuerzo? ¿No ves las pequeñas plantas, los pajaritos, las hormigas, las arañas, las abejas trabajando juntos para poner en orden sus diversas partes del universo? ¿Y no estás dispuesto a hacer la obra de un ser humano, y no te apresuras a hacer lo que es según tu naturaleza?

2

Juzga toda palabra y toda obra que sea, según la naturaleza, apta para ti y no te desvíes por la culpa que viene de tu pueblo, ni por sus palabras, sino que si algo es bueno de hacer o decir, no lo consideres indigno de ti. Porque esas personas tienen su principio rector peculiar y siguen su movimiento peculiar y las cosas que no consideras, sino que siguen adelante, siguiendo tu propia naturaleza y la naturaleza común y el camino de ambos es uno.

3

Estoy compuesto de lo formal y lo material y ninguno de ellos perecerá en la inexistencia, ya que ninguno de ellos nació de la inexistencia. Cada parte de mí entonces será reducida por el cambio a alguna parte del universo y eso de nuevo cambiará a otra parte del universo y así sucesivamente para siempre. Y por consecuencia de tal cambio yo también existo y aquellos que me engendraron y así sucesivamente para siempre en la otra dirección.

4

Así como son tus pensamientos habituales, así serán también los caracteres de tu mente, porque el alma está teñida por los pensamientos. Tíñela entonces con una serie continua de pensamientos como estos: por ejemplo, que donde un hombre puede vivir, también puede vivir bien. Pero debe vivir en un palacio - pues bien, también puede vivir bien en un palacio. Ahora bien, el bien para el animal razonable es la sociedad, porque estamos hechos para la sociedad, como se ha demostrado anteriormente. ¿No está claro que lo inferior existe por el bien de lo superior? Pero las cosas que tienen vida son superiores a las que no tienen vida y, de las que tienen vida, las superiores son las que tienen razón.

5

Nada le pasa a ningún hombre que no esté formado por la naturaleza para soportar.

6

Lo que no perjudica al Estado, no perjudica al ciudadano. En el caso de toda apariencia de daño, aplicar esta regla: si el Estado no se ve perjudicado por ello, tampoco yo estoy perjudicado. Pero si el Estado es dañado, no debes enfadarte con el que hace daño al Estado. Muéstrale cuál es su error.

7

Piensa a menudo en la rapidez con la que las cosas pasan y desaparecen, tanto las que son como las que se producen. Porque la sustancia es como un río en un flujo continuo y las actividades de las cosas están en constante cambio y las causas trabajan en infinitas variedades y no hay casi nada que se detenga. Y considera esto que está cerca de ti, este abismo sin límites del pasado y del futuro en el que todas las cosas desaparecen. ¿Cómo, pues, no es un necio quien está henchido de tales cosas o plagado de ellas y se hace infeliz? porque sólo le molestan por un tiempo y es por poco tiempo.

8

Piensa en la sustancia universal, de la cual tienes una porción muy pequeña; y en el tiempo universal, del cual se te ha asignado un intervalo corto e indivisible y en lo que está fijado por el destino, y en cuán pequeña parte de él eres.

9

Vive con los dioses. Y vive con los dioses que constantemente le muestran que su propia alma está satisfecha con lo que le ha sido asignado y que hace todo lo que el demonio desea, pues Zeus ha dado a cada hombre, para su guardián y guía, una porción de sí mismo. Y esta es la comprensión y la razón de cada hombre.

10

¿Estás enfadado con alguien cuyos sobacos apestan? ¿Estás enfadado con alguien cuya boca huele mal? ¿Qué bien sacas de ello? Tiene esa boca, tiene esos sobacos y es necesario que tal emanación provenga de tales cosas - pero el hombre tiene razón, se dirá, y es capaz, si se esfuerza, de descubrir en qué ofende – espero que lo descubra. Bueno, entonces, y tienes razón: por tu facultad racional despiertas su facultad racional, muéstrale su error, amonéstale. Porque si escucha, tú lo curarás y no hay necesidad de enojo.

11

La inteligencia del universo es social. Por consiguiente, ha hecho las cosas inferiores por el bien de las superiores y ha adaptado lo superior para sí. Ves cómo ha subordinado, coordinado y asignado a todo lo que le corresponde y ha puesto de acuerdo entre sí las cosas que son mejores.

¿Cómo te has comportado hasta ahora con los dioses, con tus padres, con tus hermanos, con tus hijos, con tus maestros, con los que cuidaron de tu infancia, con tus amigos, con tus parientes, con tus esclavos? Considera si hasta ahora te has comportado con todos de tal manera que esto se pueda decir de ti:

Nunca ha hecho mal a un hombre con hechos o palabras.

Y recuerda cuántas cosas has pasado y cuántas has podido soportar y que la historia de tu vida está completa y tu servicio ha terminado y cuántas cosas hermosas has visto y cuántos placeres y dolores has despreciado y cuántas cosas llamadas honorables has despreciado y a cuánta gente malhumorada has mostrado una disposición bondadosa.

Pronto, muy pronto, serás ceniza o un esqueleto y un nombre o ni siquiera un nombre, pero el nombre es sonido y eco. Y las cosas que se valoran mucho en la vida están vacías y podridas y son triviales y como perros pequeños que se muerden unos a otros y niños pequeños que se pelean, ríen y luego lloran de inmediato. Pero la fidelidad y la modestia y la justicia y la verdad están desapareciendo.

Hasta el Olimpo desde la tierra extendida

- Hesíodo

¿Qué hay entonces allí que siga deteniendo? Si los objetos del sentido se cambian fácilmente y nunca se quedan quietos y los órganos de la percepción son vagos y reciben fácilmente impresiones falsas y el alma pobre misma es una exhalación de sangre. Pero tener buena reputación en medio de un mundo como éste es algo vacío. ¿Por qué entonces no esperas tranquilamente tu fin, ya sea la extinción o el traslado a otro estado? Y hasta que llegue ese momento, ¿qué es suficiente? Vamos, qué más que venerar a los dioses y bendecirlos y hacer el bien a los hombres y practicar la tolerancia y el autocontrol, pero en cuanto a todo lo que está más allá de los límites de la pobre carne y el hálito, recuerda que esto no es tuyo ni está en tu poder.

Puedes pasar tu vida en un flujo ecuánime de felicidad si puedes ir por el camino correcto y pensar y actuar en el camino correcto. Estas dos cosas son comunes tanto al alma de Dios como al alma del hombre y al alma de todo ser racional, para no verse obstaculizada por otro y para que el bien consista en la disposición a la justicia y la práctica de la misma y así permitir que tu deseo encuentre su fin.

Una vez fui un hombre afortunado, pero lo perdí, no sé cómo. Pero afortunado significa que un hombre se ha asignado a sí mismo una buena fortuna y una buena fortuna es buena disposición del alma, buenas emociones, buenas acciones.

LIBRO SEXTO

1

La sustancia del universo es obediente y cumplidora y la razón que la gobierna no tiene en sí misma causa para hacer el mal, porque no tiene malicia, ni hace el mal a nada, ni nada daña. Pero todas las cosas se hacen y perfeccionan de acuerdo con esta razón.

2

Que no te importe si estás frío o caliente, si estás cumpliendo con tu deber, si estás somnoliento o satisfecho con el sueño y si hablas mal o eres alabado y si mueres o haces otra cosa. Porque es uno de los actos de la vida, este acto por el cual morimos, basta entonces en este acto también hacer bien lo que tenemos entre manos.

3

Todas las cosas existentes pronto cambian y, o bien se reducen a vapor, si es que toda la sustancia es una, o bien se dispersan.

4

La razón que gobierna conoce su propia disposición y lo que hace y sobre qué material funciona.

5

La mejor manera de vengarse a sí mismo es no volverse como el malhechor.

6

El universo es una confusión, una involución mutua de las cosas y una dispersión o es unidad, orden y providencia. Luego si es el primero, ¿por qué deseo quedarme en una combinación fortuita de cosas y tal desorden? y ¿por qué me importa algo más que cómo me convertiré por fin en tierra? y ¿por qué estoy perturbado, porque la dispersión de mis elementos ocurrirá sin dependen de cualquier cosa que haga? Pero si la otra suposición es cierta, lo venero y soy firme y confío en aquel que lo gobierna.

7

Si tuvieras una madrastra y una madre al mismo tiempo, serías obediente a tu madrastra, pero aun así regresarías constantemente a tu madre. Que la corte y la filosofía sean ahora para ti madrastra y madre: vuelve a la filosofía con frecuencia y descansa en ella, a través de la cual lo que encuentras en la corte te parece tolerable y tú pareces tolerable en la corte.

Cuando tenemos carne delante de nosotros y tales comestibles, recibimos la impresión de que este es el cuerpo muerto de un pez y este es el cuerpo muerto de un pájaro o de un cerdo y también que este vino de Falerno es sólo un poco de jugo de uva y este manto púrpura es lana de oveja teñida con la sangre de un pez concha; así son estas impresiones, y llegan a las cosas mismas y penetran en ellas y así vemos qué clase de cosas son. De la misma manera debemos actuar a lo largo de toda la vida y, donde hay cosas que parecen más dignas de nuestra aprobación, debemos desnudarlas y mirar su inutilidad, y despojarlas de todas las palabras con las que se exaltan. Porque el espectáculo exterior es un maravilloso preventivo de la razón y cuando estás más seguro de que te dedicas a cosas que valen la pena, es entonces cuando más te engañas. Quien valora un alma racional, un alma universal y apta para la vida política, no considera otra cosa que esto y sobre todo mantiene su alma en una condición y en una actividad conforme a la razón y a la vida social y coopera para ello con aquellos que son de la misma clase que él.

Quien valora un alma racional, un alma universal y apropiada para la vida política, no considera nada más que esto y, sobre todo, mantiene su alma en una condición y en una actividad conforme con la razón y la vida social y coopera para este fin con aquellos que son del mismo tipo que él.

Arriba, abajo, todo alrededor están los movimientos de los elementos. Pero el movimiento de la virtud no está en ninguno de ellos: es algo más divino y, avanzando por un camino apenas observado, va feliz en su camino.

Qué extraño es el comportamiento de los hombres. No alabarán a los que viven al mismo tiempo y viven consigo mismos, sino para ser alabados por la posteridad, por aquellos a quienes nunca han visto o nunca verán, valoran mucho esto. Pero esto es lo mismo que si estuvieras afligido porque los que han vivido antes de ti no te alabaron.

Si una cosa es difícil de realizar por ti mismo, no pienses que es imposible para el hombre, pero si algo es posible para el hombre y conforme a su naturaleza, piensa que esto también puedes lograrlo tú mismo.

13

En los ejercicios gimnásticos supongamos que un hombre te ha arañado y que al lanzarse contra tu cabeza te ha infligido una herida. Pues bien, no mostremos ningún signo de irritación, ni nos ofendamos, ni sospechemos de él después como un tipo traicionero y, sin embargo, estemos en guardia contra él, no como un enemigo, ni con sospecha, sino añejémonos silenciosamente de su camino. Que algo así sea tu comportamiento en todas las otras partes de la vida: pasemos por alto muchas cosas en aquellos que son como los antagonistas en el gimnasio. Porque está en nuestra mano, como he dicho, apartarnos del camino y no tener sospechas ni odios.

14

Si alguno es capaz de convencerme y demostrarme que no pienso ni actúo correctamente, con gusto cambiaré, porque busco la verdad por la cual ningún hombre se ha visto herido. Está herido el que permanece en su error e ignorancia.

15

Yo cumplo con mi deber. Las demás cosas no me molestan, porque, o son cosas sin razón, o cosas que se han enredado y no conocen el camino.

16

Alejandro de Macedonia y su palafrenero, por la muerte llegaron al mismo estado, porque, o bien fueron recibidos entre los mismos principios seminales del universo, o bien fueron dispersados por igual entre los átomos.

17

Considera cuántas cosas en el mismo tiempo indivisible ocurren en cada uno de nosotros, cosas que conciernen al cuerpo y cosas que conciernen al alma y no te preguntes si hay más cosas o más bien cosas que vienen a existir en lo que es el uno y todo, que llamamos Cosmos, que existen en él al mismo tiempo.

18

Si alguien te planteara la pregunta de cómo está escrito el nombre de Antonino, ¿dirías cada letra levantando la voz? ¿Y si se enojan, tú también te enojarás? ¿No irías con serenidad y remarcarías cada letra? Así que, en esta vida, recuerda también que todo deber se compone de ciertas partes. Es tu deber observar y, sin ser molestado ni mostrar ira hacia aquellos que están enojados contigo, seguir tu camino y terminar lo que se ha puesto delante de ti.

19

¡Cuán cruel es no permitir que los hombres se esfuercen por las cosas que les parecen adecuadas a su naturaleza y rentables! Y, sin embargo, de una manera,

no les permitís hacer esto, cuando os molesta porque os hacen mal. Porque ciertamente están movidos hacia las cosas porque suponen que son adecuadas a su naturaleza y provechosas para ellos. Pero no es así. Enseñadles entonces y explicádselo sin enojaros.

20

Es una vergüenza que el alma sea la primera en ceder en esta vida, cuando tu cuerpo no cede.

21

Cuidaos que no convertiros en César, no os tiñáis con este tinte, porque tales cosas suceden. Guardaos, pues, simples, buenos, puros, serios, libres de afecto, amigos de la justicia, adoradores de dioses, bondadosos, afectuosos, fatigados en todos los actos propios. Esforzaos por seguir siendo como la filosofía deseaba haceros. Reverenciad a los dioses y ayudad a los hombres. Corta es la vida. Sólo hay un fruto de esta vida terrena: una disposición piadosa y actos sociales. Hacedlo todo como discípulos de Antonino. Acordaos de su constancia en todo lo que era conforme a la razón y de su uniformidad en todas las cosas y de su piedad y de la serenidad de su semblante y de su dulzura y de su desprecio por la fama vacía y de sus esfuerzos por entender las cosas y cómo nunca dejaba pasar nada sin antes haberlo examinado detenidamente y haberlo comprendido claramente y cómo soportaba a los que lo culpaban injustamente sin culparlos a ellos a cambio, cómo no hacía nada apresuradamente y cómo no escuchaba las calumnias y cómo examinaba con exactitud los modales y las acciones y no se era dado a hacer reproches a la gente, ni tímido, ni sospechoso, ni sofista y qué poco necesitaba para estaba satisfecho, como alojamiento, cama, vestido, comida, sirvientes y lo laborioso y paciente que era y cómo era capaz, debido a su dieta ahorrativa, de resistir hasta la noche, sin tener que hacer evacuaciones, excepto a la hora habitual y su firmeza y uniformidad en sus amistades y cómo toleraba la libertad de expresión en aquellos que se oponían a sus opiniones y el placer que sentía cuando cualquier hombre le mostraba algo mejor y cuán religioso era sin supersticiones. Imitad todo esto para tener tan buena conciencia, cuando llegue vuestra última hora, como él.

22

El que ha visto las cosas presentes lo ha visto todo, tanto todo lo que ha sucedido desde toda la eternidad como todo lo que será para el tiempo sin fin, porque todas las cosas son de una misma familia y de una misma forma.

23

Adáptate a las cosas con las que ha sido echada su suerte y a los hombres de entre los cuales ha recibido tu parte, ámalos, pero hazlo con sinceridad.

24

Los hombres cooperan de diferentes maneras e incluso los que cooperan abundantemente encuentran faltas en lo que sucede y los que tratan de oponerse a ello y de obstaculizarlo, porque el universo tiene necesidad incluso de hombres como éstos. Te queda entonces comprender entre qué clase de obreros te colocas, pues el que gobierna todas las cosas ciertamente te hará un uso correcto y te recibirá entre alguna parte de los cooperadores y de aquellos cuyos trabajos conducen a un fin.

25

Pase lo que pase con cada hombre, es por el interés de lo universal, esto podría ser suficiente. Pero más adelante observarás esto también como una verdad general, si observas que todo lo que es provechoso para cualquier hombre, también lo es para otros hombres. Pero que la palabra provechoso sea tomada aquí en el sentido común como se dice de las cosas de clase media (ni buenas ni malas).

26

Como te sucede a ti en el anfiteatro y en tales lugares, donde la visión continua de las mismas cosas y la uniformidad hacen que el espectáculo sea fatigoso, así también lo es todo en la vida, porque todas las cosas de arriba y de abajo, son iguales y de lo mismo. ¿Cuánto duran entonces?

27

Una cosa aquí vale mucho: pasar tu vida en la verdad y la justicia, con una disposición benévola incluso hacia los mentirosos y a los hombres injustos.

28

Cuando quieras deleitarte, piensa en las virtudes de aquellos que viven contigo; por ejemplo, la actividad de uno y la modestia de otro y la liberalidad de un tercero y alguna otra buena cualidad de un cuarto. Porque nada deleita tanto como los ejemplos de las virtudes cuando se exhiben en la moral de los que viven con nosotros y se presentan en abundancia, en la medida de lo posible. Por lo tanto, debemos mantenerlos ante nosotros.

29

No estás insatisfecho, supongo, porque sólo pesas unos cuantos litros y no trescientos. No estés insatisfecho, pues, de que sólo debas vivir unos cuantos años y no más, pues así como estás satisfecho con la cantidad de sustancia que te ha sido asignada, también debes estar satisfecho con el tiempo.

30

Lo que no es bueno para la colmena, no puede ser bueno para la abeja.

31

A los ictéricos la miel le sabe amarga y a los mordidos por los perros rabiosos el agua les da miedo y para los niños pequeños la pelota es una cosa buena. Entonces, ¿por qué estoy enfadado? ¿Piensas que una opinión falsa tiene menos poder que la bilis en el ictérico o el veneno en el que es mordido por un perro loco?

32

Ningún hombre te impedirá vivir de acuerdo con la razón de tu propia naturaleza; nada te sucederá en contra de la razón de la naturaleza universal.

33

¿Qué tipo de personas son aquellas a las que los hombres desean agradar y para qué objeto y por qué tipo de actos? Qué tan pronto el tiempo cubrirá todas las cosas y cuántas ha cubierto ya.

LIBRO SÉPTIMO

1

En la ocasión de todo lo que sucede, ten en cuenta qué es lo que has visto a menudo. Por todas partes, arriba y abajo, encontrarás las mismas cosas con las que se llenan las viejas historias, las de la Edad Media y las de nuestros días, con las que ahora se llenan las ciudades y las casas. No hay nada nuevo, todas las cosas son familiares y de corta duración.

2

Recuperar tu vida está en tu poder. Vuelve a mirar las cosas como las mirabas, porque en esto consiste la recuperación de tu vida.

3

Cada hombre vale tanto como las cosas que le importan.

4

¿Es suficiente mi comprensión para esto o no? Si es suficiente la utilizo para el trabajo como un instrumento dado por la naturaleza universal. Pero si no es suficiente, entonces, o me retiro del trabajo y cedo el paso a quien pueda hacerlo mejor, a menos que haya alguna razón por la que no deba hacerlo, o lo hago tan bien como pueda, tomando para ayudarme al hombre que, con la ayuda de mi principio rector, pueda hacer lo que ahora es conveniente y útil para el bien común. Porque todo lo que puedo hacer, ya sea por mí mismo o con otro, debe ser dirigido solamente a esto, a lo que es útil y adecuado para la sociedad.

5

No te avergüences de que te ayuden, porque es tu deber cumplir con tu deber como un soldado en el asalto a una ciudad. ¿Cómo es posible, entonces, si eres cojo y no puedes subirte solo a las almenas, que lo hagas sin la ayuda de otro?

6

No dejes que las cosas futuras te perturben, porque tú llegarás a ellas, si es necesario, teniendo contigo la misma razón que ahora usas para las cosas presentes.

7

Todas las cosas están implicadas unas con otras y el vínculo es sagrado y no hay casi nada que no esté relacionado con ninguna otra cosa. Porque las cosas han sido coordinadas y se combinan para formar el mismo universo [orden]. Porque hay un universo hecho de todas las cosas y un dios que impregna todas las cosas y una sustancia y una ley, una razón común en todos los animales

inteligentes y una verdad, si en verdad hay también una perfección para todos los animales que son de la misma raza y participan en la misma razón.

8

¿Hay algún hombre que le tema al cambio? ¿Por qué? ¿Qué puede ocurrir sin cambios? ¿Qué es entonces más agradable o más adecuado a la naturaleza universal? ¿Y puedes tomar un baño caliente sin que la madera cambie? ¿Y puedes alimentarte sin que la comida experimente un cambio? ¿Y puede lograrse cualquier otra cosa que sea útil sin un cambio? ¿No ves entonces que el cambio es para ti tan necesario como para la naturaleza universal?

9

Todos los cuerpos se llevan a través de la sustancia universal como a través de un torrente furioso, estando por su naturaleza unidos y cooperando con el todo, como las partes de nuestro cuerpo entre sí. ¿Cuántos Crisipo, cuántos Sócrates, cuántos Epicteto ya se ha tragado el tiempo? Deja que el mismo pensamiento se aplique con referencia a cada hombre y a cada cosa.

10

Cerca está tu olvido de todas las cosas y cerca de tu olvido por parte de todos.

11

Una mirada fruncida es totalmente antinatural y cuando se asume a menudo, el resultado es que toda la belleza desaparece y al fin se extingue tan completamente que no puede ser iluminada de nuevo en absoluto. Trata de concluir de este mismo hecho que es contrario a la razón. Porque si se aparta aun la percepción de hacer el mal, ¿qué razón hay para seguir viviendo?

12

La naturaleza que gobierna el todo pronto cambiará todas las cosas que ves y de su sustancia hará otras cosas y de nuevo otras cosas de la sustancia de ellas, para que el mundo sea siempre nuevo.

13

No pienses tanto en lo que tienes como lo que tienes, sino en las cosas que has seleccionado como las mejores y luego reflexiona sobre cuán ansiosamente las hubieras buscado si no las hubieras tenido. Al mismo tiempo, sin embargo, ten cuidado de no acostumbrarte a sobrevalorarlas, a fin de no verte perturbado si alguna vez no los tuvieras.

14

Adórnate con sencillez y modestia y con indiferencia hacia las cosas que están entre la virtud y el vicio. Ama a la humanidad. Sigue a Dios. El poeta dice que la Ley lo rige todo. Y basta con recordar que la ley lo rige todo.

15

Sobre la muerte: ya sea una dispersión o una resolución en átomos o una aniquilación, es una extinción o un cambio.

16

Sobre el dolor: el dolor que es intolerable nos aleja, pero el que dura mucho tiempo es tolerable y la mente mantiene su propia tranquilidad retirándose en sí misma y la facultad de gobernar no empeora.

17

Sobre la fama: mira las mentes [de los que buscan la fama], observa lo que son y qué tipo de cosas evitan, y qué tipo de cosas persiguen. Y considera que, así como los montones de arena apilados unos sobre otros esconden las antiguas arenas, así también en la vida los acontecimientos que preceden son pronto cubiertos por los que vienen después.

18

Porque así es en verdad, hombres de Atenas: dondequiera que un hombre se haya colocado pensando que es el mejor lugar para él, o haya sido colocado por un comandante, allí en mi opinión debería quedarse y soportar el peligro, sin tener en cuenta nada ni la muerte ni nada más, antes que la bajeza de abandonar su puesto.

19

Mira a tu alrededor los cursos de las estrellas, como si estuvieras yendo con ellas; y considera constantemente los cambios de los elementos unos en otros, pues tales pensamientos purgan la suciedad de la vida terrenal.

20

Este es un buen dicho de Platón: Que el que habla de los hombres mire también las cosas terrenales como si las viera desde un lugar más alto, que las mire en sus asambleas, ejércitos, trabajos agrícolas, matrimonios, tratados, nacimientos, muertes, ruido de los tribunales de justicia, lugares desérticos, varias naciones de bárbaros, fiestas, lamentaciones, mercados, una mezcla de todas las cosas y una combinación ordenada de contrarios.

21

Haber contemplado la vida humana durante cuarenta años es lo mismo que haberla contemplado durante diez mil años. ¿Qué más verás?

22

El principio fundamental de la constitución del hombre es el social. Y el segundo es no ceder a las persuasiones del cuerpo, pues es oficio peculiar del movimiento racional e inteligente circunscribirse a sí mismo y nunca verse dominado ni por el movimiento de los sentidos ni por el de los apetitos, pues ambos son animales.

23

Considera muerta y completa tu vida hasta el tiempo presente y vive de acuerdo a la naturaleza el resto de ella que te sea permitido.

24

¿Por qué no estás totalmente decidido a hacer uso de las cosas que te suceden? porque entonces las usarás bien y serán material para ti [para trabajar]. Sólo ocúpate de ti mismo y resuelve ser un buen hombre en cada acto que hagas; y recuerda...

25

Mira dentro. Dentro está el fundamento del bien y siempre burbujeará, si es que alguna vez cavas.

26

El cuerpo debe ser compacto, y no mostrar ninguna irregularidad ni en el movimiento ni en la actitud. Porque lo que la mente muestra en la cara manteniendo en ella la expresión de la inteligencia y de la propiedad, eso debe ser requerido también en todo el cuerpo. Pero todas estas cosas deben ser observadas sin afectación.

27

El arte de la vida se parece más al arte del luchador que al de la bailarina, en este sentido, que debe estar preparado y firme para enfrentarse a los embates repentinos e inesperados.

28

«Ninguna alma (dice él) se ve voluntariamente privada de la verdad» y, por consiguiente, ni de justicia, ni de templanza, ni de bondad, ni de benignidad, ni de nada que sea de la misma clase. Es muy necesario que siempre recuerdes esto. Porque así serás mucho más manso y moderado con todos los hombres.

29

En el caso de la mayoría de los dolores, que esta observación de Epicuro te ayude: que el dolor no es ni intolerable ni eterno si tienes en cuenta que tiene sus límites y si no le añades nada en la imaginación.

30

Es muy posible ser un hombre divino y no ser reconocido como tal por nadie. Ten siempre presente esto, y otra cosa también: que es necesario muy poco para vivir una vida feliz.

31

Está en tu poder vivir libre de toda compulsión en la mayor tranquilidad de la mente, incluso si todo el mundo grita contra ti tanto como quiere e incluso si las bestias salvajes desgarran en pedazos a los miembros de esta materia amasada que ha crecido a tu alrededor.

32

La perfección del carácter moral consiste en esto, en pasar cada día como el último, y en no estar ni violentamente excitado, ni torpe, ni hacerse el hipócrita.

33

Los dioses que son inmortales no son vejados porque durante mucho tiempo deban tolerar continuamente a los hombres como son y a tantos de ellos malos y, además de esto, también los cuidan en todos los sentidos. Pero tú, que estás destinado a acabar tan pronto, ¿estás cansado de soportar a los malos y esto también cuando eres uno de ellos?

34

Es ridículo que un hombre no huya de su propia maldad, lo cual es posible, sino que huya de la maldad de otros hombres, lo cual es imposible.

35

Cuando has hecho un buen acto y otro lo ha recibido, ¿por qué buscas todavía una tercera cosa además de éstas, como hacen los tontos, ya sea para tener la reputación de haber hecho un buen acto o para obtener una retribución?

LIBRO OCTAVO

1

Ya has tenido la experiencia de muchos vagabundeos sin haber encontrado la felicidad en ninguna parte, ni en silogismos, ni en riqueza, ni en reputación, ni en disfrute, ni en ninguna parte. ¿Dónde está entonces? En hacer lo que requiere la naturaleza del hombre. ¿Cómo, pues, hará esto el hombre? Teniendo principios de los que provienen sus afectos y sus actos. ¿Qué principios? Los que se refieren al bien y al mal: la creencia de que no hay nada bueno para el hombre que no haga justo, templado, varonil, libre y que no hay nada malo que no haga lo contrario.

2

Con ocasión de cada acto pregúntate: «¿Cómo es esto con respecto a mí? ¿Debería arrepentirme de ello? Un poco de tiempo y estoy muerto y todo se ha ido. ¿Qué más busco, si lo que estoy haciendo ahora es la obra de un ser viviente inteligente y un ser social y uno que está bajo la misma ley con Dios?

3

Habiendo fijado tus ojos firmemente en tu negocio, míralo y, recordando al mismo tiempo que es tu deber ser un buen hombre y lo que la naturaleza del hombre exige, hazlo sin desviarte y habla como te parezca más justo, sólo que sea con buena disposición y con modestia y sin hipocresía.

4

Toda naturaleza se contenta consigo misma cuando va bien encaminada y una naturaleza racional va bien encaminada cuando en sus pensamientos no consiente nada falso o incierto y cuando dirige sus movimientos sólo a actos sociales y cuando confina sus deseos y aversiones a las cosas que están en su poder y cuando está satisfecha con todo lo que le asigna la naturaleza común. Porque de esta naturaleza común toda naturaleza particular es una parte, como la naturaleza de la hoja es una parte de la naturaleza de la planta, salvo que en la planta la naturaleza de la hoja es parte de una naturaleza que no tiene percepción de la razón y está sujeta a impedimentos, pero la naturaleza del hombre es parte de una naturaleza que no está sujeta a impedimentos y es inteligente y justa.

5

Cuando te levantes de tu sueño con renuencia, recuerda que está de acuerdo con tu constitución y de acuerdo con la naturaleza humana realizar actos sociales, mientras que dormir es común también a los animales irracionales.

6

Cualquiera que sea el hombre con el que te encuentres, dite a ti mismo inmediatamente: ¿Qué opiniones tiene este hombre sobre lo bueno y lo malo? Porque si con respecto al placer y al dolor y a las causas de cada uno y con respecto a la fama y a la ignominia, a la muerte y a la vida, tiene tales y tales opiniones, no me parecerá nada extraño que haga tales y tales cosas y tendré en cuenta que está obligado a hacerlas.

7

Recuerda que cambiar tu opinión y seguir a aquel que corrige tu error es tan coherente con la libertad como lo es persistir en tu error. Pues es tuya la actividad que se ejerce de acuerdo con tu propio movimiento y juicio y de hecho también la que va de acuerdo con tu propio entendimiento.

8

Todo existe para algún fin, un caballo, una vid. ¿Por qué te preguntas? Incluso el sol dirá: «Yo tengo algún propósito y el resto de los dioses dirán lo mismo». Entonces, ¿para qué propósito eres tú? ¿Para disfrutar del placer? Mira si el sentido común lo permite.

9

Habla tanto en el Senado como a cualquier hombre, quienquiera que sea, apropiadamente, sin ningún tipo de afectación: usa un discurso claro.

10

Recibe riqueza o prosperidad sin arrogancia y prepárate para dejarla ir.

11

No te molestes a ti mismo pensando en toda tu vida. No dejes que tus pensamientos abarquen a la vez todos los diversos problemas que puedes esperar que te ocurran, sino que en cada ocasión pregúntate a ti mismo: ¿Qué hay en esto que es intolerable y que se haya soportado en el pasado? Porque te avergonzarás de confesarlo. En segundo lugar, recuerda que ni el futuro ni el pasado te duelen, sino sólo el presente. Pero esto se reduce a muy poco, si tan sólo lo circunscribes y reprendes tu mente, si es incapaz de resistir siquiera esto.

12

Diferentes cosas deleitan a diferentes personas. Pero es mi deleite mantener el sonido de la facultad gobernante sin apartarme de ningún hombre ni de ninguna de las cosas que me suceden, sino mirando y recibiendo a todos con ojos de bienvenida y usando cada cosa de acuerdo con su valor.

13

Mira de asegurarte este tiempo presente para ti mismo, pues los que más bien persiguen la fama póstuma no consideran que los hombres de más tarde en el tiempo serán exactamente como estos que no pueden soportar ahora y ambos son mortales. ¿Y qué te importa si estos hombres, después de un tiempo, dicen tal o cual cosa o tienen tal o cual opinión sobre ti?

14

Si te duele algo externo, no es esto lo que te perturba, sino tu propio juicio al respecto. Y está en tu poder borrar este juicio ahora. Pero si algo en tu propia disposición te da dolor, ¿quién te impide corregir tu opinión? Y aunque te duela no estar haciendo algo en particular que te parece correcto, ¿por qué no actúas antes que quejarte? ¿Algún obstáculo insuperable se interpone en el camino? No te entristezcas, pues la causa de que no se haga no depende de ti. Pero no vale la pena vivir, si no se puede hacer esto. Toma entonces tu alejamiento de la vida con satisfacción, así como muere el que está en plena actividad, y complácete también con las cosas que son obstáculos.

15

No seas perezoso en tus acciones, ni sin método en tu conversación, ni deambulen tus pensamientos, ni haya en tu alma contención interna ni efusión externa, ni en tu vida estés tan ocupado como para no tener tiempo libre. Supongamos que los hombres te matan, te cortan en pedazos, te maldicen. Pero ¿qué pueden hacer estas cosas para impedir que tu mente permanezca pura, sabia, sobria, justa? Por ejemplo, si un hombre permanece junto a un manantial puro y límpido y lo maldice, el manantial no deja de enviar agua potable y si echa arcilla en él o suciedad, rápidamente las dispersará y las lavará y no se contaminará en absoluto. ¿Cómo puedes por tanto poseer una fuente perpetua y no un simple pozo? Formándote cada hora en la libertad unida a la satisfacción, la sencillez y la modestia.

16

Aunque estamos hechos especialmente para el bien de los demás, aun así, el poder gobernante de cada uno de nosotros tiene su propio oficio, pues de lo contrario la maldad de mi prójimo sería mi maldad, que Dios no ha querido, para que mi infelicidad no dependa de otro.

17

Los hombres existen por el bien de los demás. Enséñales entonces o ten paciencia con ellos.

LIBRO NOVENO

1

El que actúa injustamente, actúa impíamente. Porque, puesto que la naturaleza universal ha hecho que los animales racionales se ayuden unos a otros según sus desiertos, pero de ninguna manera se lastimen unos a otros, el que transgrede su voluntad es claramente culpable de impiedad hacia la más alta divinidad. Y el que miente también es culpable de impiedad a la misma divinidad, porque la naturaleza universal es la naturaleza de las cosas que son y las cosas que son tienen una relación con todas las cosas que vienen a la existencia. Y, además, esta naturaleza universal se llama verdad y es la causa principal de todas las cosas que son verdaderas.

2

¿Te has determinado a acatar el vicio y la experiencia aún no te ha inducido a huir de esta peste? Porque la destrucción del entendimiento es una peste, mucho más, de hecho, que cualquier corrupción y cambio de esta atmósfera que nos rodea. Porque esta corrupción es una peste de animales en cuanto animales; pero la otra es una peste de hombres en cuanto hombres.

3

No desprecies la muerte, sino conténtate con ella, porque ésta también es una de las cosas que quiere la naturaleza.

4

Esto, entonces, es coherente con el carácter de un hombre reflexivo: que no sea ni descuidado ni impaciente ni despectivo con respecto a la muerte, sino que la espere como una de las operaciones de la naturaleza.

5

A menudo actúa injustamente quien no hace una cosa determinada, no sólo quien hace una cosa determinada.

6

Controla el deseo, extingue el apetito y mantén la facultad de gobernar en su propio poder.

7

Si eres capaz, corrige enseñando a los que hacen el mal, pero, si no puedes, recuerda que se te da indulgencia para este propósito.

8

Hoy he salido de toda aflicción o, mejor dicho, he echado fuera toda aflicción, porque no estaba fuera, sino dentro y en mis opiniones.

9

Todas las cosas son iguales, familiares en la experiencia, efímeras en el tiempo y sin valor en el asunto. Todo es ahora como era en el tiempo de los que hemos enterrado.

10

Como tú mismo eres parte integrante de un sistema social, que cada acto tuyo sea parte integrante de la vida social.

11

Cuando otro te culpe o te odie o cuando los hombres digan algo malo de ti, acércate a sus pobres almas, penetra en ellas y mira qué clase de hombres son. Descubrirás que no hay razón para tomarse ninguna molestia para que estos hombres tengan tal o cual opinión sobre ti.

12

No esperes todavía la República de Platón, sino conténtate con que a los más pequeños les vaya bien y considera que un acontecimiento así no es poca cosa. ¿Quién puede cambiar las opiniones de los hombres?

13

Un hombre reza así: ¿Cómo podré acostarme con esa mujer? Tú rezas así: ¿Cómo no voy a desear acostarme con ella? Otro reza así: ¿Cómo se me liberará de esto? Tú rezas: ¿Cómo no voy a desear ser liberado? Y otro así: ¿Cómo no voy a perder a mi hijo pequeño? Y tú así: ¿Cómo no voy a tener miedo de perderlo? En fin, vuelve tus oraciones de esta manera, y observa lo que pasa.

14

Epicuro dice: En mi enfermedad, mi conversación no me refería a mis sufrimientos corporales, ni tampoco, dice él, hablaba sobre tales temas con los que me visitaban, sino que continuaba hablando sobre la naturaleza de las cosas como antes, manteniendo este punto principal: cómo la mente, mientras participa en los movimientos que ocurren en la carne pobre, ha de estar libre de perturbaciones y mantener su propio bien. Tampoco les di a los médicos la oportunidad de lucirse solemnemente, como si estuvieran haciendo algo grande, sino que mi vida siguió bien y feliz. Haz, pues, lo mismo que hizo en la enfermedad, si estás enfermo, y en cualquier otra circunstancia: nunca abandones la filosofía en ningún acontecimiento que pueda ocurrir, ni mantengas

conversaciones triviales ni con un hombre ignorante ni con uno que no conozca la naturaleza.

15

Cuando te sientas ofendido por la conducta desvergonzada de un hombre, pregúntate inmediatamente: ¿Es posible, entonces, que los hombres desvergonzados no deban estar en el mundo? No es posible. Por lo tanto, no se requiere lo que es imposible. Porque ese hombre es uno de esos sinvergüenzas que necesariamente deben estar en el mundo. Que las mismas consideraciones estén presentes en tu mente en el caso del bribón y del hombre infiel y de todo hombre que haga algo malo. Porque, al mismo tiempo que te recuerdas a ti mismo que es imposible que tales hombres no existan, te volverás más bondadoso con cada uno de ellos individualmente.

16

Sobre todo, cuando culpas a un hombre por ser ingrato o incrédulo, mírate a ti mismo. Porque la culpa es manifiestamente tuya, ya sea por confiar en que un hombre que tenía tal disposición cumpliría su promesa o porque, al conferir tu bondad, no la conferiste absolutamente, ni de tal manera que hubieras recibido de tu mismo acto todo el beneficio. Porque ¿qué más quieres cuando has hecho un servicio a un hombre? ¿No estás contento de haber hecho algo conforme a tu naturaleza y buscas que te paguen por ello?

LIBRO DÉCIMO

1

Recuerda, que tú estás formado por la naturaleza para soportar todo, con respecto a lo cual depende de tu propia opinión hacerlo soportable y tolerable, pensando que es tu interés o tu deber hacer esto.

2

Pase lo que pase, fue preparado para ti desde la eternidad.

3

Ya sea que el universo sea una confluencia de átomos o que la naturaleza sea un sistema, que ante todo se establezca que yo soy parte del todo que está gobernado por la naturaleza; a continuación, estoy de una manera íntimamente relacionada con las partes que son de la misma clase conmigo mismo. Por recordar esto, en la medida en que soy parte, no estaré descontento con ninguna de las cosas que me son asignadas del todo, pues nada es perjudicial para la parte, si es en beneficio del todo.

4

La magnanimidad es la elevación de la parte inteligente por encima de las sensaciones placenteras o dolorosas de la carne y por encima de esa pobre cosa llamada fama y muerte y todas esas cosas.

5

Cuando te sientas ofendido por culpa de algún hombre, vuelve inmediatamente a ti mismo y reflexiona de la misma manera en qué te equivocas: por ejemplo, pensando que el dinero es algo bueno o el placer o un poco de reputación y cosas por el estilo. Porque si te ocupas de esto, olvidarás rápidamente tu enojo.

6

Pero tú, ¿en qué breve espacio de tiempo es tu existencia? ¿Y por qué no te contentas con pasar este corto tiempo de manera ordenada? ¿Qué materia y oportunidad para tu actividad estás evitando? Porque ¿qué más son todas estas cosas, excepto los ejercicios de la razón, cuando ha visto cuidadosamente y por el examen de su naturaleza las cosas que suceden en la vida? Persevera, pues, hasta que hayas hecho tuyas estas cosas, como el estómago que se fortalece hace tuyas todas las cosas, como el fuego ardiente hace arder y resplandecer todo lo que se echa en él.

7

No esté en poder de ningún hombre decir verdaderamente de ti que no eres simple o que no eres bueno, sino que sea un mentiroso que piense algo así de ti y esto está totalmente en tu poder. Porque ¿quién es el que te puede impedir ser bueno y sencillo?

8

Qué es lo que en cuanto a este material (nuestra vida) se puede hacer o decir de la manera más conforme a la razón. Porque, sea lo que sea esto, está en tu poder hacerlo o decirlo, y no pongas la excusa de que te lo impiden. No cesarás de lamentarte hasta que tu mente esté en tal condición que, lo que es el lujo para aquellos que disfrutan del placer, lo sea para ti, en la materia que es sometida y presentada a ti y haciendo las cosas que son conformes a la constitución del hombre, pues un hombre debe considerar como placer todo lo que está en su poder hacer de acuerdo con su propia naturaleza.

9

Recuerda que nada perjudica a quien es realmente un ciudadano que no perjudique al Estado, ni tampoco nada perjudica al Estado que no perjudique al orden público.

10

El ojo sano debe ver todas las cosas visibles y no decir: Deseo cosas verdes, porque esta es la condición de un ojo enfermo. Y el oído y el olfato sanos deben estar preparados para percibir todo lo que se puede oír y oler. Y el estómago sano debe ser con respecto a todos los alimentos como el molino con respecto a todas las cosas que está formado para moler. Y, por consiguiente, el entendimiento sano debe estar preparado para todo lo que suceda; pero el que dice: Dejad vivir a mis queridos hijos y que todos los hombres alaben todo lo que yo hago, es un ojo que busca cosas verdes o dientes que buscan cosas blandas.

11

Acostúmbrate tanto como sea posible con motivo de que alguna persona haga algo a preguntarte a ti mismo, pues ¿qué objeto está haciendo este hombre?, pero empieza por ti mismo y examínate antes.

LIBRO UNDÉCIMO

1

Estas son las propiedades del alma racional: se ve a sí misma, se analiza y se hace tal y como elige, goza del fruto que da (pues los frutos de las plantas y los de los animales corresponden a frutos que otros disfrutaban), obtiene su propio fin, dondequiera que se fije el límite de la vida. No como en un baile y en una obra de teatro y en cosas así, donde toda la acción queda incompleta si algo la interrumpe, sino que en cada parte y dondequiera que se detenga, hace que lo que se haya expuesto de ella sea pleno y completo, de modo que pueda decir: «Tengo lo que es mío». Y más allá atraviesa todo el universo y el vacío que lo rodea y examina su forma y se extiende hasta el infinito del tiempo y abraza y comprende la renovación periódica de todas las cosas y comprende que los que vienen después de nosotros no verán nada nuevo, ni los que están antes que nosotros han visto nada más, de una manera que el que tiene cuarenta años, si es que tiene algo de entendimiento, ya lo ha visto en virtud de la uniformidad que prevalece en todas las cosas que han sido y en todo lo que serán. Esto también es propiedad del alma racional: amor al prójimo, verdad y modestia y no valorar nada más que a sí misma, que es también la propiedad de la Ley. Así, pues, la razón recta no difiere en absoluto de la razón de la justicia.

2

¿He hecho algo por el interés general? Bueno, entonces he tenido mi recompensa. Que esto siempre esté presente en mi mente y que nunca deje de hacer el bien.

3

¿A qué te dedicas? A ser bueno. ¿Y cómo se logra esto bien salvo por principios generales, unos sobre la naturaleza del universo y otros sobre la constitución apropiada del hombre?

4

Ahora bien, en cuanto a una rama, otro la corta, pero un hombre por su propio acto se separa de su prójimo cuando lo odia y se aleja de él y no sabe que al mismo tiempo se ha aislado de todo el sistema social.

5

Así como aquellos que tratan de interponerse en tu camino cuando procedes de acuerdo con la razón correcta no podrán apartarte de tu acción correcta, así tampoco dejarán que te alejen de tus sentimientos benevolentes hacia ellos, sino que estarán en guardia igualmente en ambos asuntos, no sólo en el asunto del juicio y la acción constantes, sino también en el asunto de la gentileza hacia aquellos que intentan obstaculizarte o molestarte de alguna otra manera.

6

Supón que un hombre cualquiera me desprecia. Deja que se ocupe de eso él mismo. Pero me ocuparé de esto, para que no se me descubra haciendo o diciendo algo que merezca desprecio. ¿Alguien me odiará? Deja que se ocupe de ello. Pero seré benevolente y benevolente con todos los hombres, y estaré dispuesto a mostrarle incluso su error, no con reproche, ni como una muestra de mi resistencia, sino con nobleza y honestidad. Un hombre debe ser visto por los dioses ni insatisfecho con nada ni quejándose. Porque ¿qué mal resulta para ti, si ahora estás haciendo lo que es agradable a tu propia naturaleza y estás satisfecho con lo que en este momento es adecuado para la naturaleza del universo, puesto que eres un ser humano colocado en tu puesto para que lo que es para el beneficio común pueda ser hecho de alguna manera?

7

Cuán poco sólido y sincero es el que dice: «He decidido tratar contigo de una manera justa». ¿Qué estás haciendo, hombre? No hay razón para dar este aviso. Pronto se manifestará con hechos.

8

Busca lo que es conforme a tu propia naturaleza y esfuérate por ello, aunque no traiga reputación, porque a cada uno se le permite buscar su propio bien.

9

Si alguno se ha ofendido contra ti, considera qué clase de hombre es en la mesa, en la cama, etc. y particularmente bajo qué compulsiones tiene con respecto a las opiniones y, en cuanto a sus actos, considera con qué orgullo hacen lo que hacen.

10

Si los hombres hacen bien lo que hacen, no debemos disgustarnos, pero, si no lo hacen bien, está claro que lo hacen involuntariamente y en la ignorancia. Porque, así como toda alma se priva involuntariamente de la verdad, así también se priva involuntariamente del poder de comportarse con cada uno según sus merecimientos. Por consiguiente, los hombres se duelen cuando son llamados injustos, ingratos y codiciosos y, en una palabra, malhechores para con sus vecinos.

11

Considera que tú también haces muchas cosas mal y que eres un hombre como los demás. E incluso si te abstienes de ciertas faltas, aunque tengas la disposición de cometerlas, aunque sea por cobardía o por preocupación por la reputación o por algún motivo tan mezquino, te abstienes de tales faltas.

12

Considera que ni siquiera entiendes si los hombres están haciendo mal o no, pues muchas cosas se hacen con cierta referencia a las circunstancias. En resumen, un hombre debe aprender mucho para poder emitir un juicio correcto sobre los actos de otro hombre.

13

Considera que cuando estás muy afligido o agraviado, la vida del hombre es sólo un momento y, después de un corto período de tiempo, todos estamos muertos.

14

Considera que no son los actos de los hombres los que nos perturban, pues esos actos tienen su fundamento en los principios que rigen a los hombres, sino que son nuestras propias opiniones las que nos perturban. Quitá entonces esas opiniones, y resuelve desechar tu juicio sobre un acto como si fuera algo grave y tu ira desaparecerá. Entonces, ¿cómo puedo eliminar estas opiniones? Pensando que ningún acto ilícito de otro me avergüenza.

15

Considera cuánto más dolor nos causa la ira y el enojo causados por tales actos que por los actos mismos, ante los que nos enfadamos y enojamos.

16

Considera que una buena disposición es invencible, si es genuina y no una sonrisa y un papel afectado. Porque qué te hará el hombre más violento, si continúas siendo bondadoso con él y si, cuando te ofrece la oportunidad, lo amonestas suavemente y corriges con calma sus errores en el mismo momento en que trata de hacerte daño, diciendo: «No es así, hijo mío: estamos constituidos por naturaleza para otra cosa, ciertamente no quedaré herido, sino que te estás hiriendo a ti mismo, hijo mío». Y demuéstrale con tacto suave y por principios generales que esto es así y que ni siquiera las abejas hacen lo que él hace, ni ningún animal que se forme por naturaleza para ser gregario. Y no debes hacer esto ni con doble sentido ni en el camino del reproche, sino afectuosamente y sin rencor en tu alma y no como si le estuvieras sermoneando, ni como si pudieras recibir la admiración de algún espectador, sino para que nadie tenga conocimiento de ello, salvo él mismo.

17

Recuerda todas las reglas anteriores, como si las hubieras recibido como un regalo de las musas y comienza por fin a ser un hombre mientras vives. Pero también debes evitar halagar a los hombres y ser vejado por ellos, porque ambas

cosas son antisociales y conducen al daño. Y que esta verdad esté presente para ti en la excitación de la ira, que verse movido por la pasión no es varonil, sino que la suavidad y la dulzura, así como son más agradables a la naturaleza humana, también son más varoniles y el que posee estas cualidades posee fuerza, nervios y coraje y no el hombre que está sujeto a los ataques de la pasión y el descontento. Porque en el mismo grado en que la mente del hombre está más cerca de liberarse de toda pasión, en el mismo grado también está más cerca de la fuerza y así como el sentido del dolor es una característica de la debilidad, así también lo es la ira. Porque el que cede al dolor y el que cede a la ira, ambos están heridos y ambos se someten.

18

Pero si quieres, recibe también un regalo más del líder de las musas, Apolo, y es esto: que esperar que los hombres malos no hagan el mal es una locura, porque el que espera esto desea una imposibilidad. Pero permitir que los hombres se comporten así con los demás y esperar que no te hagan ningún mal, es irracional y tiránico.

19

Hay cuatro aberraciones principales de la facultad superior contra las cuales debes estar constantemente en guardia, y cuando las hayas detectado, debes borrarlas y decir en cada ocasión así: este pensamiento no es necesario; esto tiende a destruir la unión social; esto que vais a decir no viene de mis verdaderos pensamientos; porque debéis considerarlo una de las cosas más absurdas que el hombre no pueda hablar desde sus verdaderos pensamientos. En cuanto el cuarto, te controlarás y reprenderás, para que permitas que esa parte más divina en ti se convierta en súbdito y sea odiosa para esa parte más innober de tu cuerpo y de sus groseras lujurias y concupiscencias.

20

El movimiento hacia la injusticia y la intemperancia y hacia la ira, el dolor y el miedo no es otra cosa que el acto de quien se desvía de la naturaleza. Y también cuando la facultad gobernante está descontenta con cualquier cosa que sucede, también abandona su puesto: porque nada menos que por la justicia está constituida por la piedad y la reverencia hacia los dioses.

21

Sócrates solía llamar a las opiniones de los muchos con el nombre de *Lamiae*, historias para asustar a los niños.

22

Ni en la escritura ni en la lectura podrás poner reglas a los demás antes de haber aprendido a obedecerlas tú mismo. Esto se aplica mucho más en la vida.

23

Cuando un hombre besa a su hijo, decía Epicteto, debe susurrarse a sí mismo: «Mañana morirás». Pero esas son palabras de mal agüero. «Ninguna palabra es de mal agüero», decía Epicteto, «si expresa una obra de la naturaleza o, si es así, también es de mal agüero hablar de las espigas de maíz que se cosechan».

24

Ningún hombre puede robarnos nuestro libre albedrío.

25

Sócrates solía decir, ¿Qué quieres, almas de hombres racionales o irracionales? Almas de hombres racionales. ¿De qué hombres racionales? ¿Cuerdos o no? Cuerdo. ¿Por qué, pues, no los buscas? Porque los tenemos. ¿Por qué entonces pelean y discuten?

LIBRO DUODÉCIMO

1

Todas esas cosas a las que quieres llegar por un camino tortuoso, las puedes tener ahora, si no te las niegas a ti mismo. Y esto significa que no tomas en cuenta todo el pasado y confías el futuro a la Providencia y diriges el presente sólo conforme a la piedad y a la justicia. Conforme a la piedad, para que te contentes con la suerte que te ha sido asignada, porque la naturaleza la diseñó para ti y tú para ella. Conforme a la justicia, para que siempre puedas decir la verdad libremente y sin disfrazarse y hacer las cosas que son conformes a la ley y de acuerdo con el valor de cada una. Y tampoco dejes que la maldad de otro hombre te impida ni la opinión, ni la voz, ni las sensaciones de la pobre carne que ha crecido alrededor de ti, porque la parte pasiva mirará a esto. Si, entonces, sea cual fuere el momento en que estés cerca de tu partida, descuidando todo lo demás, sólo respetarás tu facultad de gobernar y la divinidad que hay dentro de ti y si temes, no porque algún día debas dejar de vivir, sino porque temes no haber comenzado nunca a vivir de acuerdo con la naturaleza, entonces serás un hombre digno del universo que te ha producido y dejarás de ser un extraño en tu tierra natal, y dejarás de pensar en las cosas que suceden diariamente como si fueran algo inesperado y serás dependiente de cosas que no están en tu poder.

2

El que no considera la pobre carne que lo envuelve, seguramente no se preocupará de cuidar la vestimenta, la morada, la fama y a externalidades y apariencias semejantes.

3

Las cosas son tres de las que estás compuesto, un poco de cuerpo, un poco de aliento [vida], inteligencia. De éstas, las dos primeras son tuyas, en la medida en que es tu deber cuidarlos, pero sólo la tercera es propiamente tuya. Por lo tanto, si te separas de ti mismo, es decir, de tu entendimiento, todo lo que otros hagan o digan y todo lo que tú hayas hecho o dicho y todo lo que te perturbe en el futuro porque pueda suceder y todo lo que haya en el cuerpo que te envuelve o en el aliento[vida], que por naturaleza está asociado con el cuerpo, está unido a ti independientemente de tu voluntad, y todo lo que el vórtice circunfluyente externo gira alrededor, para que el poder intelectual exento de las cosas del destino pueda vivir puro y libre por sí mismo, haciendo lo que es justo y aceptando lo que sucede y diciendo la verdad: si separas, te digo, de esta facultad gobernante las cosas que están atadas a ella por las impresiones de los sentidos y las cosas del tiempo venidero y del tiempo pasado y te conviertes en el esfero de Empédocles:

que goza de la quietud que lo rodea

y si te esfuerzas por vivir sólo lo que realmente es tu vida, es decir, el presente, entonces serás capaz de pasar esa porción de vida que te queda hasta el momento de tu muerte, libre de perturbaciones, noblemente y en buen favor y correspondencia con ese espíritu que está dentro de ti.

4

A menudo me he preguntado cómo es que cada hombre se ama a sí mismo más que a todos los demás hombres, pero, sin embargo, valora menos su propia opinión de sí mismo que la opinión de los demás. Así que si un dios o un maestro sabio se presentara ante un hombre y le pidiera que no pensara en nada y diseñara (nada que no expresaría tan pronto como lo concibiera), no podría soportarlo ni siquiera por un solo día. Tenemos mucho más respeto por lo que nuestros vecinos piensen de nosotros que por lo que pensamos de nosotros mismos.

5

Practícate a ti mismo incluso en las cosas que desesperas por lograr. Porque incluso la mano izquierda, que es ineficaz para todas las demás cosas por falta de práctica, sostiene la brida más vigorosamente que la mano derecha, pues ha practicado esto.

6

Con respecto a lo que sucede conforme a la naturaleza, no debemos culpar a los dioses, porque no hacen nada malo ni voluntaria ni involuntariamente, ni a los hombres, porque no hacen nada malo excepto involuntariamente. En consecuencia, no debemos culpar a nadie.

7

Qué ridículo y qué extraño es el que se sorprende de todo lo que pasa en la vida.

8

¿Acaso la luz de la lámpara brilla sin perder su esplendor hasta que se apaga y la verdad que está en ti y la justicia y la templanza se apagarán antes de tu muerte?

9

Si no es correcto, no lo hagas; si no es cierto, no lo digas.

10

Percibe por fin que tienes en ti algo mejor y más divino que las cosas que, por así decirlo, mueven las cuerdas. ¿Qué hay ahora en mi mente? ¿Es miedo, o sospecha, o deseo, o algo por el estilo?

11

Primero, no hacer nada de manera desconsiderada, ni sin un propósito. Segundo, haz que tus actos no se refieran a otra cosa que a un fin social.

12

Considera que todo es opinión y que la opinión está en tu poder. Quitada, pues, cuando así lo quieras, tu opinión y, como un marinero que ha doblado el promontorio, encontrarás calma, todo estable y una bahía sin olas.

13

En las cosas que haces, no hagas nada, ni desconsideradamente ni de otra manera que no sea como lo haría la propia justicia, pero con respecto a lo que te puede suceder desde fuera, considera que sucede por casualidad o de acuerdo con la providencia y no debes culpar a la casualidad ni acusar a la providencia.

14

Cuando estás preocupado por algo, has olvidado esto: que todas las cosas suceden de acuerdo con la naturaleza universal, y has olvidado esto: que el acto injusto de un hombre no es nada para ti; y además has olvidado esto: que todo lo que sucede, siempre sucedió y sucederá, y ahora sucede en todas partes; has olvidado también esto: cuán cercana es la afinidad entre un hombre y toda la raza humana, porque es una comunidad, no de un poco de sangre o semilla, sino de inteligencia. Y también has olvidado esto: que la inteligencia de cada hombre es un dios y es un flujo de la deidad; y olvidaste esto: que nada es propio del hombre, sino que su hijo, su cuerpo y su alma vinieron de la deidad; olvidaste esto: que todo es opinión; y por último olvidaste que cada hombre vive sólo en el tiempo presente y sólo pierde esto.

15

En fin, piensa en la búsqueda ansiosa de cualquier cosa unida al orgullo y en cuán inútil es todo lo que buscan los hombres violentamente y cuán filosófico es que un hombre en las oportunidades que se le presentan se muestre justo, templado, obediente a los dioses y que haga esto con toda simplicidad, porque el orgullo que se enorgullece de su falta de orgullo es el más intolerable de todos.

16

¿Qué tan pequeña parte del tiempo ilimitado e insondable está asignada a cada hombre? Porque muy pronto es tragado en lo eterno. ¿Y qué tan pequeña es una parte de toda la sustancia? ¿Y qué tan pequeña es una parte del alma universal? ¿Y sobre qué pequeño terrón de toda la tierra te arrastras? Reflexionando sobre todo esto, no consideres nada grande, excepto actuar como tu naturaleza te conduce y soportar lo que la naturaleza común trae.

Hombre, tú has sido ciudadano en este gran estado del mundo: ¿qué diferencia hay para ti entre cinco y tres años? Porque lo que es conforme a las leyes es justo para todos. ¿Dónde está entonces la dificultad, si no te aleja del estado un tirano ni un juez injusto, sino la naturaleza que te ha puesto en él? Lo mismo que si un pretor que ha contratado a un actor lo despide del escenario. «Pero no he terminado los cinco actos, sino sólo tres de ellos». Dices bien, pero en la vida los tres actos son todo el drama, porque lo que sería un drama completo está determinado por aquél que una vez fue la causa de su composición y ahora de su disolución, pero tú no eres la causa de ninguno de los dos. Vete, pues, saciado, porque también el que te libera a ti, saciado está.

Índice

Prólogo	3
SÉNECA	9
EPICTETO	58
MARCO AURELIO	97